

Deseos y Delirios



L A U R A
B A R C A L I

Este libro contiene algunas escenas sexualmente muy explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2023, Deseos y Delirios. 26/11/2023

©2023, Laura Isabel Bartolomé Carpena

©2023, diseño de cubiertas, ilustraciones de personajes y maquetación, Laura Barcali

Otras imágenes: Pixabay

laurabarcaliart@gmail.com

www.laurabarcaliart.es

www.instagram.com/laura_barcali_art

Auto publicación. No se han cedido derechos a editoriales ni a terceros.

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

Desaos y Delirios





>Primera Sesión<

«El amor no tiene edad, siempre está naciendo.»

(Blaise Pascal)

Quincy era una pequeña ciudad del condado de Plumas, situada al noreste del estado de California. Cercada por un manto de pinos que descendían por una ladera, la localidad resultaba agradable a pesar del frío de mediados de diciembre. Lucía un cielo muy azul, limpio de nubes, y eso aliviaba el fresco de la mañana.

Por la calle Main, la principal, caminaba el Dr. Anderson, que destacaba por sí mismo como una *rara avis*. De estatura media, rostro atractivo, ojos oscuros, rasgados y penetrantes, cabello liso y negro peinado hacia un lado cayendo con gracia sobre media frente, impecable sonrisa y elegante forma de vestir. Ese día llevaba un jersey azul de cuello alto y pantalones grises de tela hechos a medida, zapatos marrones de piel, así como un chaquetón gris claro, largo hasta media pierna, que lo resguardaba de la gélida brisa invernal, además de una bufanda de color rojo, lisa sin adornos, que lo hacía destacar más si cabía.

Cualquiera hubiera dicho que se trataba de un extranjero, o un visitante casual, pero el Dr. Anderson era el único psicólogo de Quincy, algo relativamente reciente. Sobre todo porque hacía 25 años que ese mismo hombre, siendo un muchacho, había partido a estudiar a Harvard con una beca, construyendo una vida plena en Cambridge tras graduarse *Summa cum laude*.

Hasta ese mismo verano que, dejándolo todo atrás, había vuelto a la casa que lo vio crecer, con sus septuagenarios padres, antiguos profesores de instituto.

Pasar de residir en Massachusetts al interior de California podía ser un choque brusco. Al fin y al cabo, un cuarto de siglo viviendo fuera resultaba mucho tiempo y un interesante caldo de cultivo para los chismes. Sobre todo cuando en Cambridge parecía tenerlo todo. Pero además de ser afable y simpático, también era muy discreto, tanto en su trabajo como con su vida personal. ¿Qué habría sucedido para que el encantador, guapo y exitoso doctor volviera a un lugar tan pequeño?

Eso fue lo que se volvieron a preguntar, por milésima vez, Betty y Sonya, hermanas y dueñas del Plumas Coffee, una cafetería situada al lado de la consulta de su antiguo compañero de instituto.

Lo pensaron justo al verlo pasar por delante del local, saludándolas con diligencia y una seductora sonrisa.

—Nunca hubiera dicho que iba a volverse tan guapo y elegante —comentó la rubia Sonya con una sonrisa tonta en la cara—. Con lo calladito e insociable que era en clase.

—Bueno, ya se le veía el potencial, solo que era un tío muy raro —replicó Betty a su hermana mayor—. Un cerebrín que llevaba camisetas de Nirvana y no se quitaba los cascos más que en clase, a veces ni eso.

—Pues ha desarrollado no solo el cerebro, también todo lo demás —admitió la menor de las dos, llevándose un poco de nata montada a los labios—. Yo creo que si ha vuelto es por...

—Cómo te gustan los cotilleos. Deja al pobre hombre en paz —la cortó.

En ese momento entró Rachel, muerta de frío, la joven que el doctor había contratado como asistente para que le llevase las citas. Su naricilla respingona y repleta de pecas estaba roja y helada. Llevaba el cabello liso y castaño bajo una boina francesa.

—Tu jefe acaba de pasar. Esta vez se te ha adelantado —indicó Betty mientras preparaba lo de siempre: dos cafés con leche, caramelo y nata por encima, además de un par de rosquillas glaseadas.

—Lo sé, le he visto a lo lejos. No pasa nada, no tiene ninguna cita hasta las diez, así que podremos desayunar tranquilos en la consulta —dijo con una sonrisa sincera tras recoger lo que Betty le tendía—. Apuntadlo en su cuenta, como de costumbre, por favor.

—Sin problema, bonita. Que se dé bien el día, al menos hoy luce radiante el sol. Aunque dicen que nevará este año.

—Por mí genial, me encanta la nieve —admitió Rachel—. Gracias, chicas. Hasta luego.

—Hasta la vista, preciosa.

La muchacha, de escasos veinte años, salió para dirigirse a la consulta donde trabajaba, justo en el bajo de al lado.

La puerta de acceso era de madera maciza, elegante con molduras, y en una placa adyacente se podía leer: «Dr. H. J. Anderson. Consulta de Psicología».

Entró con su propia llave y dejó sobre su mesa los dos cafés y las rosquillas.

—¡Buenos días, Rachel! —una voz de tono agradable y jovial saludó a la joven.

—Buenos días, doctor. Aquí está lo de siempre.

Este salió de su consulta, ya sin el abrigo, y se sentó en uno de los sofás de espera, cogiendo su bebida y su dulce, el cual mordisqueó con genuina complacencia.

—Hace mucho frío estos días, será mejor que ponga a funcionar la calefacción. Tenía la primera cita a las diez, ¿cierto?

—Así es. Por teléfono parecía un hombre joven. Se llama Tobbias Tylor, pero por el nombre no lo conozco —comentó ella, oriunda de Quincy donde casi todo el mundo sabía del vecino.

—Perfecto, hagamos que se sienta como en casa ya que es nuevo en la consulta.

Se levantó con el café en la mano y buscó el mando para activar la bomba de calor y luego hizo lo mismo en su elegante despacho, donde se podía encontrar una hermosa mesa de caoba, varios cómodos sillones orejeros y un sofá de tres plazas y aspecto agradable, además de una extensa biblioteca que ocupaba toda la pared de la izquierda.

Mientras tanto, Rachel encendió el portátil y se preparó para cuando llegase el nuevo paciente pues tendría que rellenar su ficha. No tardaría demasiado en presentarse.

El psicólogo se encerró en su despacho para que el calor no se escapara, puso en marcha su Mac y tomó una nueva libreta de la caja que tenía bajo la mesa. Las usaba todas iguales para los pacientes, añadiendo su nombre y apellido, así como la fecha de la primera sesión. Lo hizo con diligencia y esperó a que Tobbias llegase mientras miraba los mensajes en su teléfono.

Hubo uno en particular que borró sin leer e hizo demudar su rostro, entristeciéndolo. No obstante, se forzó a sonreír de nuevo tras un leve suspiro.

Unos toques en la puerta alejaron cualquier pensamiento negativo de su mente.

Rachel asomó la cabeza, con cara de pilla y una sonrisita de la suyas, y le avisó de que el

nuevo paciente estaba listo para entrar.

—Bien, que pase —dijo mientras se ponía en pie para recibir a Tobbias Tylor.

Este entró en la estancia y entonces el doctor comprendió la expresión picaresca de Rachel. El chico era alto, más que él, rubio de ojos azules, y se le notaba en muy buena forma física. Sin duda un joven atractivo. Pese a ello, percibió en su mirada, algo esquiva, que para él no era fácil estar allí. También detectó sorpresa al verlo.

—Buenos días, Tobbias. Yo soy el doctor Anderson. —Este alargó su mano y Tobbias la estrechó con fuerza, intentando parecer más afable de lo que se sentía por dentro.

—Es un placer... —susurró con poca confianza en sí mismo.

—Por favor, deja tu anorak y la bufanda en el perchero, así estarás más cómodo. ¿Te la ha hecho tu madre? —indagó, pues se notaba que la pieza de abrigo estaba tejida a mano.

—S-sí... Es usted muy observador —contestó el joven mientras colgaba la ropa.

Vestía con pantalones vaqueros relativamente ajustados que se le amoldaban a unas piernas largas y bien torneadas, una camisa del mismo material y unas botas de piel bastante grandes.

El doctor dedujo que su trabajo requería esfuerzo.

Tobbias, aún cohibido, se sentó en el sofá por decisión propia, así que él lo hizo en uno de los butacones con aire tranquilo a la par que abría su nueva libreta para apuntar cada dato relevante.

—Lo primero que vamos a hacer es llamarnos por nuestros nombres de pila. Para que esto funcione necesitamos que haya entre ambos un vínculo interpersonal de aceptación y confianza. Yo no te juzgaré a ti por visitarme, ni tú a mí por ahondar en tu mundo interior. ¿Te parece bien?

—Sí, faltaría más, doctor... —respondió con educación pero esperando ese nombre de pila.

—Me llamo Ha-joon. Creo que te has sorprendido un poco al verme.

—Es curioso encontrar a una persona oriental, con apellido anglosajón, en un pueblo tan pequeño.

Ha-joon sonrió de forma encantadora y sus cabellos negro azabache cayeron un poco más sobre la frente.

—Soy adoptado y de origen coreano. Viví aquí hasta los 19 y, de forma reciente, volví tras 25 años. Soy como un nuevo habitante de Quincy. Como tú, si no me equivoco.

—Así es. Trabajo en el Rancho Green, aunque ahora no es temporada alta y he creído que era el momento idóneo de comenzar una terapia constante.

—Por tu acento diría que eres texano. ¿Puede ser? —advirtió Ha-joon mientras apuntaba aquellos datos en su libreta, pero sin dejar de mirar directamente a Tobbias.

—Sí, lo soy. Del condado de Dallas. En septiembre vine con mi madre. Me encargo de que los caballos estén bien y de muchas otras tareas.

—¡Qué bonito trabajo! ¿Te gusta? —exclamó con entusiasmo.

—Sí, me encanta... Aunque antes no lo valoraba tanto. Las cosas eran diferentes. No dependía del trabajo para vivir, ni tenía a nadie bajo mi cargo. Y ahora sí.

El doctor anotó aquello rasgueando sobre el papel.

—¿A tu madre? ¿Hermanos tal vez?

—Solo a mi madre. Se divorció y ambos optamos por irnos lejos, buscar otro tipo de vida más tranquila donde nadie nos conociese. Yo trabajaba en un rancho enorme... —El joven pareció dudar antes de seguir—, pero por apoyo hacia mi madre decidimos ambos cambiar de forma

radical.

—Bien, Tobbias, ¿qué te ha traído hasta esta consulta? —indagó el doctor, adelantando un poco el cuerpo y, de esa forma, la cercanía física con el joven rubio. Dedujo que no tendría más de 23 o 24 años.

—Me puede llamar... —se detuvo un instante—. Me puedes llamar Bobby.

Ha-joon asintió con simpatía y eso hizo enrojecer un poco al chico, que encontró al doctor muy amigable.

Se había esperado una especie de señor mayor con cara de pocos amigos, pero en su lugar tenía delante a un hombre simpático, de voz aterciopelada pero masculina, buen porte y elegante figura. Además, su edad era indeterminada, aunque haciendo cálculos, tendría 44 años, lo cual le pareció casi imposible porque en su fina y rasurada piel de alabastro no asomaba una sola arruga. ¿Sería la genética coreana? Le pareció asombroso como poco.

Ha-joon observó el lenguaje corporal de Bobby y este no paró en ningún momento de retorcerse los dedos entre las manos. Debía costarle mucho soltar lo que llevaba dentro, pues no le había respondido a la pregunta aún.

—¿Quieres una bebida caliente?

—Oh, no deseo molestar.

—No es molestia. Un momento... —Ha-joon se puso en pie y le pidió a Rachel que fuese a por unos cafés al Plumas Coffee.

Después volvió a su posición inicial y cruzó las piernas, relajado en la butaca.

—Bien, Bobby, ¿qué te ha traído hasta esta consulta? —repitió con tranquila paciencia y voz calmada—. Tómame tu tiempo, al menos hasta que nos traiga Rachel el café. Es una joven simpatiquísima, por cierto. Creo que la adoptaré como hija postiza —bromeó para que Bobby dejase de estar tan tenso. Se le podía ver en la postura forzada y los bíceps apretados bajo las mangas de la camisa.

El joven fue bajando la guardia poco a poco.

—En realidad, una doctora me hizo la recomendación este verano... Pero la verdad es que se lo había prometido a mi madre y ya no hay excusas. Reconozco que venir me ha costado.

—Lo importante es que estás aquí, que nos hemos conocido y que te voy a ayudar en todo lo que me permitas. A tu ritmo.

Rachel tocó a la puerta y les entregó los dos vasos de papel con sendos cafés calientes. Se fue sonriendo a Bobby con carilla de tonta, y no era para menos pues el joven resultaba muy sugestivo a la vista, algo que tampoco pasó desapercibido, en ningún momento, para el doctor, que también tenía ojos en la cara.

Tras un par de sorbos reconfortantes, Bobby se animó a explicarse mejor:

—Mi padre es *Sheriff*, una figura muy autoritaria que siempre me ha tenido muy controlado, que me ha exigido demasiado y que ha coartado mis deseos y mis necesidades. Soy hijo único, supongo que eso también influye.

—Me temo que hay padres que se empeñan en controlar a sus hijos para que sean iguales que ellos y así tenerlos de su parte. Me imagino que no es un hombre cariñoso.

—En absoluto. Ni siquiera con mi madre.

—El divorcio te ha debido de afectar —concluyó.

—Sí. Pero por...

—Por tu madre —le cortó de forma deliberada—, porque la has visto sufrir. A tu edad no es lo mismo que de niño, se percibe todo desde un prisma distinto.

—Es lo mejor que le podía haber pasado. Ojalá lo hubiera hecho mucho antes.

—Te sientes culpable porque si no se divorció en su momento fue por ti —dedujo Ha-joon como si tal cosa.

Se levantó para sentarse junto a Toby, que sintió aquella cercanía de forma extraña. Nunca había visto un coreano de tan cerca, solo en los *doramas* que su madre veía en *streaming* y a la que era tan aficionada. Desde que podía visionar lo que le daba la gana, estaba muy contenta con sus series y películas.

—Sí, me siento culpable porque he sido un hijo muy egoísta y malcriado. Y no por ella, porque, al igual que yo, estaba bajo el yugo de mi padre —admitió sin quitarle ojo de encima al rostro atractivo que tenía enfrente.

—¿Abusó de ti de alguna forma?

—Si te refieres a sexualmente, no, jamás. Me ha pegado en pocas ocasiones, de pequeño cuando hacía fechorías. Su forma de maltrato era presionando, aprovechándose de su carácter autoritario.

—Maltrato psicológico. A veces somos víctimas de este tipo de abusos y los absorbemos de tal forma que ni siquiera somos conscientes. Y si lo somos, creemos que nos los merecemos por ser inferiores y no valer nada. Estoy seguro al cien por cien de que vales mucho, Toby.

Este no dijo nada, solo se sorprendió de que fuera tan certero en sus palabras. Había ido a la consulta con poco ánimo, pero sintió calidez a su alrededor, como si estuviera en un entorno seguro. Sonrió sin poder evitarlo, mirando hacia los posos del café.

Luego recordó cosas que hicieron decaer su ánimo de nuevo, cosas terribles que habían sido culpa suya aunque al final se hubiesen arreglado. No dormía bien por las noches debido a ello.

—Me cuesta conciliar el sueño porque no dejo de pensar en cosas malas —confesó.

—¿De qué tipo? ¿Relacionadas con tu padre? ¿O pensamientos suicidas? —preguntó de forma directa.

—No, con un accidente que provoqué y que casi mata a una persona.

—Son cosas que pasan...

Toby quiso reafirmar esa culpabilidad, ya que era real, y sin embargo tragó saliva y no permitió que aflorara. No estaba preparado.

—Sí... Supongo que sí.

—¿Esa persona está bien?

—Sí, lo está. Es muy feliz.

—Quédate con eso, Toby. Esa persona duerme en paz. Así que no te impidas hacer lo mismo. Esta noche tómame una infusión de valeriana bien cargada, lee algo que te guste, puedo prestarte libros —se ofreció de buena gana—, y deja que los malos pensamientos se diluyan en el cansancio.

Ha-joon se puso en pie y fue hasta su librería.

—No soy de leer mucho —confesó el chico.

—¿No te gusta o no tienes costumbre?

—No tengo costumbre. En casa había más armas que libros... —dijo con tristeza.

El psicólogo paseó la mirada por los lomos de los ejemplares que tenía allí. Como también iban niños a la consulta contaba con clásicos de la literatura para ellos. Se detuvieron sus ojos obsidiana sobre el tercer libro de *Las Crónicas de Narnia*, así que sacó el ejemplar y se lo tendió a Toby, que se quedó pasmado.

—*El caballo y el muchacho*. Espero que te guste.

—Pero... No lo puedo aceptar —contestó con apuro.

—Es un préstamo. Espero verlo de vuelta en mi estantería.

—Muchísimas gracias. Lo leeré —admitió con determinación.

Tras ese pequeño inciso, Ha-joon hizo preguntas a Toby sobre las tareas que ocupaban su día a día en el Rancho Green para que el joven se relajara y permitiera aflorar la bonita sonrisa que pugnaba por salir a la luz. Al doctor le gustaba mezclar los momentos de preguntas serias con unos veinte minutos de conocimiento del paciente, para poder crear después un informe fidedigno de este.

—Nunca he estado en ese rancho, la verdad.

—Podrías venir, seguro que los señores Peters estarían encantados.

—Los Peters, sí... —Ha-joon se rascó la rasurada barbilla—. Yo iba a clase con su hijo mayor.

—Está allí, con su esposa y sus dos hijos.

El doctor Anderson recordó que Lionel Peters nunca lo había molestado en clase, pues también era un chico apartado aunque no cultivaran una amistad mutua. Respeto entre raritos.

Justo en ese momento Rachel llamó a la puerta.

—Creo que el tiempo se ha terminado por hoy. La hora se nos ha pasado volando.

—C-claro. —Toby se puso en pie al lado del doctor que, efectivamente, era algo más bajo que él y más delgado. Le llegó el olor a perfume masculino, uno muy agradable y seductor, de los que a él le gustaban. Enrojeció sin querer.

—Pasa —dio permiso Ha-joon a su ayudante.

—La señora Hudson está aquí —informó la joven sin quitarle ojo a Toby.

—Dile que espere cinco minutos y ahora estoy con ella.

Rachel cerró tras de sí mientras el joven ranchero se colocaba las prendas de abrigo. Ha-joon le tendió su bufanda.

—A mi madre también le encanta hacer bufandas. Posiblemente yo tenga ya unas diez en el armario, con unos cuantos jerséis a juego. Tal vez sea bueno para la tuya que venga a Quincy de vez en cuando. Hay una asociación para mujeres maltratadas y que necesitan apoyo de otras mujeres. También tejen bufandas, *amigurumi* y lo que sea. Mi madre es la fundadora y suele estar metida en todo lo que se cuece.

El moreno le dio una tarjeta de la asociación.

—Se lo haré saber. Muchas gracias, doctor Ha-joon.

Este le guiñó un ojo en señal de asentimiento.

—Te devolveré el libro, lo prometo.

—No espero otra cosa de ti, Toby.

El chico salió por la puerta y se dirigió hacia Rachel para pedir una nueva cita, lo que la puso

muy contenta. Mientras tanto, la señora Hudson pasó, no sin repasar a Toby de arriba abajo primero, y se repantingó en el sofá, como de costumbre.

—Buenos días, Hellen.

—¡Ay, doctor Ha-joon! No se va a creer lo que le voy a contar...

Este sonrió cerrando la puerta, aunque antes observó al chico hablando con Rachel y le alegró que este, y el libro, fuesen a volver.



>Segunda Sesión<

«Si huyes de esto, huirás de todas las batallas que tengas que librar en tu vida.
Es ahora o nunca.»

(*El caballo y el muchacho. Las Crónicas de Narnia. C. S. Lewis*)

Tobby terminó sus tareas en el Rancho Green sobre las cuatro de la tarde, dejando listos y guardados a todos los caballos. Había sido el último día, antes de que comenzara el verdadero periodo navideño, que el rancho había abierto sus puertas a los visitantes hasta el año siguiente. Los Peters, y el personal, se merecían unas vacaciones.

Aunque él y su madre no volverían a Terrell, cerca de Dallas, sino que se quedarían con los Peters en el rancho. Era lo mejor, dadas las circunstancias personales que los rodeaban.

El joven cerró las puertas del establo y anduvo camino arriba, hacia el enorme hotel rural que hacía las veces de posada para los huéspedes y hogar para el personal fijo y la familia Peters, compuesta por seis miembros. Los abuelos: Joseph y Mary; su hijo y su nuera; Lionel y Amanda, el joven hijo mayor, Zac, y la pequeña Jess, de siete años de edad.

De hecho, escuchó a la niña llamarlo a voz en grito mientras bajaba la pendiente. Tobby la estrechó entre sus brazos cuando la criatura saltó sobre él como un sapo poseído por el demonio y, a duras penas, consiguió mantener el equilibrio.

—Tobby, Tobby, Tobbyyyyyy. ¿Hoy vas a Quincy? ¿Vas? Dime que sí, dime que sííí — alargó la vocal con un gritito.

—¡Jess, me vas a dejar sordo!

La depositó en el suelo embarrado para poder coger a la criatura de la mano y recorrer la poca distancia que quedaba hasta la puerta.

—¡Es que quiero tomar batido de chocolate con caramelo y nata! —exclamó de nuevo.

—Sí, voy a Quincy. Y sí —la interrumpió antes de que pegase otro berrido ensordecedor—, puedes venirte. Pero voy a tardar una hora, así que alguien tiene que hacerse cargo de ti y acompañarnos.

—¿La señora Margie no puede?

—No, hoy no. Está haciendo la cena para los huéspedes que quedan y se van mañana.

Entraron en el enorme *hall* de la casa, hecha esta de pura madera. No podía haber nada más rústico pero a la par hermoso: con sus columnas gruesas, las enormes vigas sujetando el alto techo, las escaleras bruñidas o la decoración al estilo oeste. Con todo, era un lugar cálido y acogedor, por eso iba tanta gente a lo largo del año, sobre todo durante las épocas estivales y de buen tiempo, pues el entorno natural era perfecto, en particular por la gran cantidad de pinares y otras especies arbóreas.

Se acercó la más loca de la familia, que no era otra que Bet, la Jack Russell bajita y gordita, como un pequeño tonel de cortas patas y pelo blanco y marrón, que corría hacia ellos moviendo la cola a toda velocidad. La pequeña perra se lanzó con genuina alegría sobre su dueña, ama y señora, empujándola con fuerza, tanta que casi la tiró sobre la enorme y gruesa alfombra.

—Así me siento yo cuando tú me haces lo mismo —le dijo Bobby a la cría, pero sin poder evitar echar una carcajada al aire.

—¿Ya estás aquí, muchacho? —Apareció el patriarca, Joseph, y le dio cinco dólares a su nieta —. Para el batido. Ahora viene Zac, se está emperifollando como un idiota.

Bobby sonrió, pues Zac tenía dieciocho años y era un poco tonto. Se pasaba el día hablando de las chicas de Quincy y los alrededores, alardeando de sus conquistas, inexistentes en realidad, y de cómo las traía locas a todas.

El chaval bajó las escaleras, con sus pantalones vaqueros medio caídos y dos tallas más grandes, su sudadera ancha, las zapatillas de marca y su gorra puesta del revés, por donde se colaban unos cabellos pelirrojos. Tenía la cara llena de pecas y era más imberbe que otra cosa.

A Bobby le recordó su no tan alejada adolescencia y se dio cuenta de que seguía siendo casi igual de tonto que entonces. Eso le chocó. Las circunstancias le habían hecho madurar a la fuerza y dejarse de tonterías, así que estaba más centrado.

—Bueno, ¿cuándo nos vamos? —preguntó Zac alargando la mano hacia su abuelo, que la miró un rato y le dio una palmada.

—¡Choca esos cinco! —exclamó el hombre con una ladina sonrisa en su rostro lleno de arrugas.

—¡Abuelo! A ella le has dado cinco dólares —se quejó.

—Tú no eres la niña de mis ojos. Bobby, te los dejo para ti —se dio la vuelta mientras lo decía, meciendo la mano en señal de despedida.

—De acuerdo, señor Peters.

—¡Me trata como a un crío! —se quejó Zac mientras acariciaba a la animada perrilla.

—Es que lo eres —añadió Bobby, sonriendo—. Dadme media hora para que me duche y me cambie.

El joven subió hasta su cuarto, en la tercera planta, y se aseó para estar presentable ante el doctor Ha-joon. Un cosquilleo animoso recorrió su interior. No creyó posible que ir al psicólogo le fuese a gustar. Además, había cumplido su promesa y tenía el libro preparado para devolvérselo a su dueño.

Se vistió con unos pantalones color camel, las botas negras nuevas, un jersey de punto azul que hacía juego con sus ojos y el anorak. Tampoco olvidó la bolsa con el libro y otra cosa más.

Bobby bajó las escaleras y buscó a sus dos «pupilos forzosos», que estaban en la cocina junto con Margie, su madre.

—¡Hijo! ¡Qué guapo vas hoy! —le dijo la mujer a Bobby—. Siento no poder acompañarte, ni a los niños.

—Gracias, mamá, no pasa nada.

—No soy un niño —se quejó Zac cruzándose de brazos, ofendido.

—Oh, cielo, veo como a un niño hasta a mi hijo y míralo, tiene 26 años —se defendió—. Cariño... —Giró el rostro hacia Bobby—, ¿llevas eso?

—Sí, no te preocupes. —Le guiñó un ojo e hizo un gesto con la cabeza para irse. No quería llegar tarde a la sesión con Ha-joon. Estaba ansioso, de hecho.

Los tres salieron al frío de la tarde nocturna y se subieron a la ranchera. No se tardaba demasiado en llegar a Quincy así que, tras aparcar, subieron por la calle Main a buen paso.

Entraron en el Plumas Coffee, que a esas horas estaba atestado de animada gente, y los dos hermanos buscaron un sitio libre al lado del ventanal. Toby fue a pedir a la barra, donde una mujer, que podría ser su madre, lo atendió con una sonrisa enorme en el rostro.

—¡Hola, corazón! ¿Qué os pongo? —preguntó echándole un ojo a los hermanos Peters.

—A ellos un par de batidos de chocolate con nata por encima y unos gofres. ¿Pueden quedarse aquí un rato? Tengo que ausentarme alrededor de una hora...

—Por supuesto, cielo. ¿Y a ti qué te pongo, guapetón? —quiso saber Sonya.

—Tres cafés con leche para llevar, por favor.

—¡Marchando!

Toby miró la hora, nervioso.

Sonya no tardó en traerle los tres cafés y le cobró toda la cuenta.

—Si consumen algo más se lo pago a la vuelta.

—Por supuesto, cielo. Tú ve tranquilo a ver al doctor Ha-joon.

Toby se quedó pasmado y enrojeció, balbuciendo. ¿Cómo lo sabía?

—No le hagas caso a mi hermana, chico. Es una chismosa de mucho cuidado. Varios pacientes del doctor le llevan café a él y a Rachel, así que es por eso.

Betty le echó una mirada matadora a su hermana y esta pidió disculpas al joven, que cogió la bandejita con los cafés.

—Ay, lo lamento. No pretendía meterme donde no me llamaban —se excusó solo para contentar a su hermana.

—No pasa nada, ir al único psicólogo que ejerce en un buen radio de distancia supongo que no es algo que se pueda ni se deba esconder —añadió Toby intentando reponerse del susto—. Nos veremos más a partir de ahora.

Lo bueno de un lugar pequeño: la tranquilidad. Lo malo; la gente lo sabía todo del vecino.

—Lo maravilloso de ir al psicólogo, en este caso, es el propio doctor —añadió Sonya alzando las cejas—. La gente es adicta a él —bromeó.

—B-bueno, yo he de irme. En una hora volveré a por aquellos dos.

—Hasta luego, corazón —se despidió Sonya—. Ahora les llevamos el pedido a la mesa.

Toby se dio la vuelta y salió mientras las hermanas se sonreían. Nunca sobraba un buen mozo en Quincy.

oOo

Ha-joon apareció justo cuando Rachel terminó de agradecerle a Toby el café. Les sonrió a ambos con esa serenidad que lo caracterizaba.

—Vete ya a casa, es viernes y habrás quedado con tus amigos.

—Bueno, hemos quedado en la cafetería. Por cierto, Toby nos ha traído café... —Se sonrió porque era lo más habitual del mundo.

—¡Muchas gracias! No tenías porqué. Pero de veras, muchísimas gracias —exclamó el psicólogo.

Tocó a Toby en el brazo, por encima del anorak, pero a este le gustó el amable contacto.

—Bueno, nos vemos el lunes, doctor. —Rachel apagó el portátil y recogió sus cosas, apurando la bebida caliente—. Me escapo ya.

—¡Adiós! —se despidió con buena cara—. ¿Vamos, Toby?

Se hizo a un lado y dejó pasar al joven que, como en la primera sesión, colgó su ropa de abrigo en el perchero, junto al elegante abrigo gris. La bufanda ya no era roja, sino azul verdosa.

Se fijó en que Ha-joon llevaba los calcetines de un color similar. En aquella ocasión su atuendo era un pantalón de tela azul marengo y una camisa de color lila claro, acompañada de una corbata también en tonos cerúleos.

Y aunque Bobby se sentía un poco pequeño a su lado, era imposible tenerle inquina.

—Gracias de nuevo por el café. La próxima vez me traes rosquillas glaseadas. Me encantan —bromeó mientras le daba un sorbo a la bebida caliente.

Sin embargo, Bobby tomó nota mental.

—Como te prometí, aquí tienes el libro de vuelta —dijo mientras lo sacaba de la bolsa y se lo tendía, tras sentarse en el sofá.

—¡Estupendo! —Inmediatamente después lo dejó en su sitio.

Bobby se percató de que, aquí y allá, había huecos libres, por lo que dedujo que prestaba muchos libros a sus pacientes, sobre todo de la sección infantil.

—También traigo otra cosa. Mi madre se ha empeñado, lo siento... —Extrajo de la misma bolsa una bufanda de color gris claro, con destellos plateados, estrecha y muy fina.

—Vaya, es preciosa... No lo sientas y dale las gracias de mi parte, te lo ruego.

—Lo haré. —Bobby sonrió de oreja a oreja, animado.

El doctor depositó la bufanda, con mucho respeto, en el reposabrazos de su sillón orejero. Luego cogió la libreta dedicada a Bobby y apuntó la fecha en una nueva página.

—¿Qué tal has dormido esta semana?

—Mejor. No desde el primer día, pero sí mejor. Hice lo que me dijiste: tomé valeriana, leí un poco y... Una de las noches me desperté con el libro casi terminado en mi regazo. ¡Me había quedado dormidísimo! Aunque me gustó mucho la lectura. De hecho, he buscado los anteriores a ese y los he descargado.

Bobby no se había dado cuenta. No obstante, su verborrea alegre distaba mucho de lo habitual y el doctor, que apenas lo conocía, ya notaba un cambio en él. No existía nada como dormir bien para que el ánimo de cualquiera mejorara. No pudo evitar fijarse en esa pequeña metamorfosis, en la expresión y el brillo de sus ojos azules.

—Eso es fantástico, Bobby. No sabes lo que me alegro —dijo de todo corazón—. Además, leer es bueno.

—Ahora dispongo de más tiempo, así que cultivaré esa afición. Espero que me puedas prestar más libros.

—Por supuesto. Eso dependerá de lo que hablemos en cada sesión —reveló—. Así que dime, ¿qué quieres contarme hoy?

El rostro de Bobby se ensombreció.

—Me gustaría hablar de dos problemas que tengo. Antes bebía más de la cuenta, no creo que hasta el punto de ser alcohólico ni mucho menos, pero sí es cierto que me ayudaba a desinhibirme.

—¿Has buscado asistencia en alguna asociación? Tengo contactos que pueden ayudarte en eso. Aunque yo también, por supuesto.

—No, la primera vez que voy a terapia es contigo.

—Lo sé. No te preocupes. ¿Desde cuándo no pruebas el alcohol?

—Desde verano. Porque me emborraché tanto que la lie pardísima... —Tobby se llevó las manos a las sienes y frunció el ceño—. Y en parte todo eso desembocó en todo esto... —susurró después.

—¿Qué es todo esto?

—El que mi madre decidiera divorciarse, que mi padre se enfadase conmigo hasta el punto de no querer saber nada más de mí, echándome de casa... El venir aquí, en definitiva.

—Recapitulemos: te emborrachaste de más, algo grave pasó que avergonzó a tu padre hasta el punto de renegar de ti y tu madre optó por el divorcio, alejándoos a ambos de él. La semana pasada me dijiste que había sido bueno para ella, ¿verdad?

—Así es. Y lo ha sido.

—¿Y entonces por qué sigues cargando con esa mochila? La liaste, de acuerdo, pero digo yo que no sería para tanto si no estás en la cárcel ni tienes antecedentes.

—No los tengo, no... Dios me libre.

—Habéis empezado de cero, os va mejor —afirmó—. El paso de gigante que has dado ha sido tremendo, Tobby. ¿No te das cuenta? Tu madre por ti, tú por ella. Y ahora, ¿eres feliz?

—No —contestó de forma tajante.

—Voy a reformular la pregunta: ¿eres menos infeliz que antes?

—Sí... —susurró—. No estoy en un entorno agresivo, ni en el trabajo, ni a nivel personal. Yo antes era... Era muy bruto. Estaba siempre cabreado y la frustración me comía las entrañas como un lobo hambriento.

—Es un buen símil. No te percibo como alguien así, la verdad. ¿Puedo tocarte?

A Tobby le dio un vuelco el corazón, pero asintió con la cabeza.

Ha-joon dejó a un lado la libreta y se sentó a poca distancia de su paciente. Le cogió por la mano, subió un poco el jersey que hacía juego con sus bonitos ojos, y buscó su pulso en la parte interna de la muñeca.

—Respira tranquilo, no pasa nada... Te late muy fuerte el corazón. Cierra los ojos.

El joven siguió sus instrucciones, sintiendo el íntimo contacto quemándole en la piel. El doctor tenía la temperatura corporal alta, era como una cálida estufa y su mano sujetándolo le transmitió una sensación de paz inusitada. También le recorrió un cosquilleo muy revelador y que disparó de nuevo su corazón.

Ha-joon se sonrió al mirarlo y sentir sus palpitaciones ir a toda velocidad. No pudo evitar recorrer con la mirada su cincelado y joven rostro. Ya sabía que tenía 26 años. Tragó saliva al darse cuenta de que estaba alargando aquel contacto demasiado y recolocó el jersey del chico depositando su mano callosa sobre el sofá, rompiendo poco a poco la unión de sus pieles.

Tobby abrió los ojos y sonrió con levedad.

—No eres una persona hostil por naturaleza, no me transmites eso.

—Lo era, lo era muchísimo. Estaba cabreado todo el tiempo.

—Se trataba de un reflejo de tu padre. Al desaparecer de tu vida, la hostilidad también.

Tobby tenía más razones que esas, pero aún no podía confesarlas, no estaba preparado.

—Eso me lleva a una segunda cuestión; él es muy racista.

—Entiendo. ¿Te sientes incómodo conmigo por ser coreano?

—No en particular, pero... Es cierto que me han metido mucha mierda en la cabeza con lo de que este es el mejor país del mundo, que los norteamericanos somos la primera potencia mundial, que los caucásicos estamos por encima de cualquier otra raza... En fin... ¿Sandeces, no?

—Sí, sandeces. Y no lo digo por haber nacido en Corea del Sur, sino porque no me han educado creyendo que yo era mejor que nadie. No lo soy, de hecho pasé una mala época cuando iba al instituto aquí por ser diferente.

—¿En serio? ¿Por ser coreano?

—Oh, no. Es que yo soy superdotado. Y no supe lidiar con ello, ni los profesores tampoco, mucho menos los compañeros. Así que me escondí en mi burbuja. Cuando me fui a estudiar a Harvard la rompí. Y tú la has quebrado al irte de Texas y venirte a este pequeño remanso de paz.

Aquel dato le gustó mucho a Bobby y le hizo admirar más al doctor. No solo era atractivo y afable, sino también inteligente. Fue a formularle una pregunta personal, hasta que se dio cuenta de que no podía hacer eso. Allí el que debía responder a las cuestiones no era Ha-joon.

—A otras personas se les rechaza por su procedencia, su estatus social, su sexualidad, incluso su género o sus creencias religiosas. Y este no es el mejor país del mundo, no. He viajado mucho y, en cuanto pones el pie fuera, entonces te das cuenta. De todas formas aquí estamos, es donde vivimos. Nuestro trabajo es lidiar con lo que hay y convivir lo mejor que podamos, de forma independiente a nuestro ADN.

—La persona a la que perjudiqué es afroamericana. Pero fue un daño colateral causado por envidia y enajenación hacia otra persona a la que sí quería fastidiar —confesó Bobby con lágrimas en los ojos—. Mi padre quería impedir a toda costa que yo confesase. Me sentí muy racista y cobarde...

—¿En serio te consideras tan racista? Entonces no podrías estar en la misma habitación que yo, te lo aseguro. Lo sé porque lo he vivido.

Ha-joon sujetó a Bobby, sin darse cuenta, por la misma muñeca que antes. El chico sí se percató y no rompió el contacto. Notaba una fuerte atracción cuando eso pasaba. Una similar a la que sintió tantos años por el hombre que nunca le correspondió.

El antiguo reloj de pared marcó las siete en punto y les hizo pegar un respingo a ambos.

Ha-joon se puso en pie, sin entender cómo había pasado aquella hora tan deprisa, y se dirigió hacia su biblioteca. En aquel caso sabía muy bien qué libro estaba buscando. Lo sacó y se lo tendió a Bobby, que tragó saliva al ver el título. Se le quedó mal cuerpo, aunque entendió por qué se lo prestaba. *Matar a un ruiseñor*, de Harper Lee.

—Estos son tus deberes. ¿Nos veremos la semana que viene? Me lo has de devolver, ya sabes.

—Por supuesto.

Bobby se levantó, alisando su jersey. Se puso el anorak con lentitud, alargando la estancia allí todo lo posible, pues se sentía muy a gusto.

—¿Te va bien en una semana a la misma hora que hoy? ¿Necesitas venir antes?

—Puedo venir antes, sí... —balbuceó con nerviosismo, deseándolo.

Normalmente Ha-joon no adelantaba citas, pero creyó conveniente que el chico volviese cuanto antes. Exceptuando los niños y adolescentes con problemas sociales, la mayoría de sus pacientes iban porque se aburrían o por algún problema menor. Sin embargo, intuía que aquel hombre tenía mucha porquería dentro que debía expulsar antes de poder reponerse.

Salieron a la antesala y el doctor revisó los huecos de las citas.

—¿El martes a las seis?

—Estoy de vacaciones, no hay problema. De hecho, los nietos de los Peters están esperándome en la cafetería de al lado, así que supongo que volveré con ellos también.

—Entonces no les hagas esperar ahora. Nos vemos el martes.

Le dio una palmadita en el brazo a Bobby, una que este no se atrevió a devolverle.

—Adiós, feliz fin de semana de descanso.

Bobby salió y dejó a solas al doctor.

De pronto Ha-joon se dio cuenta de que Bobby se había ido sin su bufanda. Luego recordó que había llegado sin una, así que cogió la suya, se puso el abrigo, recogió las cosas y cerró la consulta.

Entró en el Plumas Coffee y buscó con la mirada a Bobby, el cual estaba sentado con un muchacho pelirrojo y una niña castaña.

Saludó a lo lejos a Rachel, que departía de forma animada con sus amigos, y se acercó a la mesa de su paciente.

Este se quedó perplejo al verlo allí, con su sonrisa encantadora y sus ojos rasgados y negros que transmitían tanta confianza.

—Bobby, llévate mi bufanda. Yo ya tengo una nueva. —Se abrió el abrigo y le enseñó la que Margie había tejido para él y que le quedaba exquisita—. No te vayas a resfriar en tus vacaciones. Dicen los expertos que al descansar nos bajan las defensas.

—Muchas gracias —contestó Bobby mientras sujetaba la suave prenda y se la ponía alrededor del cuello, aspirando el aroma del doctor y despertando en él sensaciones que le hicieron ruborizarse.

—¡Te queda muy bien, Bobbyyyyy! —exclamó Jess—. ¡Va a juego con tus ojos!

—¿Usted es el jefe de Rachel? —preguntó Zac sin dejar de mirar de soslayo a la chica que, contenta, reía unas mesas más allá.

—Sí, lo soy. Es como una hija para mí, así que... —Frunció el ceño en una divertida expresión de padre postizo.

—C-claro, señor, solo quería confirmarlo... —Zac tragó saliva ya que estaba colado por Rachel, aunque le sacara un par de años.

—Me voy, buenas noches.

—Hasta el martes.

Bobby lo vio saludar a algunos lugareños antes de salir. Siguió su figura con la mirada, a través de los ventanales, hasta que desapareció.

—Bobby está enamoradooo —canturreó Jess—. Su novio le ha regalado una bufandaaa...

—¡No digas chorradas, niña! —la cortó su hermano al ver la expresión furibunda de Bobby.

Este intentó serenarse ya que delante tenía a una niña de 7 años, pero le costó no reaccionar mal. El tema de su homosexualidad todavía era tabú para él.

Aspiró antes de hablar:

—Jess, no inventes ese tipo de cosas, ¿de acuerdo? Está mal —la regañó Bobby con mucha seriedad.

—¿Está mal que tengas un novio? —La niña pestañeó sin entender nada.

Tobby se quiso morir allí mismo, salir corriendo o meterse debajo de la mesa. Zac, que vio su azoramiento, volvió a intervenir:

—No. Lo que está mal que te inventes cosas de esas cuando no son ciertas —la espetó su hermano.

—Es mi doctor, nada más, Jess —aclaró Tobby, intentando no perder los nervios con una niña pequeña—. Y no es mi novio. No tengo ni novio, ni novia, ¿de acuerdo?

—¡Vale! ¿Puedo tomar otro batido?

—En absoluto, porque no vas a cenar y tus padres me despedirán. ¿Quieres eso o volver a casa y portarte bien?

Jess entró en pánico y negó con la cabeza, agarrando su chaqueta para ponérsela a toda velocidad, cogiendo la mano que Tobby le tendía antes de irse.

Zac suspiró siguiéndolos, no sin echar una última mirada a Rachel, que lo saludó con la mano como de pasada.

Tener un *crush* con ella era lo peor para un atontado como él.

oOo

Ha-joon llegó a casa y se encontró la mesa con la cena preparada. Su padre leía el periódico con total tranquilidad y lo bajó un momento, mirándolo tras unas gafas para la presbicia.

—¿Todo bien? —preguntó Anderson padre.

—Claro, papá.

—¡Hola, cariño! Has llegado un poco tarde —dijo su madre mientras se secaba las manos en el paño de cocina. Luego le dio un beso a su hijo y este se lo devolvió de forma muy cariñosa.

—Me entretuve con el último paciente. ¿Y Maggie? —preguntó por su hermana menor, hija natural de los Anderson.

—Se ha ido con Nina al restaurante. No la esperes despierto —bromeó su padre.

Ha-joon quería muchísimo a sus padres y a su hermana. Durante 25 años no los había podido ver demasiado. Volver a compartir la vida con ellos era como un regalo, aunque hubiese perdido, a cambio, tantas cosas por el camino.

Se sentaron los tres a la mesa y la mujer le sirvió a su hijo el *kimchi* de repollo que llevaba macerando días.

—Siempre te empeñas...

—Porque es parte de tu cultura y este en particular es mi preferido.

—No la he olvidado, ya lo sabes —le sonrió al decirlo—. Me parece bien que sea tu preferido, lo has cocinado tú.

—A mí no me gusta —gruñó su padre.

—Anthony, no lo hice pensando en ti.

—Alice, eso es más que evidente —le respondió con una sonrisa.

—Bueno, tú tienes pollo al limón, ese que tanto te entusiasma. Por compensar un poco.

Ha-joon no pudo evitar reírse de buena gana mientras dejaba su abrigo y la nueva bufanda en el sofá de la salita.

—¿Y eso? ¿Has sido infiel a tu madre?

—Me la ha regalado un paciente. El chico del que te hablé, al que le di la tarjeta de la asociación para su madre. Pues la ha hecho ella. Yo, a cambio, le he dado la azul aguamarina.

Alice inspeccionó la prenda y se sonrió.

—Impecable. Espero que se anime a unirse a nosotras.

—Se lo recordaré a Bobby —prometió.

Tras una cena animada en la que Anthony y Alice se pincharon mutuamente, Ha-joon subió al antiguo desván, que ya no lo era. Lo había remodelado para que fuese su habitación privada, lo más parecido a su propia casa. Podría haberse comprado una, pero todavía no era el momento. Quería estar seguro de que se iba a quedar de forma definitiva en Quincy.

Se quitó la corbata, el cinturón y los zapatos, dejándose caer sobre su mullido lecho, uno que era solo para él.

Sacó de la mesilla una foto donde aparecía con otro hombre, hacía ya muchos años, agarrados de forma muy cómplice y cariñosa.

—Cabron... —Le tembló la mano e hizo el amago de romperla por la mitad, pero no fue capaz. La fotografía volvió al cajón de la mesilla, intacta.

Se puso los AirPods y buscó la *playlist* de Nirvana en su teléfono, pulsó el *play*, subió el volumen al máximo y escuchó...

*She eyes me like a Pisces when I am weak
I've been locked inside your heart-shaped box for weeks
I've been drawn into your magnet tar pit trap
I wish I could eat your cancer when you turn black
Hey
Wait
I got a new complaint*



>Tercera Sesión<

«Siempre di la verdad, no hagas daño a otros, y no creas que eres el ser más importante sobre la tierra. Rico o pobre, puedes mirar a cualquiera a los ojos y decir: puede que no sea mejor que tú, pero soy tu igual.»
(*Matar a un ruiseñor*. Harper Lee)

A 19 de diciembre se respiraba ya el ambiente navideño en Quincy. Las tiendas hacían incluso un concurso de escaparatismo para conseguir el primer premio de la asociación de comerciantes, así que estaba todo lleno de nieve falsa, dibujos y muñecos de Papá Noel, estrellitas y copos colgantes.

El Ayuntamiento tenía ya puestas las luces navideñas por toda la fachada y se andaban montando los puestos artesanales de regalos, algo de estilo muy europeo. La alcaldesa lo había visto en un viaje a Alemania, así que la decisión de implantarlo allí fue secundada por todos de buena gana.

Los niños y adolescentes estaban de vacaciones, por lo que Lionel, Bobby, Zac y la pizpireta Jess bajaron a la pequeña ciudad cuando el texano les comentó que tenía hora con el psicólogo.

La más joven del grupo no dijo ni pío sobre el doctor coreano amable, ya que Bobby se habría puesto de muy mal humor. Sin embargo, nadie la iba a convencer de que no eran novios. Hubiera apostado toda su hucha, con un total de 17 dólares y 36 centavos, a que ella tenía razón.

Por su parte, el ranchero iba con la bufanda de Ha-joon a todas partes, pues aún perduraba el aroma del doctor en ella. Cada vez estaba más convencido de que se estaba colando como un imbécil, lo cual era la peor cosa que le podía suceder. Y, sin embargo, no lo pudo evitar. ¿Qué le pasaba con los hombres más mayores e inaccesibles? ¿Por qué le atraían como polillas a la luz? Al final se quemaba y sufría, como en el pasado. ¿Por qué no podía fijarse en un chico de su edad? O mejor, no fijarse nunca más en un hombre.

—Bobby, ¿estás bien? —le preguntó la cría, tironeando de la bufanda, cuando se sentaron alrededor de una de las mesas del Plumas Coffee. El joven salió de sus profundos pensamientos y la miró sin comprender.

—No molestes a Bobby, Jess —el tono cortante de su padre fue suficiente para que la niña se portara en condiciones y se tomara su chocolate caliente en silencio.

—No pasa nada. Sí, estoy bien. —Le echó un ojo a su móvil y se puso en pie—. Me he de ir ya a la consulta. Tardaré una hora, más o menos.

—Saluda a Rachel de mi parte —le pidió Zac.

Lionel tuvo que reprimir una sonrisa.

—¿Y va a saber quién eres? —bromeó el rubio.

—Vete a tomar por cul... —Lionel le dio una colleja a su hijo.

—Esa boquita.

—Pero, papá...

—Nos vemos luego, Bobby. Suerte con la sesión.

Este se despidió con un gesto de cabeza y fue a la barra, donde Sonya le tendió una cajita ya preparada que el joven le había pedido al entrar. La pagó y se fue directo a llamar al timbre de la consulta.

Rachel le abrió, a punto de terminar su jornada laboral, invitándolo a adentrarse en la boca del lobo.

—Hola, Bobby. Me sorprendió ver que tenías cita hoy, el doctor no suele adelantarlas, al menos a mí no me lo permite si no es por fuerza mayor. Es un obseso del orden... —susurró en confidencia.

El rubio se regocijó por dentro, complacido tontamente. Sabía que no era por nada en particular, pero le hizo ilusión.

Antes de que la joven se fuera le dio el recado de Zac.

—Sí, devuélvele el saludo. Desde que terminé el instituto no le veo apenas, pero solíamos charlar mucho en la biblioteca durante mi último año. Una pena que se haya vuelto así.

—¿Así?

—Claro, antes era un chico tímido y majo, vestía normal... Ahora parece un... yo qué sé. Y va diciendo mentiras de que se ha acostado con muchas chicas. Eso es muy tonto por su parte, y muy desagradable. Bueno, me voy que hace frío aquí en la puerta. Qué vaya bien la consulta de hoy.

Cerró tras de sí y Bobby se dio de bruces, al girarse, con Ha-joon, que había estado allí observándolos en silencio, con una sonrisa en la boca.

—Es una jovencita muy lista. Le di el trabajo porque necesita ahorrar para ir a la universidad... No todos tienen la suerte de tener el dinero suficiente, o ir becados como yo.

—Fuiste a Harvard, ¿verdad? —Bobby aprovechó para sonsacarle un poco de información mientras lo seguía al despacho.

—Las mejores universidades del país se pegaban por mí, aunque no quiero que suene pedante. Podía haber estudiado lo que quisiera, pero me decidí por la rama de la Psicología Social, porque quería entender el comportamiento humano y poder así ayudar a otros. Aunque ejercí poco, siempre he sido más teórico que práctico. Acabé siendo profesor adjunto en Harvard y publiqué muchos artículos en revistas y medios. Pero esto debe aburrirte, Bobby.

—¡No, no! En absoluto, me resulta súper interesante. Yo fui un estudiante mediocre y pasé a trabajar en un rancho desde muy joven. Admiro a las personas como tú... —carraspeó.

—No hay nada de malo en lo que haces. Cuidar, adiestrar, montar caballos... Ocuparse del ganado. Requiere fuerza y destreza. ¡Yo no podría! Ven, siéntate, no te quedes de pie. —Lo invitó con un gesto de la mano.

—¿No sabes montar a caballo?

—Para nada, me caería de cabeza. —Ha-joon rio de forma genuina.

—Yo podría enseñarte —se ofreció.

Ha-joon creyó conveniente rechazar la oferta.

—Bueno, no sería adecuado ya que somos médico y paciente, Bobby.

—No pasa nada, lo entiendo. Pero es una pena, porque con la oferta de clases de equitación gratuitas también iban incluidas las rosquillas glaseadas. Me las tendré que comer yo solo.

Sacó la cajita de cartón de la bolsa, la abrió y le mostró los dulces a Ha-joon, que arqueó las

cejas y se le hizo la boca agua.

—¿Sabes que eso es chantaje?

—A veces juego sucio —admitió—, cuando quiero conseguir algo.

El doctor alargó la mano y cogió una rosquilla que mordió después, saboreándola con los ojos cerrados.

A Toby le pareció súper sexy y se puso taquicárdico. Se había metido él solito en aquella encrucijada.

—Bueno, pero solo una clase.

—Una por rosquilla.

—No abusos de mi debilidad, chico.

Quisiera o no, le divirtió el juego. Aunque involucrarse a nivel personal con un paciente no fuese buena idea, tampoco pasaba nada por ir al Rancho Green. No iba a estar siempre de casa al trabajo y del trabajo a casa. A lo sumo salía con su hermana y la simpática novia de esta.

Por fin estaba empezando a tener ganas de hacer cosas, lo cual resultaba ser una buena señal de que su herida, aquella puñalada traperera, se estaba cerrando.

—Bien, comencemos la tercera sesión o a este paso se te va a ir el tiempo de la consulta. Y no soy barato.

—No me importa pagar el tiempo de más, vale la pena cada segundo que paso aquí contigo. Eres muy buen psicólogo.

Ha-joon sonrió afable, satisfecho por escuchar aquel halago, cogió el bolígrafo y la libreta para ir tachando las preguntas que tenía preparadas.

—Hoy la tónica será distinta. Te voy a hacer unas preguntas y quiero que me las respondas, sin pensar mucho, con lo que te salga del alma.

Toby asintió un poco nervioso y se sujetó los dedos de las manos, apretándolos. Un distintivo de que lo estaban sacando de su zona de confort.

—Si pudieras cambiar algo de tu infancia, ¿qué cambiarías?

—A mi padre.

—Si una bola de cristal te pudiera decir la verdad sobre ti mismo, tu vida, el futuro o cualquier otra cosa, ¿qué te gustaría saber?

—Si alguien me va a querer de verdad.

—¿Qué valoras más en una amistad?

—Que sea sincera.

—¿Cuál es tu recuerdo más preciado?

—En el parque, cuando mi madre me empujaba el columpio. Me sentía volar, libre.

—¿Y tu recuerdo más terrible?

—Cuando las consecuencias de mis actos casi matan a una persona inocente.

—¿Qué papeles tienen el amor y el afecto en tu vida?

—Solo conozco el amor de mi madre.

—¿Cómo te hace sentir la relación con tu madre?

—Que en el fondo soy buena persona.

—¿Cómo sería un día perfecto para ti?

—Despertar al lado de la persona que me ame y dormirme a su lado también.

—Di tres cosas que parece que tienes en común con la persona que tienes delante.

—Somos hombres, usamos bufandas de nuestras madres y... nos gustan las rosquillas glaseadas.

—Comparte con esta persona un momento vergonzoso de tu vida.

—Declararme a la persona de la que estaba enamorado y que me rechazase, varias veces.

—Teniendo en cuenta que puedes elegir cualquier persona del mundo, ¿a quién invitarías a cenar?

—A ti...

—Si te convirtieras en amigo íntimo del compañero que tienes delante, ¿qué sería importante que supiera?

—Que... que soy... —Tobby rompió a llorar de pronto y Ha-joon, que no se lo esperaba, se sentó a su lado y lo sujetó por ambas manos, las cuales tenía agarrotadas.

—Vamos a parar esto. ¿De acuerdo? No más preguntas. Y solloza todo lo que necesites.

No hacía falta ser un psicólogo fuera de serie para darse cuenta de lo solo que se sentía Tobby y la falta de cariño que padecía.

Este estuvo desahogándose cerca de veinte minutos, sin decir palabra, tan solo llorando. El doctor tuvo que darle la caja de pañuelos entera.

Al fin Tobby pudo calmarse y descansar un poco.

En todo momento, Ha-joon estuvo junto a él en el sofá, sujetando sus masculinas manos y sintiendo cómo se iban relajando según el llanto amainaba.

Ha-joon miró el reloj de pared. Solo quedaban cinco minutos de consulta. Tomó una decisión.

—¿Hoy tienes algo que hacer, Tobby?

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

—Que si tienes algo que hacer hoy.

El chico negó con la cabeza y sus cabellos rubios con ella.

—He venido con Lionel y sus hijos, pero nada más...

—Bueno, pues me tienes que invitar a una cena. Hoy casualmente tengo libre en mi apretadísima agenda de cenas con mis padres y mi hermana. Después te acercaré al rancho. Eso sí, esto vale por lo menos tres rosquillas.

Aquello arrancó una sonrisa a Tobby, que lo miró agradecido.

El psicólogo sabía que se estaba involucrando demasiado a nivel personal, y solo habiendo visto al chico en tres ocasiones, pero le rompía el corazón tenerlo allí en aquel estado.

—No hace falta que vayamos a cenar, no te preocupes... Pero te agradezco el gesto.

—¿Estás seguro? ¿No quieres? ¿Te sientes incómodo? No es lo mismo estar dentro de esta burbuja que hemos construido que fuera de ella.

—Lo haces por las rosquillas, ¿verdad?

—Eso está claro —respondió jocoso el doctor—. Si vamos a jugar, apostemos alto.

Tobby le dio la caja entera, aceptando así.

—Avisa a Lionel de que llegarás tarde. Yo llamaré a mi padre, porque mi madre nunca coge el teléfono y es absurdo intentarlo —bromeó.

—Claro... —Tobby rebuscó en el interior de su chaqueta y le escribió un mensaje a su jefe. Lionel le contestó con un breve *okay*.

Luego miró al doctor, que estaba apoyado en su mesa de caoba, con las piernas cruzadas, hablando con su padre. Ese día llevaba un pantalón gris oscuro y un jersey de cuello vuelto de color negro, que contrastaba con su piel pálida, pero que iba a juego con el color de sus ojos y sus cabellos. Era atractivo hasta decir basta.

El corazón de Tobby se aceleró al pensar más allá de una simple cena. Le pareció idílico poder salir con aquel hombre, como si le hubiese tocado la lotería aunque no se la mereciese por hacer trampas.

El reloj sonó y Tobby miró hacia el dichoso cachivache. Le hubiese tirado una piedra para que no molestase.

—Bien, ¿nos vamos o quieres esperar un poco a estar más tranquilo? —dijo mientras asía una rosquilla y se la llevaba a la boca, manchando sus sensuales labios de azúcar glaseado, así como su jersey.

—Podemos marcharnos, pero... No tengo ni idea de dónde ir a cenar, lo lamento.

—Yo sí. La novia de mi hermana tiene un restaurante vegano en la calle de aquí detrás. No sé si estarán ellas dos o solo Nina, su pareja, pero da lo mismo.

—¿V-vegano? ¿Novia? —A Tobby le dio vueltas la cabeza.

—Sí... ¿La comida vegana te resulta un inconveniente? Está muy buena.

Que pasara por alto, como si tal cosa, la homosexualidad en la ecuación, dejó a Tobby pasmado. Pero claro, para él debía ser algo muy normal siendo su hermana.

—No, seguro que me gustará —añadió intentando sonar normal.

—Pues vamos, es un sitio pequeño y se llena enseguida. Tener enchufe no vale con mi cuñada. Mi hermana se llama Maggie, por cierto.

—D-de acuerdo —balbució sin poder creerse, una vez más, que estuviese sucediendo aquello —. Por cierto, aquí tienes de vuelta el libro.

Se lo tendió a Ha-joon, que lo asió con delicadeza para depositarlo en el lugar sagrado al que pertenecía.

—¿Te ha hecho pensar?

—Me ha roto el corazón —dijo con sinceridad.

—De eso se trataba, Tobby, de que te lo rompiese. Si fueras un racista no te habría afectado. ¿Te convence eso ya?

—Sí.

—Hoy te voy a dar otro tipo de lectura. Una muy especial.

Sacó *La Historia Interminable* de un rincón casi secreto y se la dio a Tobby.

—Ni siquiera he visto la película.

—Ni falta que te hace, es una bazofia al lado de esta maravilla de la literatura universal. Y no digo más. Vámonos o nos quedaremos sin sitio.

oOo

Tobby entró con pies de plomo en aquel pequeño local angosto pero coqueto. Ya había tres mesas, de las seis que habían pegadas al lado izquierdo, ocupadas. En la parte derecha estaba la barra, donde se podía tomar algo antes de comenzar a cenar. De las paredes colgaban pizarras

con dibujos de tiza coloreada y los nombres de los platos. Sonaba música de Jazz a un volumen agradable y que permitía hablar.

Nina, al ver aparecer a su cuñado, junto con un atractivo joven rubio de ojos azules, no dio crédito. Sirvió los platos a una de las mesas y se dirigió hacia la curiosa pareja.

—¿Te sobra alguna mesa? —le preguntó Ha-joon a la mujer, que primero le observó a él y luego a Bobby, que mantenía hundida la cabeza en la bufanda aguamarina.

Nina era una mujer madura de unos cincuenta años y con rasgos africanos, pero no era del todo negra. Llevaba el oscuro cabello, con zonas canosas, atado en un moño alto y sus ojos eran marrones e inquisitivos.

—Sí, me queda una mesa sin reserva. —Les indicó con la mano cuál, así que ambos hombres se sentaron, el uno frente al otro.

Nina les dejó las cartas indicándoles que el plato del Chef era Masala Dosa, una crepe de arroz y lentejas, rellena de verduras y especias.

—¿Te apetece eso, Bobby? Te veo dubitativo —le preguntó el doctor.

—Soy muy básico y no conozco este tipo de platos.

Nina le echó una mirada matadora, como si hubiese cometido un crimen horrible.

—Nunca es tarde para conocer otro tipo de gastronomía. Os traeré el Masala Dosa y unos Falafel con yogur de soja —sentenció ella sin dejarlos decidir por sí mismos.

Cuando se fue, Bobby pestañeó confundido.

—Solo conozco a otra persona tan seca como ella, y lamento ser sincero al dar mi opinión —dijo el rubio.

—¿Nina seca? Por supuesto. —Ha-joon se empezó a reír—. Pero con mi hermana es muy cariñosa. Y eso es lo importante. Se llevan quince años, aunque no creo que esa diferencia sea problema para ellas. Ya están ambas en una edad adulta y buscan lo mismo. Creo que Maggie le pedirá que se casen, aunque solo es una deducción.

Bobby sonrió de manera genuina, no por lo que le estaba contando, sino por cómo lo hacía, con un brillo especial en sus ojos negros.

Nina no tardó en volver con los falafel y las crepes. También les dejó una botella de vino y dos copas.

—No podemos beber, Nina. Lo he de llevar a su casa después, pero gracias por ofrecernos tu mejor vino.

Ella hizo un gesto de cansancio y cambió el vino por dos botellas de agua mineral. Acto seguido se fue a atender a los comensales del resto de mesas.

—Lo del vino es su manera de decir que, en el fondo de su negro y marchito corazón, me aprecia. Suele llevar una botella a casa de mis padres cada vez que cena allí. Hay personas que no saben expresar sus sentimientos de manera directa, así que lo hacen así. Oye, esto está muy bueno. Pruébalo, Bobby.

Pinchó un falafel crujiente y se lo dio al joven ranchero, que lo asió como con miedo. Al morderlo se abrió y pudo ver la masa amarilla del garbanzo con especias. Lo mojó en la salsa de yogur y lo degustó, sorprendido por la textura y el sabor.

—Reconozco que creía que los veganos comían hierba de pasto —bromeó arrancando una carcajada a su acompañante.

—Si no quieres que Nina te saque de aquí a patadas, mejor come y calla.

A Toby le resultó muy sabrosa la crepe también, y terminó pidiendo alguna más ya que estaba acostumbrado a comer mucho. El postre fue una jugosa tarta de limón.

—Estoy asombrado. ¡Me ha gustado mucho! Me acabas de abrir un mundo nuevo de posibilidades culinarias.

—Me alegro. Sobre todo porque ya no lloras —susurró Ha-joon, que sonrió de forma tan encantadora que Toby sintió el corazón estallar.

Aquel hombre era muy hermoso, por dentro y por fuera. Tragó saliva.

—Deja que te invite. Además no he pagado la sesión... —susurró el joven llevando la mano al bolsillo de su anorak.

—¿Y las rosquillas qué son? Ni se te ocurra sacar la cartera —añadió poniéndose en pie, tocándole en el hombro con fuerza y yendo directo hacia la barra.

Nina miró la tarjeta de crédito que le tendía Ha-joon como quien observa algo con mucho asco.

—No me va el datáfono —alegó con el ceño fruncido.

—Ah, creo que tengo efectivo.

—No se admite efectivo en este restaurante.

Toby se tapó la boca para aguantarse la risa.

—Nina, por favor... —Le tendió de nuevo la tarjeta sin que ella moviera un músculo.

—Te voy a ser sincera: Maggie y yo apostamos. Ella dijo que si un día venías a cenar con un tío yo no te cobraría. Como no lo creí posible acepté y ahora me he de comer la apuesta con patatas. Así que date por invitado.

Toby arqueó las cejas con sorpresa mientras Ha-joon se ponía rojo bermellón. El joven rubio pudo ver sus orejas muy rojas mientras se acercaba con el abrigo y la bufanda del doctor, la que le había regalado días atrás.

—No es lo que parece.

—Me da igual. Tengo mucho que hacer y clientes por atender, así que id saliendo, parejita. Y me parecías tonto. Menudo tío te has ligado, doctor.

Empujó a su cuñado sin que opusiera resistencia, seguidos por un Toby estupefacto.

Ya fuera, bajo el gélido frío de la noche, Ha-joon le pidió disculpas a Toby a la par que se enfundaba en la ropa de abrigo.

—Lamento el malentendido. Pero no te preocupes, hablaré con Maggie y le explicaré que eres mi paciente y no un ligue...

—V-vale... —admitió un poco nervioso.

—Te llevo ya a casa, aunque tendré que poner el GPS. El coche está aparcado cerca.

El auto en cuestión era un Ford Mustang de color gris claro y plateado que impresionó a Toby. Él estaba acostumbrado a otro tipo de coches, pero ir de copiloto en aquel le resultó comodísimo. Desde luego iba a juego con su dueño.

—De veras lamento el espectáculo. Ahora entiendo por qué estaba más rancia de lo habitual.

—No me molesta.

Que lo confundieran con un ligue de Ha-joon era muy halagador. Ojalá fuera cierto, porque llevaba mucho tiempo a dos velas y aquel hombre le parecía cada vez más atrayente. Lo hubiera

hecho con él en aquel coche sin dudar ni un segundo.

Por su lado, el psicólogo sabía que se había liado buena por saltarse sus propias normas a la hora de involucrarse demasiado con un paciente. Pero no podía derivar a Toby a otro colega, porque por allí no había ninguno. Y dejarlo desamparado no le cabía en la cabeza. ¿Qué puñetas iba a hacer?

Para colmo, Toby le resultaba un chico muy atractivo y reconoció que el juego de las rosquillas, y verlo fuera de la consulta, le había gustado. Llevaba tiempo solo, mucho más de lo que había creído, y eso podía confundir sus sentidos.

Apenas tardaron quince minutos en llegar al Rancho Green y no hablaron demasiado. Ha-joon por vergüenza y Toby por no fastidiarla.

El rubio se apeó del auto a regañadientes y dio la vuelta para despedirse mejor de Ha-joon, que bajó la ventanilla. El rubio se tuvo que agachar un poco, pero sonrió al tener tan cerca el rostro del psicólogo. Lo podría haber besado, aunque se contuvo. Había aprendido la lección en el pasado y no rebasaría la línea con nadie nunca más.

—Gracias por lo de hoy, la consulta, los ánimos y la cena gratis, aunque fuera por una broma a tu costa.

—Gracias a ti por las rosquillas y tomarte tan bien lo que ha pasado. Aún estoy avergonzado de veras... Voy a matar a mi hermana —susurró con una sonrisa cuca que lo hizo muy atractivo.

—Ha-joon, ¿eres gay? —le preguntó a bocajarro.

Este se quedó unos segundos callado, más que nada por la sorpresa.

—Sí. Supongo que era fácil de deducir, ¿verdad? —respondió.

Toby cerró los ojos y tragó saliva.

—¿Me preguntarías de nuevo la cuestión que me hizo llorar?

Ha-joon arqueó las cejas con estupefacción, pero asintió con la cabeza.

—Si te convirtieras en amigo íntimo del compañero que tienes delante, ¿qué sería importante que supiera?

—Que también soy gay.

Dicho aquello se irguió para darse la vuelta e irse con lágrimas en los ojos, pues aunque decirlo había sido sencillo, serlo no.

Ha-joon lo vio desaparecer tras las puertas principales del rancho y subió después la ventanilla, pues hacía mucho frío. Se quedó allí un rato con el motor encendido, estrujándose el cerebro y tomando una decisión. Luego puso el navegador en la pantalla de su coche y dio la vuelta por el camino de tierra para volver a casa.

Necesitaban una cuarta sesión.



>Cuarta Sesión<

«—Escucha, Bastian Baltasar Bux —dijo—. No me gusta hablar mucho. Prefiero el silencio. Pero esta vez te lo diré. Tú buscas el Agua de la Vida. Quisieras amar, para volver a tu mundo. Amar... ¡eso se dice fácilmente! El Agua de la Vida te preguntará: ¿a quién? No se puede amar sencillamente, en general y de cualquier manera.»

(*La Historia Interminable*. Michael Ende)

Ha-joon pidió a Rachel que concertara una cita con Bobby lo antes posible, pero lo máximo que consiguió fue mover algunas otras y tener una libre el 22 de diciembre a las 13:00 horas, *in extremis*. Después de eso cerraría la consulta para pasar unos días navideños en familia. Además eran católicos, por lo que vivían la Navidad de un modo un poco distinto, aunque sin renunciar a los regalos de Papá Noel.

Durante esos tres días se sintió nervioso, estuvo incluso un poco borde con Maggie, que le pidió disculpas mil veces por haber hecho aquella apuesta con Nina poniéndole en un feo compromiso. Y más sabiendo lo mucho que había sufrido y las razones por las que renunció a su aparente vida perfecta en Cambridge.

Por eso no le sorprendió ver a su hermana entrar a la una menos cuarto en la consulta, justo cuando el penúltimo paciente se despidió deseándoles unas Felices Fiestas.

Rachel le dio la bienvenida con alegría y la abrazó.

—¡Qué bien verte por aquí, Maggie! Vas guapísima.

—¿Tú crees? Gracias, he quedado a comer con Nina.

Maggie era rubia y llevaba el cabello por encima de los hombros, suelto y liso. Bajita, de piel y ojos claros, regordeta y muy pechugona.

—Vete si te apetece, Rachel, han abierto ya el mercadillo navideño —instó Ha-joon a su ayudante.

—Siempre me das la patada, doctor. No me quieres —bromeó mientras cogía su bolso.

—Créeme, te quiero mucho —dijo dándole un abrazo y un beso en la frente a la joven—. Por eso te doy vacaciones ya.

—Bueno, está bien.

El timbre de la puerta sonó, así que la ayudante fue a abrir. Allí se encontró con Bobby, aunque no iba solo. Venía con los Peters y sus dos hijos. De hecho, Zac se puso rojo de pies a cabeza al ver a Rachel y balbució, como un lerdo, algo que nadie comprendió.

La pequeña Jess se hizo paso entre los mayores y corrió a abrazar a Maggie, su profesora preferida.

—¡Maggieeeeeee! —chillo a voz en grito, ensordeciendo a los presentes.

—Jess, no grites así, pareces una sirena, pero no de las que tiene cola —la regañó con una sonrisa en los labios.

El doctor se agobió un poco con tanta gente y más después de ver a Bobby mirándolo en silencio con expresión tristonera. Se sobrepuso a sus sentimientos personales y saludó a los Peters

con amabilidad.

—Lionel, cuántos años, ¿verdad? Te veo bien. —Se dieron la mano.

—A tu lado parezco un viejo. ¿Cómo lo haces? ¿Y dónde está ese chico friki con camisetas de Nirvana?

—Me parece que lo dejé en Harvard —bromeó—. ¿Es tu mujer?

—Sí, ella es Amanda.

—Es un placer, Amanda. Tu marido y yo éramos un par de frikis.

Ha-joon le dio la mano y ella se puso roja por lo guapo que era. Como se había aficionado con la madre de Toby a visionar doramas coreanos, fue como ver a un actor.

—Sigue siendo un friki, te lo aseguro. Tiene una habitación solo para su colección de juegos de mesa y rol. Eso sí, no nos aburrimos nunca, ni deja aburrirse a los que se hospedan en el rancho.

—Bueno, yo sigo escuchando a Nirvana y a otros grupos de los noventa, así que cada loco con su tema.

—En fin, nos vamos —dijo Lionel—. Toby y el doctor tienen una cita y no podemos retrasarla.

La pequeña Jenn sonrió. Una cita. Estaba todo muy claro: eran novios y ella tenía razón aunque la mandaran callar.

—¡Nos vamos al mercadillo navideño! —exclamó la niña al recordar para qué habían bajado hasta Quincy, aparte de acompañar a Toby.

—¿Q-quieres venirte, Rachel? —le preguntó Zac a su antigua compañera de instituto, haciendo uso de toda su fuerza de voluntad para atreverse.

—Sí, ¿por qué no? —respondió ella sin percatarse de nada.

Toby se aguantó la risa al ver la cara de besugo enamorado que ponía Zac. Allí estaba el terror de las nenas, como él se autoproclamaba, el destructor de corazones femeninos, el que las traía loquitas a todas.

—Adiós, adiós. ¡Nos vamos! ¡Felices Fiestas! —exclamó Jess pegando grititos—. ¡Que Papá Noel me traiga muchos regalosssss!

—¡Adiós! —dijeron todos saliendo de la antesala de la consulta.

Maggie se llevó la mano a la cara, sonriente.

—Es la niña más lista y avispa de todas las clases que tengo a mi cargo.

—Desde luego no para quieta... Pero yo le pienso dejar carbón dulce para que se asuste un rato —comentó Toby—. Solo he de ir luego a comprar una buena cantidad.

Maggie se puso a reír a carcajadas ante la estupefacción de Ha-joon, que era mucho más sereno mostrando sus sentimientos.

—¿Eres Toby, verdad? Yo soy Maggie, la hermana de Ha-joon.

—Sí, encantado. —Toby la saludó dándole un beso en el anverso de la mano, como un caballero.

—Te pido disculpas por lo de la otra noche —dijo poniendo cara de circunstancia y mirando por el rabillo del ojo a su hermano—. Era una broma entre Nina y yo, pero no pensé que... En fin...

—De verdad, no pasa nada. Ya se lo dije al doctor Ha-joon; no me molestó, ni me sentí mal,

solo fue un malentendido tonto. Y nos salió gratis la cena —dijo intentando quitarle hierro al asunto para que la mujer no se sintiera mal por más tiempo.

—Tobby y yo tenemos una sesión, Maggie. Y ya pasa de la una, así que... Si eres tan amable... —la invitó así a marcharse.

Maggie sabía que su hermano estaba molesto todavía, y con razón.

—Ha sido un placer, Tobby. Ah, Ha-joon, papá quiere saber si hoy... —carraspeó antes de continuar hablando—, vienes a cenar. Nina cierra unos días el restaurante, así que se quedará en casa. Traerá vino, del bueno...

—Claro que voy —respondió con una de sus sonrisas afables.

—Hasta esta noche. Adiós... —salió sin hacer ruido, no sin antes saludar a Tobby con la mano.

Este correspondió el gesto y luego miró a Ha-joon que, con la cabeza, le indicó que pasase a la consulta.

Tobby entró en silencio, dejó sus prendas en el perchero y se fue a sentar en el sofá, pero entonces vio que el doctor lo hacía al otro lado de su mesa.

—Ven, hoy hablaremos aquí —le indicó de manera amable.

Era la forma que había adoptado el psicólogo para mantener las distancias y que quedara claro dónde empezaban y terminaban los límites de su relación médico/paciente.

Tobby lo entendió, no era tan tonto, así que siguió sus directrices.

—Lamento el lío que se ha montado, pero Jess estaba emperrada en venir...

—No pasa nada, los niños son impredecibles y es lo más bonito que tienen. Además, es muy graciosa. No se merece tanto carbón —dijo con una sonrisa, rompiendo un poco el momento tenso del principio.

Tobby sacó el libro prestado y lo deslizó sobre la mesa con mucho respeto.

—No me lo tienes que devolver ya, térmalo primero. ¿O no te ha enganchado lo suficiente?

—Sí lo he leído, prácticamente del tirón. Me lo llevaba hasta cuando los caballos estaban pastando, sentado en el pajar. No me esperaba una historia así, la verdad. Creía que era solo para niños y que no iría conmigo, pero qué equivocado estaba... —susurró con una sonrisa triste—. Es agri dulce y a la vez precioso. Me sentí identificado con Bastian por lo solo que se sentía, y lloré mucho cuando Atreyu pierde a su mejor amigo... Además, la segunda parte es mi favorita. Me parece todo muy simbólico, en cada página hay algo que me recuerda a mí mismo, no sé cómo expresarlo mejor. Lamento no ser muy locuaz en mis explicaciones.

—Lo has referido de forma perfecta, Tobby. Estoy orgulloso y me alegra muchísimo que te haya llegado al alma.

El libro volvió a su rincón secreto, como la pieza que faltaba en el puzle que era la librería de Ha-joon.

—Antes de continuar con la sesión de hoy quiero dejar clara mi postura, Tobby. Por eso nos hemos sentado así —dijo Ha-joon al volver a su lugar.

—Ya lo sé.

—¿Sí? De todas formas tengo que decirlo: somos médico y paciente. No sé qué me pasó la última vez, pero me dejé llevar por mis sentimientos al verte sollozar así, y tomé la mala decisión de involucrarme en tu vida fuera de la burbuja. Eso no se puede repetir y asumo la

responsabilidad. Si deseas buscar a otro profesional, te ayudaré a encontrarlo.

—No quiero ir a otro profesional —concluyó Bobby, muy serio.

Estaba decepcionado, sí, porque le gustaba el doctor. No obstante, entendía su postura y la respetaba.

Ha-joon suspiró un poco más tranquilo y dulcificó su expresión.

—Bien, pues me gustaría hablar, si te ves preparado, de lo que me dijiste antes de irte a casa la otra noche. Esta vez no voy a hacer preguntas, así que siéntete libre de hablar, o de no hacerlo.

—He estado pensando mucho en ello —Bobby tragó saliva antes de continuar hablando—, y en cómo resumir las cosas. Lo he consultado incluso con mi madre y ella me ha animado a que suelte toda la mierda que tengo dentro con respecto a mi homosexualidad. Es la única aquí que lo sabe. Bueno, y tú...

—Te escucho con atención.

—Soy consciente desde niño. Al principio no le daba importancia porque era pequeño, pero cuando comencé a hacerme un hombre... Me colé por el ex marido de la prima de mi madre, que es más mayor que yo. Ya te puedes imaginar lo mal que lo pasé... Además, trabajaba con él codo con codo, así que era mi amor no correspondido, mi secreto horrible y terrible. Para colmo mi padre es un homófobo de cuidado. «Los maricones se merecen un tiro en la nuca, o por el culo», decía siempre.

Ha-joon tragó saliva al escuchar aquello tan espantoso. Él también lo había pasado mal, ya que en su adolescencia no podía mostrar su homosexualidad como algo natural. Solo lo consiguió tras años en Harvard y cuando todo comenzó a normalizarse. Y, sin embargo, Bobby estaba hablando de un pasado reciente, de su realidad, del siglo XXI.

—Lo lamento... —musitó mirando las manos que el joven tenía sobre la mesa, cerradas con fuerza. Sintió la imperiosa necesidad de sujetarlas y tuvo que contenerse mucho.

—Odiaba mi condición sexual, aunque tampoco podía ignorarla y tenía mis necesidades. Me emborrachaba e iba solo a bares gays. Mi primera vez no fue agradable... Ya sabes, hay quien se aprovecha de la inexperiencia. Luego fui aprendiendo, pero siempre lejos de Dallas, lo más lejos posible y en los lugares más viciosos que hubiese. Qué patético...

—No lo es, estás equivocado —lo cortó con el ceño fruncido—. Es que no te dejaron otra opción, Bobby. No es precisamente bonito que tu padre hable de los homosexuales como gentuza que merece morir de un tiro. Así que lo exteriorizaste de la misma manera que lo interiorizaste. Y perdóname, te he interrumpido...

Bobby sonrió de forma endeble y continuó:

—Estaba enamorado de Ric —dijo su nombre al fin—. Aunque no sé... No sé si era amor u obsesión. Me iba con otros para imaginar que me acostaba con él. Un día me atreví a besarlo, traspasé la línea. Él, lógicamente, no me veía como a un hombre, ni como a una pareja, así que la frustración, los celos enfermizos, unos compañeros de trabajo tóxicos, el odio hacia mí mismo y la rabia acabaron por explotar. Y eso hizo que sucediera lo que ya te conté... A partir de entonces me sentí tan mal, tanto que... La conclusión fue que mis padres supieron de mi homosexualidad. Mi madre me apoyó, obviamente, y acabamos aquí, lo más lejos posible de Dallas y de mi padre, no me fuera a pegar ese tiro...

El mal cuerpo que se le quedó a Ha-joon se pudo ver en la expresión de su rostro. Estuvo un rato removiéndose en su asiento, buscando las palabras con las que consolar de forma

profesional a Toby. Pero se quedó bloqueado por completo.

—Soy una persona horrible... —terminó Toby su relato.

—Joder —susurró Ha-joon llevándose las manos al cabello y apoyando la cabeza en ellas—. Soy un psicólogo terrible. No encuentro las palabras...

Toby sonrió con lágrimas en los ojos.

—Eres el mejor al que he ido —bromeó y el hombre le miró sin poder evitar sonreír también.

—¿Saber que yo era gay te dio fuerzas?

—Sí, me ha ayudado bastante a hablar de ello. Aunque nuestras experiencias sean distintas.

—Entonces te he socorrido de forma indirecta.

—Mucho.

—No eres una persona horrible. Puede que lo hayas sido, pero ya no. No veo esa frustración, celos y rabia de la que me hablas. Solo en ocasiones, a través de tu lenguaje corporal, como tus manos.

Toby las miró y se percató de que seguía con los puños firmemente apretados. Relajó el gesto y soltó aire de sus pulmones.

El reloj dio las dos de la tarde en ese momento.

—Cogería el pisapapeles y se lo tiraría, lo prometo —bromeó Toby.

—Adelante, hazlo. —Ha-joon le acercó el pesado objeto.

—¿Qué?

—Úsalo para expulsar esa rabia que aún permanece en tus manos. Cógelo y manda a la porra el reloj.

—¿Pero qué dices, doctor? Debe de costar una fortuna, es más viejo que Matusalén.

Ha-joon no dijo nada, solo esperó mientras veía a Toby asir el pisapapeles y mirar el reloj, dubitativo.

—Venga —lo animó—. ¡Vamos!

—No. No siento la necesidad —dijo Toby depositando el objeto sobre la mesa.

—Vale. Eso es que has expulsado una parte tóxica de ti: la de la rabia, la ira y la violencia. ¡Enhorabuena!

—Puede que no supieras qué decirme, pero tienes otros métodos. Me parece que sí eres el mejor psicólogo al que he ido.

Ha-joon enrojeció un poco por el halago. Nunca pensó que tanta teoría, miles de horas dando clase a sus alumnos, y un montón de ensayos, terminarían en inventarse a la marcha las técnicas para ayudar a los pacientes en momentos clave.

Ha-joon, el que todo lo tenía que controlar y todo lo tenía que saber. A lo mejor también estaba cambiando.

Toby se puso en pie y dejó bajo el pisapapeles un sobrecito con el dinero de la sesión.

—No, no te la cobro.

—Ha valido la pena cada segundo y minuto que ha durado, doctor Ha-joon. Felices Fiestas, nos vemos...

Toby cogió sus cosas y salió cerrando tras de sí con cuidado.

El doctor se puso en pie como un resorte, cogió un libro que ya tenía preparado para él de

antemano y salió corriendo de la consulta. Agarró a Bobby del brazo, que llevaba poco camino recorrido por la calle Main, y se lo dio. Este asió el libro y el doctor pudo ver que estaba llorando un poco.

No obstante, Bobby continuó su camino sin más.

—¡Recuerda que es un préstamo! —exclamó Ha-joon, un poco taquicárdico al notar la melancolía en el chico. Le había dado la sensación de que no habría más consultas y eso no le hizo ni pizca de gracia, y no en el sentido profesional, precisamente.

Cuando volvió al local se dio cuenta de que no llevaba las llaves ni el móvil encima, además hacía un frío de narices.

Se metió en el Plumas Coffee y pidió a sus dos vecinas que llamaran a Rachel ya que era la única que tenía otra copia de las llaves.

—Aquí tienes, Ha-joon, un chocolate caliente y las rosquillas glaseadas que tanto te gustan —le dijo Sonya, muerta de la risa.

—Muchas gracias, luego paso a pagaros lo de esta semana. ¿Cómo me he podido olvidar de las llaves y el móvil? —No dio crédito.

—Yo sí lo sé; se te escapaba el rubio guapetón.

El hombre se atragantó con el chocolate y tosió con profusión. Fue a replicarle a Sonya, pero esta ya estaba en la otra punta de la barra atendiendo a unos cuantos lugareños.

—Joder... —fue lo único que atinó a decirse a sí mismo llevándose las manos a la cabeza.

oOo

Bobby se limpió las lagrimillas de los ojos y suspiró fuerte en cuanto cruzó la calle, ya lejos de la consulta y cerca del mercadillo navideño.

Miró la portada del libro y leyó el título: *El corredor de fondo*, de Patricia Nell Warren. Se publicó por primera vez en 1974.

Le dio la vuelta y ojeó la sinopsis;

El corredor de fondo es casi sin ninguna duda la más famosa, aclamada y exitosa historia de amor gay de todos los tiempos. Patricia Nell Warren ha sabido captar la complejidad y tortuosidad de las relaciones homosexuales, enfrentadas y obstaculizadas por una sociedad poco dada a conceder un cuestionamiento o ruptura de sus estructuras.

Harlam Brown, estricto entrenador de atletismo, y Billy Sive, atleta gay, serán los dos protagonistas y héroes de esta historia, que deben llevar a cabo su particular carrera contra los prejuicios y la incompreensión de los que les rodean, para poder no solo llevar a cabo su amor sino también la participación en los Juegos Olímpicos de 1976.

Sonrió con levedad y apretó el ejemplar contra el pecho, con mucha fuerza. Justo en ese momento vio a Rachel correr hacia él y detenerse a su altura, jadeando.

—Mi jefe se ha quedado fuera de la consulta, es de lo que no hay. Me han llamado desde la cafetería. ¡Hasta luego, voy a abrirle! —Y siguió trotando ante la sorprendida mirada de Bobby.

Ha-joon había salido tras él sin abrigo, sin llaves y sin móvil, solo para darle aquel libro tan significativo. ¿Habría notado que no iba a volver? No podía, o se acabaría enamorando de él por completo.



>Quinta Sesión<

«—¿Qué es lo que quieres de mí? Si buscas un polvo rápido ya te puedes ir olvidando. Busqué su mirada y negué despacio con la cabeza. Dejé que percibiera en mi mirada todo lo que yo sentía. Él captó mis pensamientos, pero seguía vacilando, incrédulo y angustiado.

—Harlan —dijo. Me tocó la mano, que descansaba aferrada al brazo mohoso del asiento.

—Estoy enamorado de ti —declaré—. ¿Quieres que te lo escriba?»

(*El corredor de fondo*. Patricia Nell Warren)

El psicólogo estaba tumbado en su cama, reproduciendo *Nevermind* a todo volumen en sus AirPods cuando recibió un indeseable mensaje de aquel capullo de su ex, al que no quería ver ni en pintura.

De hecho lo bloqueó. Creía que era más maduro ignorarlo, pero ya se había hartado del todo. A lo mejor el que tenía que lanzar el pisapapeles al reloj era él.

Hizo algo mejor, o más significativo; abrir el cajón de la mesilla, asir la foto y romperla en varios trozos, estrujarla en su puño y tirar los pedazos hacia un lado, por el suelo, como confeti.

Y toda aquella mala leche había surgido de la sesión con Tobby, como si de una auto terapia se tratara. Y el hecho de tener bastante claro que el joven rubio no volvería a su consulta lo encabronaba más si cabía.

Hasta ese momento había estado aletargado, como viendo su vida pasar desde fuera, disociando de algún modo como un mero espectador pasivo. Siempre sonriendo, a todas horas comportándose de manera afable como se esperaba de él.

Ya no era profesor adjunto, ni tenía marido, ni vivía en la otra punta del maldito país en una casa envidiable y con un montón de amigos psicólogos, *snobs* y gilipollas.

No, ese Ha-joon, o como lo llamaban allí; Jon, ya no estaba ni existía porque su vida se había hecho añicos y él con ella.

En esos precisos instantes era otra vez el rarito Ha-joon, el chico coreano adoptado, el cerebrín con cociente intelectual alto que iba a clase aburrido y no hacía más que escuchar en bucle a Kurt Cobain, un tipo que se había suicidado, supuestamente, años atrás.

—¡Ha-joon! —Su hermana lo zarandeó sacándolo de aquel momento tan extraño. La miró como quien se encontraba a un desconocido en su casa y casi se cayó de la cama del sobresalto.

—¡Qué susto me has dado! —exclamó con el corazón en la boca.

—Yo sí que me he asustado, que no me respondías cuando he llamado mil veces a tu puerta. Tienes 44 años, deja ya de escuchar música a toda pastilla como un adolescente.

—Podríamos decir que me he teletransportado a esa época...

Maggie se fijó en la foto destrozada y dio un saltito de alegría.

—¡Ya era hora!

—Me ha vuelto a escribir, felicitándome las fiestas. Qué mala hostia me ha entrado.

Ha-joon se puso en pie, enfundándose en su jersey de cuello vuelto color negro.

—Te aplaudo, porque hasta hoy eras como un muñeco de cera. Por fin parece que te has despertado —comentó pisoteando los pedacitos de foto como si fueran colillas—. Vamos, la comida de Navidad ya está puesta en la mesa y papá ha hecho uno de esos experimentos culinarios que tanto le gustan.

—Qué Dios nos asista. Prepara el antiácido estomacal... —bromeó mientras se ataba el cordón de un zapato.

Después ambos descendieron las escaleras hasta la planta baja, donde los padres de ambos, y Nina, los esperaban con paciencia.

—¿Te estabas tocando, Ha-joon? —le preguntó Nina en un susurro, con su cara seria.

—Si no fueras la novia de mi hermana desde hace tanto, te mandaría a la mierda.

—Um, vaya, me gusta tu respuesta—. Se sonrió ella—. De todas formas va bien tocarse de vez en cuando, sobre todo si es pensando en rancheros rubios que están de muy buen ver —le susurró acercándose a su oreja izquierda.

Ha-joon ignoró la burla y se sentó junto a su madre, que le sirvió asado con guarnición de patata y salsa *gravy*.

En el centro de la mesa vio un mezcladillo de salmón ahumado con caviar y rodajas de limón, incluso tenía anchoas. Aquel era el experimento del padre de familia. Sí, faltaba el antiácido al lado.

Alice había preparado un curry de arroz basmati con verduras y tofu para Nina. Ella lo agradeció mucho porque le tenía un gran respeto a su suegra.

—Algún día dejarás el veganismo moderno ese y comerás mis delicias —dijo Anthony.

—Antes muerta —le respondió Nina con una de sus miradas matadoras.

—Qué bruta es tu novia, hija.

—Prometida, papá. Te recuerdo que nos vamos a casar —dijo Maggie enseñando su anillo y el de Nina, la cual le regaló una sonrisa dulce, algo que solo Maggie recibía de ella.

—Ha estado muy bien mi regalo de Papá Noel —susurró Nina dándole un beso a su futura mujer.

Había sido aquella misma mañana, abriendo los regalos de Navidad.

Ha-joon sonrió sin poder evitarlo, comenzando a echar de menos el cariño de alguien. Se le vino a la mente Toby de nuevo.

No podía ser: él era muy joven, su paciente —en teoría— y no había ni salido del armario.

Probablemente estaba confundiendo sus emociones con un claro ejemplo de contratransferencia, algo que jamás creyó que le podría pasar a él; involucrarse en demasía con los sentimientos del paciente.

—Tu hermano ya está en la inopia. ¿Por quién será? —bromeó Nina.

—Nina... —la nombró Maggie en un tono de reproche.

—¿Por quién? —Alice desplegó bien las orejas.

—Nada, mamá. Es un invento de esta loca.

—Un chico muy guapo, rubio, alto, de ojos azules... ¡Trabaja en el Rancho Green! Menuda planta tiene, ¿verdad, Ha-joon?

—No hay nada porque es mi paciente y yo su terapeuta. Además, le saco 18 años ni más ni menos.

—Eh, y yo 15 a Maggie. ¿Qué problema hay?

—He dicho que es mi paciente y yo su terapeuta. Con eso debería bastar, ¿no? —reiteró Hajo, ruborizado hasta las orejas.

—Hijo, solo sé feliz, ¿de acuerdo? —Ella le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso en la mejilla —. Voy a traer ponche de huevo y galletitas de jengibre.

Anthony no le dijo nada a su hijo, solo lo miró de reojo mientras continuaban comiendo.

Lo había pasado muy mal. Volver a Quincy no era fácil tras 25 años. Tendría una charla con él más tarde.

oOo

La comida de Navidad de Bobby no resultó demasiado distinta, solo que era la primera vez en la que disfrutaba de la alegría de una familia normal y corriente, unida y feliz. Esos eran los Peters al completo.

Jess, aunque al principio lloró un poco con su saco de carbón, al ver que era un dulce se le pasó de inmediato el disgusto y le hincó el diente. Luego se puso a jugar con la Barbie, los Lego y su caja nueva de científica, todo a la vez.

Cuando el propio Bobby abrió sus regalos casi se echó a llorar él también. Jess le dijo que debía de haber sido muy bueno ese año para que Papá Noel no le dejase carbón de verdad.

Había un libro ilustrado sobre las distintas razas de caballos, *La Historia Interminable* Edición de Coleccionista, un jersey de Navidad rojo con un reno —cosa de su madre— y un sombrero texano muy bonito.

Él le había regalado a Zac, adrede, un libro de romántica juvenil sobre un chico tímido que conquistaba a la más guapa de la clase.

Zac supo de inmediato que había sido Bobby y tuvo que reprimir tirárselo a la cabeza para no desvelar a Jess que Papá Noel eran los padres. A pesar de ello se puso a leerlo con fingida indiferencia, pero Bobby sabía que estaba tomando notas mentales para conquistar a Rachel.

Margie recibió un libro de recetas nuevas hechas con Thermomix y un vestido rojo precioso. Había perdido peso y se estaba poniendo muy guapa al recuperar la salud mental lejos del yugo de su ex marido. Cualquier día se echaría un novio, o no.

Tampoco le hacía falta un hombre, o eso pensó su hijo. Pero mientras la respetara como la diosa que era, él lo aceptaría.

Así que la comida fue muy bien y degustaron pavo con guarnición, salsas variadas, canapés, pastelitos de carne y muchas galletas de jengibre con formas navideñas. Las que parecían seres deformes del averno eran las de Jess.

Bobby se sentó al lado de Zac, junto a la chimenea, mientras mordisqueaba una de esas galletas sacadas de una novela de Lovecraft.

La perrita Bet estaba frente a la cabina, recibiendo todo el calorcito y hecha un ovillo.

Fuera hacía un frío que pelaba y las predicciones meteorológicas indicaban que iba a caer una nevada bastante fuerte en pocas horas. Si no aquella noche, a la mañana siguiente.

—Te veo muy enfrascado en la lectura.

—Cállate, gilipollas —le respondió el chico—. Y me lo dices tú, que no sueltas los libros que te da el psicólogo ese. Te he visto llorar con el último, a moco. Atontado.

Bobby suspiró. Si Zac supiese la razón habrían sollozado juntos como dos imbéciles, porque el

final te dejaba bastante jodido.

—Pensé que esta novela romántica, escrita por un hombre, te podría ayudar con Rachel. Yo no tengo ni puta idea de tías, lo siento.

Zac bajó el libro a la altura del pecho, encima de su también jersey rojo con un reno.

—¿Eres marica o qué?

—Sí —dijo de forma natural, sin remordimientos. Zac era como su hermano pequeño.

—Hostia... —Zac alucinó en colores.

—¿Pasa algo? No me van los críos, tranquilo, ni todo hombre que se me cruce por delante. Ni aunque tuvieras mi edad... —Tobby puso cara de asco.

—Eso ya lo sé, gilipollas. ¿Has visto *Heartstopper*? Está en Netflix. Es chula, da ternura y todo. Hasta a mí, y eso que es de dos chavales de instituto muy moñas —luego soltó una risilla nerviosa.

—Me la apunto.

—¿De qué habláis? —preguntó su madre al acercarse a ellos.

—De una serie de Netflix que me ha recomendado aquí el mocoso, mamá.

Zac le echó una mirada matadora.

—¿Es coreana? Estoy ahora con *Vincenzo* y no la puedo dejar. ¡Qué guapo es el protagonista! —exclamó.

—No, esta es británica y va de dos chicos que se enamoran —aclaró su hijo.

—¡Ah! *Heartstopper*. Sí, sí, qué lindos. Deberías verla, cariño. —Palmeó el hombro de Tobby —. Pero yo sigo prefiriendo los *doramas* coreanos. Son una maravilla y los galanes muy atractivos...

—Como el doctor Anderson, ¿verdad, Tobby? Un coreano muy galán y atractivo... Era compi de mi padre en el insti. Los dos más raritos, por lo visto. —Zac soltó una carcajada al aire.

—Cállate, niño. El doctor Ha-joon es muy buen profesional.

Zac supo que había dado en el clavo cuando los ojos de Tobby centellearon.

—Me parece que ese sí es tu tipo.

Margie miró a su hijo, estupefacta.

—¿Zac lo sabe? ¿Se lo has dicho?

—Sí...

La mujer se echó a llorar de alivio, como si ya no tuviera que guardar un secreto terrible.

—Es que, hijo, ya era hora... —Lo abrazó con efusividad contra su pecho caliente.

—No pasa nada, mamá, estoy en paz...

Lionel se acercó, extrañado.

—¿Estás bien, Margie? —indagó con preocupación.

—Sí, muy bien, genial. Ah, qué alivio...

—Simplemente le he dicho a Zac que soy gay... Y sin dramas.

—Ah, ya lo suponíamos todos. No te preocupes. —Lionel le dio unas palmaditas en el hombro en señal de aceptación y se volvió a jugar con su hija a los Lego.

Tobby no se reconoció a sí mismo. No sabía si era por habérselo contado todo al doctor, o por haber leído *El corredor de fondo* y comprobar cuánto habían tenido que luchar las personas

queer por sus derechos a lo largo de las décadas. Probablemente ambas cosas.

Pero esconderse mientras otros daban la cara por él y avergonzarse de algo tan natural como amar o desear a otra persona... No, ya no iría por ese camino de sombras.

Sabía que pasar de la teoría a la práctica sería más complicado. Sin embargo, lo intentaría cuando surgiese la oportunidad de estar con alguien que lo diese todo por él, ya no le valía otra cosa. Prefería estar solo que mendigar falso cariño y sexo sucio, cometiendo errores que hiciesen daño a otros.

Se sintió más avergonzado que nunca por su yo del pasado y tomó en serio una idea que había estado rondando su cabeza aquel día.

—Mamá, me gustaría poder hablar con Ric...

La mujer no puso buena cara, pero asintió y fue a llamar a su prima para que le preguntase a Ric si este lo podía llamar. Aunque estaban divorciados se llevaban bien al tener una hija en común.

Rato más tarde Margie volvió.

—Ha dicho que sí, que lo puedes llamar. De hecho, están todos juntos celebrando este día, ya ves.

Tobby se puso en pie y subió a su cuarto como un rayo, con el corazón en un puño. Tragó saliva y pulsó el botón táctil de llamada. Ric no tardó en descolgar.

—Hola, Tobby. Feliz Navidad —este escuchó la voz masculina de Ric al otro lado.

—Feliz Navidad, a ti y a todos los tuyos...

—Tobby, la verdad es que he pensado mucho en lo que tuve que hacer... Y siento la traición. Lo siento...

—No, Ric... Hiciste lo correcto. Me lo merecía por lo que hice. Soy yo el que te pide perdón por todo. A todos. Trasládaselo, te lo ruego.

—Lo haré. No te preocupes, estamos bien.

—Vale... —Tobby respiró tranquilo—. Ahora, aunque no soy feliz como me gustaría, estoy mucho más tranquilo...

—Se te nota en la voz: no es agresiva, ni tus palabras tampoco lo son.

—He conocido a un hombre —tragó saliva antes de continuar—, no me corresponde, pero... Pero espero conservar su amistad.

—Ay, Tobby, lo siento.

—También he contado a las personas de mi entorno que soy gay y no ha sucedido ninguna hecatombe mundial —dijo casi riendo.

Ric también se carcajeó un poco.

—¿Verdad que no? Pues ya está.

—Verdad...

Hubo un silencio tácito.

—Sé feliz, chico...

—Tú también, Ric...

Después de eso se cortó la comunicación y Tobby decidió dar un pequeño paso adelante con Ha-joon. Por su propio bien.

Cogió el libro, lo metió en un sobre que tenía y dio ese paso.

oOo

Anthony llevó a su hijo a una de las salitas para poder hablar con él. Miró entonces una foto colgada, de aquellas viejas de los setenta, donde estaban Alice, él y los padres naturales de Ha-joon.

Los habían conocido en la UCLA. La amistad se hizo tan grande que fueron los padrinos de Ha-joon cuando nació años después, en 1979.

Este se parecía a su padre de forma sorprendente, como dos gotas de agua: la misma expresión bondadosa y el buen fondo. También había heredado la belleza coreana de su madre y su inteligencia fuera de lo común, superdotada.

—Papá... —lo llamó Ha-joon al percatarse de que miraba aquella foto, la única que quedaba de sus padres reales.

—Ven, siéntate y cuéntame qué te pasa.

—¿Qué me pasa? Nada... —mintió.

—Desde que viniste de Cambridge te has comportado como un muñeco sonriente. ¿Te crees que tu madre, tu hermana y yo no te escuchábamos llorar las primeras noches? Pero tú eres el psicólogo, así que si a la mañana siguiente volvías con la careta puesta... Por algo sería.

—Ya lo sabéis. No es fácil divorciarse.

—No, no lo sabemos porque no nos hemos divorciado nunca. Ni siquiera nos hemos llevado, ninguno de los tres, una decepción amorosa tan tremenda. Solo tú lo sabes, pero no has querido compartir con nosotros tu dolor, te has aferrado a la careta.

—No quería que sufrierais.

—¿Y para qué estamos? Somos tu familia. La única que tienes. Ojalá no hubiéramos tenido que adoptarte, Ha-joon. Dios sabe que lo que más querríamos del mundo es que hubieses vivido feliz con Seong-jin y Ji-hyun en Seúl. Pero no pasó y aquí estamos, queriéndote como si fueses de nuestra propia sangre.

Ha-joon se puso a llorar como un niño hasta que pudo serenarse.

—Aunque no lo creáis estoy empezando a despertar. Hoy he bloqueado a ese gilipollas y he roto la foto que teníamos juntos en Harvard, cuando comenzamos a salir y que tenía de casualidad por aquí. Ya le dije al decano que no volvería a impartir clases ni pisaría la universidad nunca más, así que... No voy a volver.

—Te aplaudo entonces, hijo —sentenció.

—Además, sí... Me atrae otro hombre —reconoció—. Pero es un paciente.

—¿El chico del que habla Nina? —indagó.

—Sí.

—Eres tonto, hijo. Tan superdotado y cuando tienes delante a alguien que te puede sacar del maldito pozo del engaño, vas y lo descartas. Porque es muy joven, porque es un paciente, porque bla, bla, bla.

—Ni siquiera sé si lo que siento por él es real o fruto de una especie de amor de transferencia. Aunque suene chocante, apenas lo conozco... Solo he tenido cuatro sesiones con él.

—A mí me bastó ver a tu madre una sola vez para que me gustase, y una cita para enamorarme hasta las trancas. Sin ella yo no sé vivir.

—*Touché...*

—Pues eso, dicho queda. Yo de ser tú lo llamaría hoy, ya, ahora mismo.

—No puedo, no tengo su teléfono. Es una norma muy estricta. Ni yo tengo los teléfonos de los pacientes, ni ellos el mío. Solo hablan con Rachel.

—Lógico. Pero es tan sencillo como ir en un momento a la consulta y buscar su ficha. Tú decides... Y hazlo rápido porque dicen que va a nevar esta noche, por lo visto. Me voy a la sala, aquí hace frío —concluyó lo que tenía que trasladarle a su hijo.

Anthony se marchó con tranquilidad y dejó a Ha-joon solo, mirando la foto de sus padres, de los cuatro.

Se puso en pie y fue directo hacia el vestíbulo sin decir ni adiós.



>Sexta Sesión<

«En un beso, sabrás todo lo que he callado.»

(Pablo Neruda)

El psicólogo no tardó nada en llegar a la consulta. Le fue más sencillo aparcar que de costumbre pues estaban todos los comercios cerrados y la gente pasando el día de Navidad en casa, con sus seres queridos.

El cielo tenía toda la pinta de que iba a dejar caer una buena nevada, así que se apresuró en entrar al local, encender el portátil y abrir el programa que usaba Rachel para crear las fichas y dar citas.

No tardó apenas en encontrar a Tobbias Tylor y apuntar en la agenda del móvil su teléfono.

—A la mierda la ética profesional, Ha-joon...

Escuchó entonces un sonido a su espalda y se dio la vuelta.

En el suelo, frente a la puerta cerrada, había un paquete blanco que había sido deslizado por el buzón.

Se acercó con mucho cuidado y se agachó para revisarlo. Se podía leer, escrito a mano:

«Gracias por todo, Dr. Anderson.

Tobby».

Lo cogió con rapidez, lo abrió y vio que se trataba del último libro que le había prestado.

Revisó que llevara las llaves encima y salió de la consulta a toda velocidad, pero no vio al joven. Lo llamó por teléfono sin perder ni un segundo más, hasta que este se lo cogió.

—¿Diga? —su voz suave sonó al otro lado.

—¡Tobby! Soy Ha-joon, ¿dónde estás? —preguntó sin dejar de caminar.

En ese preciso instante comenzaron a caer gruesos copos de nieve y a soplar más fuerte el viento.

—E-en la calle...

—Sí, pero en cuál. ¿Dónde? No te veo —insistió.

—¿Verme? ¿Dónde estás tú?

—Pasada la zapatería de la calle Main.

—Ahora voy.

Luego la comunicación se cortó y Ha-joon perdió los nervios al mirar cómo nevaba profusamente.

—Maldita sea —chistó nervioso.

La figura alta de Tobby apareció tras el psicólogo, que lo escuchó pisar la nieve que comenzaba a cuajar sobre el suelo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Tobby con expresión confusa.

—Estaba dentro de la consulta cuando has pasado el libro por el buzón. Me he pegado un susto

de muerte.

—Lo siento, cómo lo iba a saber... —se disculpó—. Será mejor que te vayas a casa... Esto se está poniendo feo... —Sobre su cabello rubio dorado se iban prendiendo copitos de nieve y a Ha-joon le pareció precioso.

Un viento gélido empujó a ambos un poco y Toby reculó unos pasos para rehacer el camino que llevaba a su camioneta.

Ha-joon lo sujetó del anorak y tironeó de él evitando que se le escapase.

—No, tenemos que hablar —dijo frunciendo el ceño, con tono decidido.

—¿De qué, doctor? ¿Por eso me has llamado? Podemos hablar luego por teléfono, ya en casa los dos, bien resguardados de esta ventisca. Joder, nunca había visto tanta nieve y menos en tan poco tiempo.

—Vamos a la consulta, venga. —Lo empujó un poco hasta conseguir que Toby cediera porque, en realidad, este no quería irse.

Ya en ella, Ha-joon cerró con doble llave y encendió las bombas de calor. De un armario que había en una esquina sacó un par de mantas lisas, sencillas y de aspecto suave.

—Las compré para cuando vinieran pacientes e hiciese mucho frío. Toma, pónelas por encima hasta que esto se caldee.

Toby se sentó en el sofá, confundido y dejándose hacer. Acabó por parecer una crisálida gigante y casi no se le vio ni la cara.

—Parezco un gusano. —Rio un poco mientras observaba al doctor buscar algo en el mueble que estaba detrás de su escritorio.

—Tengo por aquí una máquina de café. De las que se ponen cápsulas. Pero como los pacientes nos traen cafés todos los días, ni la hemos usado. Espera...

Sacó de la caja la pequeña cafetera y las cápsulas, vertió agua de una botella y se puso a calentar dos pequeños cafés con leche en sendas tazas. Le tendió una a Toby, que sacó la mano por entre los pliegues de la manta, divertido.

Observó al doctor con más detalle, dándose cuenta de que estaba muy nervioso. No le pareció el Ha-joon habitual, que todo lo tenía controlado y era afable.

—¿Te has leído el libro? —preguntó a Toby a botepronto.

—¿Para eso querías hablar conmigo? Claro que lo he leído.

—¿Y qué...? ¿Qué opinión te merece? —Se quedó a la espera del comentario de Toby, con los brazos cruzados sobre el pecho, tenso.

—Doctor, ¿estás bien?

—No, qué va. ¿Tengo pinta de estar bien? —Se mesó los negros cabellos color cuervo, se subió las mangas del jersey, acalorado, y se dio la vuelta, apoyando las palmas de las manos sobre la mesa, de espaldas a Toby.

El reloj sonó dando las seis. Ha-joon cogió el pisapapeles sin pensar y lo lanzó con fuerza contra el objeto. Le dio de lleno, destrozándolo y haciendo que sonara como el lamento de un alma en pena antes de desaparecer tras las puertas del infierno.

Toby pegó un salto del sofá y se quitó las mantas, alucinando en colores. El café acabó por el suelo, sobre la moqueta.

—H-Ha-joon, ¿qué cojones...? ¿Qué cojones te pasa? —preguntó asustado.

Se acercó al psicólogo, el cual se había sentado sobre la mesa y seguía mirando el reloj destrozado. Cuando Bobby se puso a su altura lo vio llorar a lágrima viva.

—Esa es mi vida... E-ese soy yo... —suspiró el coreano—. Todo hecho pedazos.

—Ey, tranquilo... —Bobby posó sus manos sobre los brazos del hombre y luego las deslizó hasta su rostro, el cual sujetó con delicadeza para poder limpiar las lágrimas que le mojaban la pálida piel.

Sus ojos se cruzaron, prendándose de forma mutua.

Tobby se perdió en aquellas profundas pupilas negras y Ha-joon en los preciosos iris cerúleos del joven.

La respiración de ambos se disparó y el psicólogo no soportó más la situación. Asió por el anorak a Bobby y le plantó un ávido beso en los labios, uno que el rubio correspondió sin dudar ni un solo segundo.

No tardaron en quitarse las molestas prendas de abrigo. Bobby sacó de un tirón el jersey de Ha-joon y este el de su contrincante.

El psicólogo se puso más cachondo en cuanto notó la erección de Bobby contra su ingle, así que buscó el bulto con la mano para frotarlo.

Ambos se llevaron hasta el sofá sin dejar de comerse a besos, sin decir una palabra, despojándose torpemente de las prendas que los molestaban, hasta quedar desnudos.

A Bobby le volvió loco el cuerpo pálido de Ha-joon, de una constitución muy masculina, pero más pequeño que el suyo. Apenas tenía vello, algo que le sorprendió.

Lo mismo le sucedió al psicólogo con los cincelados músculos de Bobby; le impresionó la tableta de chocolate que tenía justo encima de un duro pene, uno que atrapó con hambre y ansia. Jamás pensó que fuese a estar con un hombre tan guapo.

Tobby alucinó con la felación y el buen rato que estuvo Ha-joon entre sus piernas, afanándose en darle placer. Acostumbrado al sexo rápido, aquello estaba a otro nivel. Lo agarró de los gruesos cabellos negros e intentó no mirar cómo se la chupaba porque, si lo hacía, iba a correrse demasiado rápido.

Ha-joon le dio un último lametón a aquella delicia y subió por los pectorales, mordisqueándolos con ansia, hasta llegar a esa boca sensual que le recibió de buena gana.

—¿Pasivo, activo o ambos? —fue lo único que le preguntó Ha-joon.

—Pasivo... —dicho aquello, el hombre le metió dos dedos en la boca para que se los lamiese.

Tobby se estremeció, los chupó, mordió y relamió con ansia. Luego los sintió en su caliente interior. Se dio cuenta de que a Ha-joon le ardía, literalmente, la piel. Todo en él era puro fuego.

Este, cuando consideró que Bobby estaba bien lubricado, no se anduvo con tonterías y se introdujo en él casi a empujones, arrancando placenteros jadeos al joven.

Ha-joon apoyó los codos sobre el sofá para empujar mejor. Bobby le rodeaba la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. Se buscaron de nuevo con lenguas, dientes y labios.

—Joder... —susurró Bobby—. Joder... Esto es maravilloso... —jadeó sin parar al sentir aquel pene golpearle su punto más sensible, bajo la próstata. El cosquilleo por todo el cuerpo, el mareo, la sensación de loco placer... Estaba a punto de estallar.

Ha-joon lo agarró con fuerza del pelo y tironeó de él, arrancándole otro gemido mientras le lamía la nuez. Se lo estaba follando casi con rabia, con todas sus ganas, como nunca antes había

hecho el amor, ni con su ex.

Tobby se corrió primero de forma peneana y el coreano sintió su semen derramarse entre los abdómenes de ambos, lo cual le excitó casi hasta el extremo. Pero cuando consiguió que, además, tuviese un orgasmo por culpa de su pene golpeándole con tanta fuerza, se permitió el lujo de correrse también, gimiendo de gozo.

El rubio notó el semen entrar en su interior justo a la vez que Ha-joon le mordía la boca, jadeante, rabioso.

Se quedaron ambos en aquella postura, intentando recobrar el aliento que no sobraba, sino que faltaba.

—Dios... —susurró Tobby—. Ha sido...

—Alucinante... —terminó la frase Ha-joon.

Salió del chico poco a poco y fue a por la caja de pañuelos. Se limpió rápido y luego le aseó a él, que se dejó mimar.

El psicólogo cogió las mantas y las puso sobre su cuerpo desnudo y perfecto. Luego buscó un hueco donde aposentarse, acurrucado contra Tobby.

—Eres como una estufa —le dijo este, abrazándolo.

—Tengo la temperatura corporal más alta de lo corriente, sobre 37°.

—¿Escuchas la ventisca? Fuera tiene que hacer mucho frío. —El sonido de la tormenta de nieve aporreó las ventanas de forma desapacible.

—Solo escucho el latir de tu corazón... —Tobby sintió felicidad, algo nuevo floreció en su interior—. Ahora va más rápido —advirtió.

—Si me dices esas cosas, como para no...

Ha-Joon lo miró a los ojos y luego le apartó los mechones rubios de la cara. Quiso observar mejor sus facciones.

—Eres muy guapo, ¿lo sabes, verdad?

—Si lo soy para ti me vale. Tú eres muy atractivo, me encantas...

—Te saco 18 años, ¿eres consciente?

—Me gustan mayores —bromeó, aunque no fue una mentira.

Volvieron a besarse, con dulzura, recreándose el uno en la boca del otro, abrazándose con fuerza.

—No pensé que volvería a tener estas sensaciones, ni este tipo de sentimientos, ni siquiera sexo placentero...

—¿Por qué? Puedes tener al hombre gay o bi que te dé la gana. Eres guapo, inteligente, bueno, dulce, sexy... —Recorrió sus clavículas con el dedo haciéndole cosquillas.

—Cuando te encuentras a tu marido, con el que llevas veinte años de relación, follando con otros dos tíos mucho más jóvenes que tú, es lo que piensas. Porque el mundo se te cae encima y el corazón se te hace añicos.

Tobby se quedó estupefacto y tragó saliva.

—¿Por eso volviste a Quincy?

—Sí, y lo dejé todo atrás ya que mi vida era una farsa. Hacía años que me ponía los cuernos con este y aquel alumno, que ya casi ni me tocaba... Pero yo estaba ciego porque fue el primero y el único... —se le quebró la voz—. Casi todo el mundo era consciente menos yo, y no se

dignaron a contármelo. Qué patético.

Las lágrimas afloraron en sus ojos rasgados.

—¿Todavía le amas? —le preguntó temblando por dentro de pura angustia.

—No, en absoluto —fue enérgico en su respuesta—. Por mí se puede montar una orgía con todos los estudiantes que quiera. Me importa una mierda.

Tobby sonrió sintiéndose un poco más tranquilo. Si se eliminaba a su ex de la ecuación, todo sería más sencillo entre ellos.

—¿Estáis divorciados?

—Oh, sí, ya lo creo. Aún tengo dignidad —dijo con media sonrisa en su rostro—. Lo mandé a tomar por culo, nunca mejor dicho, bien rapidito. Pero el daño ya estaba hecho.

Tobby, que siempre se había imaginado estando así con Ric, se sorprendió. Este y Ha-joon no se parecían en absolutamente nada, salvo en que eran buenas personas y más mayores que él. Ha-joon no era su tipo de hombre. Y, pese a ello, le encantaba de pies a cabeza. Y por eso lo besó y lo besó sin parar, queriendo demostrarle que a él sí le gustaba, que sí era importante.

El móvil de Tobby sonó y este dio un respingo del susto.

—Será mi madre. Espera... —Salió de debajo de las mantas y caminó desnudo hasta sacar su teléfono del anorak—. Mamá, estoy bien, en... En casa del doctor Ha-joon. Sí, fui a devolverle el libro y ya no pude volver. Perdóname por no avisarte... —puso de excusa—. Vale, no te preocupes más. Sí, te llamaré cuando pueda volver. Un beso.

Luego colgó mientras el doctor se sonreía como un tonto al admirar el cuerpo desnudo y sexy de Tobby. Se había follado a ese hombre con todas las ganas.

—Estás buenísimo —le dijo—. Por Dios, es que estás muy bueno.

Tobby volvió corriendo bajo el calor las mantas y se pegó de nuevo a su amante, que le recibió con los brazos abiertos y una tremenda erección entre las piernas.

—¿Puedo comérmela? —preguntó ladino.

—Por favor... —rogó Ha-joon con un gemido.

Tobby besó su cuerpo sexy, lo lamió y besó con devoción. Se metió aquella verga perfecta en la boca. Estaba salada, dura y caliente, tanto que le ardía en el paladar. Se recreó en ella de todas las formas posibles, hasta que consiguió que se corriera y tragarse el semen de la eyaculación como si este fuera un dulce néctar, un premio.

—Tobby... —gimió Ha-joon tras correrse—. Gracias...

—¿Por qué? El placer ha sido mutuo.

—Por esta quinta sesión. Pensé que jamás sucedería, que te había perdido por mi estupidez. Quería llamarte hoy, saltándome mis propias reglas, y expresar lo que tenía dentro: la rabia por lo de mi ex, la angustia por dejarte escapar, la incertidumbre de si esto es amor de transferencia...

—¿Qué? —Tobby puso cara de no comprender una palabra—. ¿Qué coño es eso de amor de transferencia?

—Es cuando el paciente no quiere saber nada del psicoanálisis, lo deja a un lado y solo pretende ser amado y poseer al terapeuta...

Tobby se cabreó de pronto, sentándose en la butaca de al lado, desnudo y bajo la mirada triste de Ha-joon.

—¿Me estás diciendo que crees que me he acostado contigo por mi necesidad de cariño? ¿Porque lo he proyectado en ti? ¿O lo he entendido mal?

—Ibas a dejar la consulta... La ibas a dejar porque puse esa mesa de ahí entre ambos, porque añadí límites a nuestra relación médico/paciente. ¿Puedes negar eso?

—No, no puedo negarlo —admitió—. Porque no soportaba la idea de tenerte delante y que solo fuéramos eso; médico y paciente. Porque prefería ser solo tu amigo a no verte nunca más fuera de esta consulta, de esta burbuja que habías creado para mí. No pretendía cortar la relación de cuajo, solo cambiarla a algo que estuviese a mi alcance porque pensaba que no querías nada más conmigo.

Ha-joon bajó la cabeza, avergonzado.

—Lo siento...

—Así que hoy he admitido con naturalidad que soy gay, incluso he hablado con Ric para pedirle perdón y demostrarme que ya no sentía por él lo mismo que antes, que había avanzado gracias a ti. Por lo que vine para dejarte el libro y terminar la terapia. A cambio conservaría a Ha-joon. No al psicólogo, sino al hombre, a la persona. ¿Lo entiendes tú?

—Sí.

Ha-joon se acercó a Toby y se sentó sobre sus piernas desnudas. Luego lo abrazó y dejó que él le correspondiera de igual forma.

—Como profesional hoy he roto mi ética al enredarme contigo, porque un psicoterapeuta jamás debe hacerlo...

—¿Te arrepientes? Dímelo ya, por favor.

—No... —musitó en un susurro sobre sus cabellos rubios.

—Me gusta Ha-joon.

—Y a mí Toby.

—Toby ni siquiera entiende porqué... No tiene demasiado que ofrecer. Es un chico de campo, simple y tonto.

El psicólogo sonrió de manera genuina, buscando esos labios tan sexis para besarlos y ser correspondido por ellos.

El joven se levantó con el hombre en brazos y lo llevó de nuevo al sofá, tendiéndole sobre este y colocando su cuerpo encima.

—Soy pasivo, pero reconozco que contigo me entra la curiosidad de saber qué se siente si soy yo el que te folla a ti...

—Joder... Pues satisface esa curiosidad todo lo que quieras.

—Pero antes escúchame bien: la mierda esa del amor de transferencia no la quiero volver a escuchar, ¿me oyes? Las únicas sesiones que vamos a tener tú y yo a partir de ahora van a ser de sexo. Y nos vamos a follar hasta caer rendidos. Por mí que esa tormenta de ahí fuera no termine nunca, que se acabe el mundo si le apetece. Ahora solo estamos tú y yo, no existe médico, ni paciente. ¿Vale?

—Y luego no entiendes qué he visto en ti... —Le acarició el cabello—. Cosas preciosas, como estas. El cómo me miras, el cómo... Dios... Me haces sentir vivo otra vez. Lo que tienes que ofrecer eres todo tú, con todas las ganas.

Toby se echó a llorar de pronto y hundió la cabeza en el cuello de Ha-joon.

—Cariño...

—Vas a hacer que me enamore de ti, idiota.

—¿Ah, sí? Qué mala suerte —bromeó—. Un chico tan guapo como tú, enamorado de un hombre como yo, cuarentón...

—Eres tonto. Me encantas...

Ha-joon lo estrechó contra sí con todas sus fuerzas y dejó que la tormenta siguiera fuera, sin poder tocarlos.

>Séptima Sesión<

«Te amo, Azul.
¿Te he amado siempre? ¿Quizás no?
¿Cuándo sucedió? ¿O es que sucedió siempre?
Como tu victoria, el amor se propaga por el tiempo.»
(*Así se pierde la guerra del tiempo.* Amal El-Mohtar y Max Gladstone)

Cuando Ha-joon se despertó a la mañana siguiente, a solas en el sofá, se asustó un poco. Parpadeó varias veces, buscando a Bobby. Escuchó que estaba en el aseo de la antesala y se tranquilizó. Durante unos segundos temió que se hubiese marchado, arrepentido.

Lo vio aparecer con una de las mantas por encima, caminando descalzo sobre la moqueta gris.

Bobby se sentó a su lado en el sofá y le dio un beso en los labios, uno muy dulce y cariñoso. Los latidos del corazón de Ha-joon, lejos de volver a su ritmo normal, se aceleraron.

—Tengo una buena noticia y otra mala —dijo Bobby en tono divertido.

—¿Qué pasa?

—Ha dejado de nevar, pero la nieve llega hasta la mitad de la ventana, así que no podemos salir. Tendrán que despejar todo y a saber cuándo será eso.

—Oh, no me digas —susurró Ha-joon cogiéndole del rostro para besarlo de nuevo—. Qué inoportuno... Malas noticias que se vuelven maravillosas oportunidades para seguir retozando con un chico tan guapo...

—Ha-joon, qué picaresco eres, no me lo esperaba —musitó de broma—. Pero tengo hambre de zampar comida. Me has chupado, literalmente, la energía esta noche.

—Rachel tiene toda clase de chucherías en los cajones de su mesa. Veamos qué encontramos.

Se levantó y anduvo desnudo hasta la antesala, como si tal cosa.

Bobby babeó al ver su excelente figura y su trasero prieto. Sí, y se lo había follado una vez, gozándolo mucho. Pero tenía que reconocer que prefería ser el pasivo.

Ha-joon volvió con un montón de bollitos, barritas y caramelos.

—Nutritivo no es, pero... —Bobby le acalló con un beso muy ardiente.

—El semen seguro que sí es nutritivo. ¿Me das un poco? Porque el tuyo me encanta... Por delante o por detrás.

El coreano soltó el aire que tenía en los pulmones y cogió a Bobby del brazo, lo empujó contra el escritorio, con el pecho contra la fría madera, y le abrió las piernas, aposentando su pelvis entre ellas y frotando el pene en las nalgas del joven ranchero. Además, lo agarró del pelo rubio con una intensidad que ni él mismo sabía que llevaba dentro.

Bobby jadeó de placer. Cómo le gustaba aquella brusquedad y estar sometido. Sintió un pellizco intenso en la nalga derecha y una buena cachetada.

—Este culo solo me lo follo yo, ¿te ha quedado claro, Tobbias?

—Sí... Por favor, solo tú... —jadeó, estremecido de puro goce, sobre todo cuando su amante

le metió los dedos húmedos y de paso presionó sus testículos y lo masturbó.

Era tan sencillo meterse en Bobby que Ha-joon lo penetró casi de un empujón completo. Hacía muchos años que no tenía tanto sexo seguido, ni tantas ganas, ni se sentía así de anhelado por otra persona. En realidad había encontrado al compañero sexual perfecto, así lo sentía y de esa forma pensaba vivirlo.

A pesar de ser más mayor, redescubrir el sexo con Bobby era lo mejor que le había pasado en su vida.

A este le sucedía lo mismo. Resultaba ser la primera vez que repetía una y otra vez con un hombre y que este le daba lo que quería, no solo de forma sexual, sino también antes y después. Cariño, mucho cariño.

—No me aguento, Ha-joon... —jadeó corriéndose de tan fuerte que lo estaba empujando su amante contra la mesa.

—Ni yo... —Ha-joon tuvo su orgasmo matutino dentro de Bobby, que se quedó derrengado sobre el escritorio y luego se echó a reír.

—Así que la mesa era para marcar límites... Pues bien marcada la hemos dejado, sí...

—Oh, calla, no me lo recuerdes... —Se puso a reír con total sinceridad—. Mantente quieto, ahora vuelvo.

Salió de él y lo limpió con los pañuelos de papel, sin dejar de regar su espalda ancha y su trasero prieto con pequeños ósculos.

Bobby se levantó. Le temblaban las piernas, que ya era decir, y se fue al aseo. Ha-joon lo siguió.

—Una pena no tener aquí un plato de ducha y meternos juntos bajo un chorro de agua calentita... —comentó Bobby.

—Dudo que saliera una sola gota, deben de estar congeladas las tuberías.

Fuera se escucharon las máquinas quitanieves hacer su trabajo, así que supusieron que en unas horas podrían salir y volver a sus casas.

Se vistieron, prepararon dos cafés y comieron barritas de chocolate sentados en el sofá con las mantas por encima, semi abrazados.

—Me ganaste con lo de las rosquillas. No sé, me pareció muy dulce. Tan mono...

—Te recuerdo que hay una clase de equitación que debes canjear. Pero hasta que haga buen tiempo no podrá ser.

Ha-joon lo besó en la boca varias veces y lo estrechó entre sus brazos. Bobby le devolvió el gesto.

—Quiero conocerte mejor, Bobby. Necesito verte en tu día a día, comprobar que lo que siento por ti es genuino. Si tú quieres también, claro —añadió.

—Sí que quiero. Conozcámonos bien, salgamos juntos, hagamos cosas en.. en... —No fue capaz de seguir.

—¿En pareja? ¿Estás seguro al cien por cien?

—Sí. Volvamos al restaurante de tu cuñada, cenemos juntos, salgamos de allí cogidos de la mano... Probemos.

Ha-joon tragó saliva, entre temeroso y emocionado.

—Me gustas mucho, Bobby.

Los sentimientos de Toby ya iban un paso por delante, pero se contuvo por miedo a asustar a Ha-joon.

—Y tú a mí, me encantas.

—Qué dulce puedes llegar a ser... —Ha-joon le acarició la masculina mandíbula y lo miró a los ojos antes de abrazarlo de nuevo contra sí, con toda la fuerza del mundo.

Toby le rodeó la cintura con los brazos y cerró los ojos con la cabeza apoyada en su hombro. Estaba enamorado.

oOo

Ha-joon pisó su casa sobre las cuatro de la tarde, tras casi 24 horas con Toby. Como había mandado un mensaje a su hermana de que estaba atrapado en la consulta, nadie se preocupó.

Nina notó enseguida el cambio en su cuñado y fue directa a hablar con él cuando este salió de la ducha con una toalla enrollada en su cintura y el lampiño pecho al aire.

—Tú has follado —le dijo sin más, a bocajarro.

Ha-joon se quedó tan pasmado que no fue capaz de sortear la afirmación. Optó por responder con una pregunta.

—¿Qué te hace pensar eso? ¿Y con quién iba a follar yo?

—Hombre, con ese chico rubio. No te hagas el tonto. Ayer te fuiste cagando hostias, sin decir ni adiós. Apareces hoy con cara de gilipollas y como si te hubieras quitado todo el peso del mundo de encima.

Ante semejante argumento, Ha-joon fue incapaz de negarlo.

—Nos encontramos en la consulta. Vino a dejarme un libro y yo estaba buscando su teléfono.

—Qué oportuno. —Sonrió triunfante—. Entonces, ¿el sexo bien?

—Cojonudo —respondió con un media sonrisa en los labios.

—¿Y qué pasa con la ética profesional? Cuando se entere todo el mundo, porque aquí es imposible ser discreto, no vas a quedar en muy buen lugar.

Ha-joon estaba tan en las nubes que no se le ocurrió pensar en las consecuencias.

—Diré que ya habíamos terminado la terapia cuando comenzamos a salir. Además, es cierto. Él vino a dejarla.

—Así que vais a salir juntos. *Mmm*, qué interesante. —Nina se sonrió mientras se daba la vuelta—. ¿Tan en serio te lo tomas?

—Por supuesto que sí. Toby no se merece menos. Ni yo quiero líos esporádicos, no soy de ese modo.

—Me parece bien, os doy mi bendición.

—¡Cómo si me tuviera que importar! —exclamó divertido.

—Al final sí que perdí la apuesta. Si es que en cuanto os vi entrar y cómo os mirabais... Lo supe.

—¡Y a ver si eres más amable la próxima vez que vayamos! —le espetó.

—Esa vez sí pienso cobrarte, así que seré muy amable.

Dicho aquello bajó las escaleras y desapareció.

Ha-joon entró en su cuarto. Su madre había hecho la cama, barrido los pedazos de la foto y dejado los AirPods sobre la mesilla.

Revisó el móvil antes de vestirse y vio que tenía un mensaje de Bobby avisándolo que había llegado sano y salvo al Rancho Green, así que suspiró tranquilo. Se hizo una foto sexi, con solo un pedazo de toalla tapando su miembro, y se la pasó.

Al poco rato recibió una foto de él en parecidas circunstancias, solo que estaba como Dios lo trajo al mundo.

>Qué bueno estás, es que no me lo creo todavía.

<Yo sí que no me lo creo. Que un hombre como tú se fije en un chico como yo.

Ha-joon decidió llamarlo porque había una cuestión que necesitaba esclarecer. Bobby no tardó nada en descolgar:

—¿Quieres que te diga guarradas por teléfono? —ronroneó.

—No. Bueno, sí, pero no ahora. Ayer nos acostamos sin protección, sin pensar en nada, pero quiero que sepas que yo jamás pondría en peligro tu salud, y quería saber si...

—Siempre he usado preservativo con otros hombres. Y si alguno no quería, me iba. No soy tonto.

—En mi caso me tuve que hacer varias pruebas tras encontrar de aquella manera a Nataniel. Así que sé que estoy limpio. De todas maneras te pido perdón, fui muy impulsivo.

—He confiado en ti desde el momento en el que entré en tu consulta, te sentaste en la butaca muy cerca de mí y hablamos. Por mucho que me costase al principio, me moría de ganas por volver, que me prestaras libros, leerlos y... Verte, estar contigo. Me preguntaste si era feliz: te dije que no. Luego si era menos infeliz que antes; te dije que sí. Y ahora te puedo asegurar que, en este momento, sí soy dichoso. Encontré al terapeuta perfecto, al amigo perfecto, al hombre perfecto. ¿Qué más puedo pedir?

Ha-joon se enterneció.

—Oh, Bobby. Eres tan mono... Me dejas sin palabras.

—Sé que apenas nos conocemos, pero quiero seguir dando pasos hacia delante. Cógeme de la mano, dalos conmigo...

—Ya te dije que sí.

—Por si te lo estabas repensando. —Se rio al otro lado.

—No, cariño, no tengo nada que repensar. Te aseguro que estoy muy decidido contigo.

—¿Puedo hablar con mi madre de esto? No quiero que pienses que voy rápido, es que es la única otra persona con la que puedo sincerarme.

—Claro, ella es muy importante, la persona que más quieres, la que más te ama en el mundo. Háblale de mí todo cuanto desees, ¿de acuerdo?

—Gracias... —Bobby se emocionó al otro lado de la línea.

—¿Leerás el libro que te he prestado hoy? —le preguntó.

—Ya sabes que sí, siempre. De hecho... Siento la necesidad de plasmar por mí mismo lo que llevo dentro. ¿Lo ves factible en mi caso?

—¿Quieres escribir? Claro que sí, te expresas bien. Que seas un chico de campo no implica que carezcas de talento. Si tu cabeza te pide escribir, escribe —sentenció.

—¿Lo leerías?

—Por supuesto. Ya te dije que quiero conocerte mejor. Y así lo haremos, cuando pase este mal tiempo... Parece que se ha puesto a nevar de nuevo. Tendremos que conformarnos con sexo

salvaje virtual.

—Me parece muy bien... —susurró Toby con voz melosa.

Ha-joon se quitó la toalla del todo y se dejó llevar.

oOo

Margie estaba tranquila en su cuarto viendo una película en la *Tablet* cuando Toby tocó a su puerta.

—Soy yo, mamá.

—Pasa.

Toby introdujo la cabeza en la habitación y luego todo el cuerpo. Cerró la puerta tras de sí con cuidado y se sentó en el lecho, al lado de su madre.

Ella notó, de forma muy rápida, que se había operado un significativo cambio en su hijo. Le brillaban los ojos y sonreía de manera feliz.

—Mamá, solo quiero contarte dos cosas. La primera es que he dejado la terapia y...

—¿Por qué? Me dijiste que te iba bien. De hecho... Has cambiado mucho estas últimas semanas. Solo has ido cuatro veces, no lo dejes ahora. Además, todos me han dicho que el doctor Anderson es muy bueno... —Se preocupó de veras por Toby.

—Sí, es muy bueno. Es tan bueno que... Que me he colado por él.

—Ay, no... —Margie suspiró—. ¿Es que no pueden gustarte los hombres de tu edad? Primero Ric, ahora el doctor... —le reprochó.

—Escucha, déjame acabar, no te pongas nerviosa —susurró tomándola por los brazos—. Es cierto que le puse fin a nuestra relación médico/paciente, pero es que yo también le gusto a él. Esa es la razón.

Margie abrió los ojos como platos.

—¿Sabes que eso suele pasar? Muchas personas se cuelan de su psicoterapeuta y no es real... No quiero que sufras de nuevo.

—Ya lo sé. Se llama amor de transferencia, pero te aseguro que no es el caso. Él también tenía sus reservas al respecto. La realidad es que nos gustamos mucho y hemos decidido conocernos mejor, iniciar una relación. No sé dónde nos llevará, pero lo que sí sé es que me siento feliz. —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo entiendo, cariño. Pero soy tu madre y mi trabajo es preocuparme por tu bienestar y angustiarme por todo.

Toby se rio y ella también.

—Sé que lo hemos pasado mal, mamá. Que no hemos tenido el amor que nos merecíamos. Ahora que estamos lejos de papá, que hemos rehecho nuestras vidas y que, por fin, me quiero tal y como soy, y tú te valoras y te valoran, es hora de que nos volvamos mariposas.

—Qué cosas más bonitas dices... —Abrazó a Toby, sollozando a lágrima viva—. En realidad me hace mucha ilusión que tengas un novio coreano. —Rio a carcajada limpia—. Me han dicho que parece un actor y que es guapísimo.

—Lo es, por dentro y por fuera.

—¿Y ya os habéis acostado? Has estado con él esta noche, ¿verdad?

—¡Mamá! N-no me siento cómodo hablando de eso contigo. —Toby se puso colorado.

—Qué tonto, como si yo fuese virgen. Anda, ¿tienes alguna foto suya?

Tobby se quedó pensando y negó con la cabeza al recordar qué imágenes suyas conservaba: las privadas para uso y disfrute personal.

—La próxima vez que lo vea le pediré que nos hagamos una foto juntos. Por el momento tendremos que esperar a que pasen estos días tan desapacibles.

—Oh, sí. Se ha desatado otra ventisca.

Ambos miraron por el ventanal. Todo fuera estaba cubierto de una densa capa de nieve y soplaba un gélido viento.

Tobby se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—Mamá, gracias por ser tan valiente y traerme a este lugar.

—Tú eres la razón de mi valentía.

—Te quiero muchísimo.

—Y yo, cariño.

Después de eso, Tobby volvió a su cuarto y se sentó en la butaca que tenía al lado de la ventana. Por esta podía admirar el precioso lugar en el que vivía, pese a la profusa nevada.

Tomó el curioso libro de ciencia ficción que Ha-joon le había ofrecido —*Cómo se pierde la guerra del tiempo*— y continuó leyéndolo...

«Pero cuando pienso en ti, quiero estar a solas contigo. Quiero esforzarme. Quiero vivir en contacto. Quiero ser tu contexto, y que tú seas el mío.

Te amo y te amo, y quiero que descubramos juntas qué significa eso.

Con amor,

Roja».



>Octava Sesión<

«—En vano lo he intentado —le dijo—. No funcionará. No puedo reprimir mis sentimientos. Debe permitirme que exprese con qué ardor la admito y la amo.»

(*Orgullo y Prejuicio*. Jane Austen)

—Mi madre me ha preguntado si quiero invitarte a pasar el fin de año con nosotros —comentó Bobby a Ha-joon tras llamarlo por teléfono, pues no habían podido volver a verse por culpa de las nevadas.

El psicólogo se quedó pensativo y tardó un poco en responder.

—¿Y me quieres invitar? —indagó con una sonrisa, sentado en la butaca de su padre, frente a la chimenea encendida.

—Claro que quiero.

—Pues invítame.

—¿Quieres venir a pasar el fin de año con nosotros al rancho? —Bobby suspiró, ansioso.

—De acuerdo, acepto. No creo que a mis padres les importe demasiado, es más que probable que me manden allí de una patada —bromeó.

—¿Ya les has contado algo...?

—Pretendo hacerlo hoy, así que me has dado la excusa perfecta.

—Vale... —Bobby aspiró con fuerza al otro lado de la línea—. Yo también lo haré hoy, si te parece bien.

—Me parece bien —parafraseó.

—Te echo de menos —ronroneó Bobby—. Mucho...

—Ya sé lo qué echas de menos, vicioso.

—¡Oh, qué poco romántico es Ha-joon!

—Desde que ves *doramas* me hablas igual que los personajes —se carcajeó.

—Maldita sea, son adictivos. ¿Y por qué son tan guapos los actores? Dios mío, mi favorito es el protagonista de *Crash Landing You*. Pero soy incapaz de recordar los nombres. Qué complicado es el coreano...

—Vas a conseguir que me ponga celoso. Y se llama Hyun Bin. Olvídate de él, se ha casado en la vida real con su coprotagonista. Ahí se enamoraron, rodando la serie.

—¿En serio? Se lo contaré a mi madre, le va a encantar el dato.

—Me puedes llamar *sunbae* o *hyung*.

—¿Qué quieren decir? —indagó el joven.

—El primer concepto es para dirigirse a una persona con más conocimientos académicos, como un profesor, por ejemplo. El segundo es para usarlo con un hombre mayor que tú.

—¿Y *oppa* no te puedo llamar? Es más gracioso...

Ha-joon se echó a reír a carcajada limpia.

—¡Eso solo lo dicen las mujeres! Y tú no tienes ni un pelo de mujer.

—Oh, no, ya lo creo. —Rio también—. ¿No existe algún apelativo cariñoso con el cuál te pueda llamar?

—Claro que sí, pero te aguantas y lo descubres por tu cuenta.

Tobby bufó al otro lado.

—Mañana —cambió de tema—, te espero en el rancho. Hemos trabajado duro para quitar la nieve de la entrada y del camino principal. Las máquinas quitanieves están haciendo su trabajo en la zona de las carreteras adyacentes, así que no creo que haya problema para que llegues bien. Tampoco va a volver a nevar, por lo que dicen. Tal vez alguna nevisca, pero poco más.

—Bueno, lo peor ha pasado.

—Lo peor ha sido no tenerte conmigo, estufita ardiente.

Ha-joon se puso rojo hasta la raíz del pelo. Hacía tantos años que no se sentía así.

—No echas más leña al fuego, que nos vamos a quemar los dos, *agi*¹.

—¿Qué quiere decir eso?

—No sé de qué me hablas, *ne sarang*².

—¡Ha-joon! —exclamó Tobby en tono de reproche.

—Tengo que colgar, hasta luego —le respondió entre carcajadas mientras se ponía en pie. Su padre había entrado en la estancia y reclamaba su sitio.

—¿A quién has llamado mi amor? —preguntó con el ceño fruncido—. ¡No estarías hablando con ese desgraciado!

—¡Papá! ¿Por quién me tomas? Me quitó todo menos la dignidad. Hablaba con... Bueno, con Tobbias Tylor... —volvió a sonrojarse.

—Oh... Entiendo. Me hiciste caso entonces la noche que te quedaste encerrado en la consulta...

—Sí... Te lo hice —carraspeó—. Estuvimos juntos.

Anthony se sentó en su butaca y estiró las piernas, cruzándolas delante de la chimenea y repantingándose satisfecho.

—Pues me alegro. Ya nos comentó algo Maggie.

—Nina es una bocazas —siseó Ha-joon entre dientes—. Bueno, pues... Ya que estamos, allá voy: hemos iniciado una relación. No sé muy bien dónde irá a parar, pero... —Cogió aire—; mañana iré a pasar el fin de año con los Peters, la madre de Tobby y él.

—Te aplaudo, hijo. Ya era hora de que espabilaras y volvieras a tu ser.

—Aunque no quería dejaros solos...

—Mañana no te quiero ver ni en pintura. Confiemos en que todas las carreteras estén ya practicables y puedas llegar sin inconvenientes. Debes echar de menos a ese hombre.

En ese momento entró Alice, que había estado en el pasillo escuchándolos charlar.

—¡Ay, cariño! ¿Te has echado novio?

—B-bueno... Es que... —Se puso muy nervioso—. No sé lo qué somos porque llevamos con esto muy poco.

—Lo ha llamado *agi* y *ne sarang*. Significativo, ¿no crees, Alice?

—¡Mucho! Ni siquiera se lo decías al otro... ¿Y tienes una foto suya? Quiero verlo —requirió ansiosa.

Ha-joon suspiró y buscó la más reciente —que se pudiese mostrar— enseñándosela a su madre.

—¡Qué joven! ¿Cuántos años tiene? Y qué guapo, Dios Santo.

—26 años, mamá. Y es algo que me preocupa un poco, la verdad. No creo que estemos en la misma etapa de la vida, precisamente... Tal vez eso lo estropee todo.

—¿Ya estás poniéndote en lo peor? —lo espetó Anthony—. Vive la vida de una puñetera vez, por el amor de Dios. No seas tan cuadrulado.

—Dando este paso creo que he demostrado que estoy avanzando, ¿no crees? Después de lo que me ha pasado tiendo a dudar y a temer que salgan las cosas mal. Pese a ello lo he hecho, me he de dejado llevar.

—Es lógico —musitó Alice—. Pero si a este chico le gustas es porque vales mucho, que ningún ex marido imbécil te haga creer lo contrario. Tus padres estarían tan orgullosos de ti como nosotros lo estamos...

Alice se puso de puntillas y besó a su hijo en el rostro.

Ha-joon miró la foto colgada en la pared, donde aparecían sus padres biológicos. Tal vez alguna vez sería valiente de verdad e iría a visitar sus tumbas en Corea. Había estado en el país varias veces, incluso estudiando en la prestigiosa Universidad Nacional de Seúl durante seis meses, pero jamás se atrevió a ir donde reposaban sus sepulcros. Ese paso le costaba darlo.

oOo

Por fortuna, las carreteras ya estaban despejadas para el tráfico normal, por lo que Ha-joon no tardó demasiado en llegar al Rancho Green, sobre el atardecer.

Aparcó en una zona, que había fuera del recinto, para coches y caravanas. Se apeó sujetando una bolsa en la que llevaba champán y fue directo a llamar al timbre de la puerta metálica que permanecía cerrada por ser periodo vacacional para los dueños.

Una vocecilla infantil y unos ladridos escandalosos surgieron del interfono, destrozando los tímpanos al pobre hombre.

—¡Tobyyyyyy! ¡Tu noviooooooooooooo!

Después se cortó la comunicación y la puerta se abrió, así que Ha-joon pasó al otro lado con el rostro rojo como la grana de pura vergüenza. Anduvo por una zona arbolada, aún con nieve en las copas de los pinos y en los lados del camino. Por lo demás lo habían dejado todo muy limpio.

Vio la figura de Toby, con su grueso anorak puesto, trotar a buen paso hacia él. Al final este corrió y lo abrazó contra sí. Le dio un beso de tornillo que lo dejó con los sentidos vueltos del revés. Su lengua, ansiosa y caliente, acarició la suya.

—¡Por fin te puedo abrazar! —exclamó el rubio de puro gozo—. Cómo te echaba de menos, ni te lo imaginas.

—Con este recibimiento tan efusivo, créeme cuando te digo que sí me hago una ligera idea... —Otro beso acalló sus palabras y las mariposas del estómago revolotearon a su antojo.

Toby enredó sus dedos entre los de Ha-joon y tironeó de él camino arriba, volteando la cabeza para mirar al hombre cada dos por tres.

—Vas muy elegante. ¿Por qué tienes que ser tan guapo? Me ha tocado la lotería contigo.

—Vas a conseguir que me sienta incómodo —balbució avergonzado—. Aquí el guapo y joven eres tú.

Tobby se detuvo un momento, ya con la gran casa de madera delante de ellos.

—Deja de decir eso. Me gustas y punto. Ni te imaginas la ilusión que me hace que estés hoy aquí.

—Y a mí... —Se adelantó hasta el rubio y lo tomó del rostro, besándolo en los fríos labios, calentándolos—. Te echaba mucho de menos, muchísimo. Y no solo por lo que crees... Aunque también.

Tobby sonrió feliz y le devolvió el beso.

Un chillido tremendo los hizo brincar a ambos de susto que se llevaron.

—¡Yo tenía razón! ¡Te regaló la bufanda porque es tu novio y me hicisteis callar Zac y tú! — Jess los estaba señalando con un dedo acusador y el ceño fruncido en su lindo rostro.

Ha-joon miró a Tobby, estupefacto.

—¡Jess! —su madre, tras ella, la reprendió con un tono de voz cortante—. Vete dentro y deja de molestar a los mayores.

Amanda puso un pie fuera de la casa mientras su hija se volvía al interior con cara de pocos amigos.

La mujer le dio un breve abrazo a Ha-joon agradeciéndole que los acompañara aquel último día del año.

Sin soltarse de la mano, la pareja atravesó el dintel y la siguió.

El coreano observó la gran casa, admirado.

—Qué bonito es todo y qué bien cuidado.

—¡Gracias! La verdad es que desde que tengo a la madre de Tobby conmigo, y a Tobby — añadió— el trabajo se ha aligerado bastante. Fue buena idea contratarlos a ambos.

—¿Tu madre también trabaja aquí? —indagó Ha-joon.

—Sí, en la cocina y limpiando las habitaciones de los huéspedes.

—Mis suegros ya están mayores y querían jubilarse, así que buscamos a alguien y nos llamó la atención la experiencia de Tobby. Es el chico para todo. —Amanda se echó a reír.

Ha-joon miró a Tobby con orgullo y le regaló una sonrisa arrebatadora al joven, que se puso colorado.

—Vamos al salón principal, estamos todos allí reunidos —expuso Amanda a su invitado.

Anduvieron por un largo pasillo, algo angosto, repleto de cuadros representando el condado de Plumas.

Aparecieron en una sala diáfana, con una enorme chimenea encendida, y una cristalera al fondo que daba a los pastos recubiertos aún de nívea, brillante y virgen nieve. El atardecer lo embelleció todo más, haciendo que fuera una estampa idílica y única.

La perrilla Bet empujó a Ha-joon buscando mimos y este se los dio de buena gana.

Una mujer de aspecto delicado, vestida de rojo, se acercó a ellos. Por el parecido con Tobby, Ha-joon dedujo que se trataba de Margie.

—¡Oh! No puedo creer que tenga delante a un coreano —fue lo primero que dijo y Tobby se desternilló de risa—. Pareces un galán de *dorama*. Increíble.

—G-gracias... Es un placer, Margie.

Fue a darle la mano, pero ella lo abrazó con cariño.

—Gracias por ayudar tanto a mi hijo, lo necesitaba de veras. Ha cambiado tanto... Ni te lo

puedes imaginar... Es como cuando era niño, lleno de curiosidad y ganas de aprender, sonriendo siempre.

—Fue un placer ayudarlo.

Tobby contuvo una carcajada pícara. Y tanto que había sido un placer, para ambos.

—Estamos echando una partida a un juego de mesa: el Catán. ¿Sabes jugar? —preguntó Tobby a Ha-joon.

—No tengo la menor idea, jamás he jugado a nada de esto. Ah, he traído champán para después.

—¡Muchas gracias! —Amanda tomó la bolsa y la guardó a buen recaudo—. Pero sentémonos todos, venga.

El resto de la familia Peters estaba bien aposentada alrededor de una mesa redonda, con un brasero eléctrico debajo del grueso mantel con el que se tapaban las piernas.

—Profesor y profesora Peters, es un placer verlos. Gracias por permitirme pasar aquí el Fin de Año —los saludó Ha-joon de forma muy educada.

—¡Quién iba a decir que te convertirías en un reputado psicólogo! —dijo el padre de familia—. Sobre todo cuando ibas por ahí con las greñas en la cara, camisetas *heavy* y a solas todo el tiempo. Tenías muy preocupados a tus padres.

Tobby se sorprendió pues de eso no le había hablado, tan solo que de adolescente escuchaba música *rock* y estudiaba mucho por su cuenta ya que el instituto le aburría sobremanera.

—Fue hace mucho, profesor —contestó Ha-joon tras una carcajada—. Sigo escuchando *rock*, se lo aseguro.

—Siempre fuiste un chico muy guapo, como mi Lionel. Ambos los más guapos pero los más raritos de Quincy —intervino la señora Peters.

—¡Mamá! —la espetó su hijo—. Sigo siendo un friki, pero gracias.

—Y muy guapo —añadió Amanda, pícara.

—¿Vamos a seguir jugando o qué? —interrumpió Jess, que ya estaba perdiendo la paciencia—. Necesito recursos.

Estaban jugando por parejas, ya que eran demasiados incluso para la extensión del juego. Jess iba con Zac, los abuelos hacían equipo, Amanda y Margie juntas y Lionel solo.

Tobby, al participar también por su cuenta, puso una silla al lado de la suya para poder jugar con Ha-joon que, divertido, preguntó cuál era el objetivo del Catán.

—Colonizar el máximo de tierras posibles dentro de la isla, que es este tablero hexagonal. Cada jugador cuenta con carreteras, pueblos y ciudades que deberá ir construyendo con los recursos que consiga a lo largo de la partida —explicó Lionel—. Como esta ya está empezada, observa o ayuda a Tobby.

Ha-joon cogió las instrucciones y las leyó a tal velocidad que todos se quedaron pasmados.

—Vale, entendido a la perfección. No es complicado y parece divertido.

Durante el resto de la partida Ha-joon fue ganando terreno y recursos, hasta que terminaron venciendo Tobby y él, para cabreo de Jess ya que era muy competitiva.

—¡Eres increíble! —exclamó Tobby mientras lo cogía de la mano por debajo del mantel—. Un genio.

—Es un juego sencillo, no es para tanto. ¡Me ha gustado!

Jess observó a la pareja con los ojos muy achinados.

—Tobby, ¿por qué me dijiste que no era tu novio?

—¡Jess! —Su hermano le dio una suave colleja—. A los mayores no se les preguntan esas cosas.

—No pasa nada. Es que entonces no era mi novio —aclaró el rubio.

—¿Y ahora sí? —continuó preguntando la niña para desesperación de su hermano mayor.

Tobby enmudeció sin saber qué responder. ¿En qué punto estaban él y Ha-joon? Aún era muy pronto para definir la relación que tenían.

—Ahora sí —respondió el coreano apretando más la mano de Tobby bajo la mesa.

Este le devolvió el gesto y sus dedos se entrelazaron de forma natural. El joven estaba en las nubes, sonriendo como un idiota.

Siguieron jugando toda la tarde hasta que llegó la hora de la cena. Lionel departió con Ha-joon sobre su época estudiantil y se rieron de lo lindo.

—El tío iba con los pelos en la cara, pantalones de pitillo negros, camisetas de Nirvana, Queen o Metallica y a su puta bola. Vamos, no me hacía caso ni a mí, que era el otro pringado del insti.

—No pensé que quisieras ser amigo mío. Como estabas también con tus cómics y dibujos... Yo qué iba a saber.

—¿Y se metían con vosotros? —preguntó Zac.

—Pues claro que sí, a todas horas. Conmigo por friki y pelirrojo y con Ha-joon por coreano y cerebrín.

—Hay muchos factores que pueden hacer que unas personas acosen a otras —explicó el psicólogo—. Desde haber sido víctimas de lo mismo por parte de, por ejemplo, los familiares, a tener sentimientos de inseguridad o baja autoestima, por lo que acosan a los demás para sentirse más poderosos. La falta de empatía y no comprender las emociones de otras personas, o ser incapaces de controlar las suyas propias, también son factores a tener en cuenta. Por lo tanto, se desquitan con otros de manera psicológica o física.

Tobby se sintió mal porque él también se había reído en el instituto de muchos compañeros, por mil razones diferentes. Se vio reflejado en la explicación de Ha-joon, pero en el lado de los villanos. Para entonces su padre ya había influido en él demasiado y, aunque su madre lo trataba bien, el mal estaba hecho. Odió mucho más a ese maldito cabrón porque, por su culpa, había sido un adolescente horrible y eso había hecho que no madurara en condiciones y su anterior trabajo fuera como el patio del colegio, con otros a los que molestar, comportándose como un mimado egoísta e insoportable.

—Tobby, ¿estás bien? —Ha-joon le tocó la nuca.

—¿Podemos hablar un momento en privado? —pidió con voz trémula.

—Por supuesto.

Ambos subieron al cuarto de Tobby y este cerró la puerta tras de sí, para luego sentarse en su lecho. El psicólogo hizo lo mismo a su lado y le cogió de las manos, que volvían a estar tensas.

—Háblame de lo que te preocupa. ¿Es por el *bullying*?

—Sí, porque yo se lo hice a otros... —Tragó saliva con dificultad—. He hecho tantas cosas malas que me da una vergüenza horrible. Estoy muy arrepentido. No entiendo qué ves en mí... No valgo nada, soy un mediocre. En el instituto saqué unas notas muy básicas y no quise ni

pensar en ir a la universidad. Nada me llamaba la atención, solo quería ser ranchero. Mi ex jefe lo era, pero también un gran veterinario.

—Tobby... —murmuró dándole un tierno abrazo y acariciando su cabello rubio—. Ya sabes que tu padre proyectaba sus frustraciones a través de ti y de tu madre. Te dio de lado en cuanto supo de tu condición sexual, así que también te maltrató de esa forma. Y eso de que no vales nada es mentira. Cada persona es un mundo, se le dan bien unas cosas u otras. No puedes enseñar matemáticas a un niño al que le encanta el dibujo. Lo que ese niño debe hacer es cultivar su destreza artística, porque si se le obliga a seguir con las matemáticas acabará frustrado y perderá el interés en todo lo demás.

—Eres muy inteligente, Ha-joon...

—Sí, y por eso me tenían envidia. Además, era el chino adoptado —bromeó—. Pero no vamos a entrar en lo que me hicieron a mí porque, la verdad, me importa un bledo a estas alturas de la vida —dijo con una sonrisa jocosa dibujada en los labios.

—Te admiro muchísimo... —Tobby lo miró con devoción.

—¿Ya estás mejor? —El joven asintió con la cabeza—. Acabarás encontrando lo que te gusta hacer de verdad, a parte de tu trabajo actual. Nunca es tarde para volver a estudiar. Yo lo hago de forma constante.

—¿No echas de menos Harvard?

—¡Claro! —Ha-joon se echó a reír—. Me gustaba dar clase, más que ser psicoterapeuta. Además, soy uno penoso porque me enamoro de mis pacientes...

En cuanto se dio cuenta de lo que había dicho se puso pálido. Su subconsciente lo había traicionado de la forma más tonta.

Tobby le miró con los ojos muy abiertos y pestañeó varias veces, incrédulo. Poco a poco acarició la piel de alabastro que poseía Ha-joon, como si fuera algo precioso. Deslizó los dedos hasta sus labios entreabiertos y acercó su boca para atraparlos.

El hombre se dejó besar y sintió que Tobby temblaba. Le devolvió el beso poco a poco, acariciando su pelo y su rostro recién rasurado.

Cuando la cosa se puso intensa, Ha-joon lo detuvo.

—Tenemos que bajar a cenar. Seguro que ya nos echan en falta...

—Un momento, por favor. Eso que has dicho antes... —carraspeó por los nervios—. Eso que has dicho...

—Me refería a ti. Perdona si te ha chocado, la verdad es que ni yo me esperaba algo así por mi parte. Suelo ser más prudente al expresarme.

—Pero ¿me quieres? —preguntó con el corazón en un puño.

—Oh, Tobby, claro que sí...

El joven lo estrechó entre sus brazos, muy dichoso.

—Yo también a ti. Te amo, te amo mucho.

—Cariño... —Ha-joon se estremeció al sentirse tan feliz—. Si no bajamos ya van a creer que estamos haciendo algo más que hablar. —Rio divertido.

—En cuanto sea Año Nuevo te aseguro que lo empezaremos en esta cama. Tú no te me escapas. Solo te doy una pequeña tregua.

—Tobby, mira que llegas a ser mono. —Se puso en pie y tomó de la mano al rubio, que lo

siguió escaleras abajo hasta volver con los demás y cenar rodeados de risas y alegría.

oOo

Tras una cena muy animada, donde todo fueron carcajadas, cuentos y anécdotas, Ha-joon se sentó al lado de Zac, que lo miró con cierto respeto. El chico ya no iba vestido como un flipado de la vida, sino de una forma más normal.

—Así que bebes los vientos por Rachel —soltó el coreano como si tal cosa.

—¡Qué! ¿Se lo ha dicho Toby? No, no, le prometo que no... —respondió con nerviosismo.

—No pasa nada, chaval, Rachel es una chica impresionante con la cabeza muy bien amueblada. ¿Entiendes?

—Sí... Supongo que por eso me ve como un crío, aunque solo tenga dos años más que yo —tuvo que admitir la evidencia, suspirando.

—Las mujeres suelen madurar antes que los hombres. En todo caso, ya te digo que no le van los chulos, ni los mujeriegos...

—Pero si no he besado a una chica en mi vida... —respondió con el ceño fruncido.

Ha-joon se partió de risa a su costa, así que Toby se acercó al verlos a ambos hablando.

—¿Qué pasa?

—Estamos charlando sobre la chica que le gusta.

—¡Oh! Rachel, sí. Pobrecita... —bromeó el rubio.

—¿Por qué no te vas un poco a la mierda, capullo? —lo espetó Zac.

—Le gustan las chuches, ir a la biblioteca a estudiar, leer libros de amor entre hombres e ir al cine de vez en cuando... —le sopló Ha-joon.

—¿Leer libros de amor entre hombres? Pero, qué...

—Sí, escritos por mujeres —añadió el psicólogo—. De hecho, también hace sus pinitos escribiendo en AO3.

—¿Qué es eso? Dios mío, qué complicadas son las mujeres de ahora. —Zac se llevó las manos a su pecoso rostro y miró a Toby, que le hizo un gesto como si no supiera de qué puñetas estaba hablando Ha-joon.

—Descúbrelo tú solo, chaval. Pero te doy un consejo: a lo mejor, si le regalas un libro nuevo que le pueda gustar, junto con unos bombones y una invitación al cine... Y sin ir vestido como un raperito chungo, eso es indispensable.

Toby no pudo dejar de reírse un buen rato ante la estupefacción de Zac, que agradeció el consejo e hizo una anotación mental.

—A mí Toby me conquistó regalándome rosquillas glaseadas —admitió Ha-joon—. Fue muy dulce, de forma literal.

La risa del rubio se volvió tos y su rostro puro sonrojo.

—¡No cuentes esas cosas, que me da toda la vergüenza, joder! —espetó en tono de azoramiento.

Zac fue el que se descojonó de buena gana, junto con Ha-joon.

—Soy muy básico en realidad: rosquillas glaseadas. Ya está, me enamoré en ese mismo instante.

—¡Qué te calles, Ha-joon! Joder... —Toby se echó a reír de pura felicidad mientras se tapaba el rostro color escarlata extremo.

El coreano se puso en pie y cogió al joven por la cintura, apoyándose en él, muerto de la risa.

Tobby lo abrazó contra sí, sin sentir vergüenza, de manera natural.

Margie los miró desde su posición en la mesa y suspiró con una expresión de genuina felicidad, derretida.

Tobby lo había pasado siempre tan mal cometiendo tantos errores... Ojalá hubiera sido más valiente antes y hubiese iniciado una vida con él en otra parte. Pero ver que no había sido tarde para su hijo fue suficiente y la fase culpable se diluyó poco a poco.

—¡Ey! ¡Que van a dar las 12 en cinco minutos! —exclamó Amanda avisándolos a todos.

Se pusieron delante de la gran tele del salón y cantaron la cuenta atrás al unísono, gritando, sobre todo la pequeña Jess y la minúscula perra Bet.

El Año Nuevo llegó a sus vidas, las parejas unieron sus labios y Ha-joon asió a Tobby del cuello de la camisa para plantarle un beso muy significativo que fue correspondido de igual modo. Ya no habría año de soledad, como el coreano creyó meses atrás, sino de todo lo contrario.

oOo

Tal y como le había advertido Tobby, la noche del Año Nuevo la pasaron en su cama, comiéndose a besos, aguantando los gemidos, ahogando los orgasmos el uno en la boca del otro para que nadie los escuchara.

Tobby gozó como nunca de ser penetrado por su amante y Ha-joon de poseer al nuevo amor que la vida le había puesto en el camino.

Durmieron el uno en los brazos del otro, descansando después de la intensa sesión de sexo desenfrenado que habían tenido la suerte de disfrutar.

Ha-joon se despertó sobre las nueve de la mañana del primer día del nuevo año. Suspiró con fuerza y miró el rostro de bobo que tenía Tobby cuando dormía. Le limpió con la sábana la baba que le caía por la comisura de la boca. Luego se quedó observando su plácido descanso.

El fin de año anterior lo había pasado con aquel cabrón desgraciado, en casa de unos amigos. Recordó que se quedaron a dormir y que se despertó sin que él estuviera a su lado. En ese momento no le dio la menor importancia, pero tras lo sucedido y enterarse de todas las putadas, ató cabos. Estaba casi seguro de que había pasado la noche follando con uno de sus tantos amantes esporádicos, un hombre más joven con el que charló largo rato mientras le dejaba de lado a él en plena fiesta de Fin de Año.

Nunca hubiera dicho que estaría, un año después, en la cama de un chico como Tobby. Este se veía a sí mismo más pequeño de lo que era, pero tenía tanto cariño que dar, tanto por lo que ser mejor persona, que era imposible no querer ayudarlo, cuidar de él, darle amor y desearlo.

El destino, en ocasiones, unía a las personas más dispares. Y allí estaban ellos dos, compartiendo cama como las dos únicas piezas de un puzle completo.

Ha-joon no pudo evitar acercarse y besar su boca. Eso hizo que Tobby se despertase con una sonrisa y unos cuantos besos que corresponder.

—Te amo... —susurró el joven—. Feliz Año Nuevo, cariño mío.

—Oh, Tobbias, ¿qué me has hecho? Yo, que era un soso profesor de psicología. Ahora soy un tonto enamorado hasta las trancas.

—No tengo ni la menor idea, con total sinceridad te lo digo —dijo entre risas—, pero me da igual mientras sea cierto.

—Será tu culo. Sí, es tu culo prieto.

Tobby echó al aire un buen montón de risotadas.

—Mi culo te agradece el trato que le das —bromeó.

—No sé cómo aguantas que me lo folle tanto, una y otra vez. Dios, ni de joven había tenido tanto sexo, ni tantas ganas.

—Porque tenían que pasar los años para que fuera conmigo, soso profesor de psicología. Además, esto de aquí estaba pasando hambre —susurró mientras deslizaba una de sus manos para masturbarlo con cuidado.

Ha-joon se puso cachondo de inmediato, estremecido de placer. Besó a Tobby con ansia viva y se le puso encima, acomodándose entre sus piernas, contra su pelvis y frotando todo el cuerpo contra él.

Buscó el lubricante debajo de la almohada, lo vertió dentro del recto del rubio y luego se dedicó a dilatar la entrada mientras que, a la vez, le hacía una felación.

Tobby lo asió del pelo y empujó hacia arriba para sentir más. El sexo con Ha-joon era lo más placentero y fabuloso del mundo. Un regalo.

—Me voy a correr... —avisó para que su amante se pudiera apartar. Sin embargo este no lo hizo, sino que se tragó la eyaculación.

Se empezaron a reír y el coreano casi se atragantó entre la risa y el semen. Tobby le limpió la barbilla con diligencia.

—Es la primera vez en mi vida que me lo trago —reconoció.

—¿En serio?

—Y que follo tan duro —dicho aquello introdujo su pene enhiesto sin mayor dilación, abalanzándose sobre la boca de Tobby, que le recibió de buena gana en todos los sentidos.

Ha-joon embistió con fuerza y urgencia. Daba igual si iba deprisa, si era bruto, si no tenía cuidado, porque es lo que a Tobby más le ponía. Sexo duro y sin contemplaciones. Y tenía que reconocer que a él también le gustaba demasiado aquella versión de sí mismo: desinhibido y erótico.

—Un día te ataré a la cama y te haré lo que me dé la real gana, ¿me oyes? —le dijo al oído—. Te follaré una y otra vez en todas las posturas del *Kama-sutra* gay.

—Te lo ruego... —respondió Tobby con voz trémula mientras le sobrevino un orgasmo atronador que le recorrió desde la uña del pie hasta la punta del cabello.

El psicólogo sintió que se tensaba bajo él y le hincaba las uñas con fuerza en la espalda, con una convulsión de pleno placer. Era lo que más le gustaba de todo: sentirlo gozar a causa de sus embestidas.

Se derramó en su húmedo interior dejando allí su huella. Tobby era suyo, suyo y de nadie más.

Buscó su boca con anhelo, la besó con deseo y la mordió con pasión.

Se quedaron así abrazados largo rato, recobrando el aliento poco a poco. El corazón de Tobby latía con intensidad bajo la oreja de Ha-joon.

—Te va muy deprisa... —susurró este.

—Es que tengo encima al hombre que amo. Como cuando me tomaste el pulso la primera vez. Me pusiste taquicárdico perdido.

—¿Ya te atraje?

—Por supuesto... Menudo hombre tan sexy me estaba tocando la mano y hablándome dulce.

Ha-joon suspiró de complacencia y miró a Toby. Le atrapó la boca para darle un beso largo seguido de varios picos cariñosos.

Sabía que el proceso de enamoramiento era fruto de la química del cerebro, que con el tiempo se iría asentando. Le entró un poco de miedo de que Toby se aburriera de él cuando se le pasase y se diera cuenta de la diferencia de edad.

—¿Qué sucede?

—Nada...

—Sí, algo te pasa. Lo noto, Ha-joon.

Este salió con cuidado de Toby y se acostó a su lado, mirándolo. Con la mano izquierda le acarició el rostro al joven.

—Pensaba en el enamoramiento. Primero en la química del cerebro: al enamorarnos hacemos estallar un cóctel de químicos que revolucionan nuestras emociones. Pero hay que saber distinguir entre enamoramiento y amor. Mientras que el primero no es ni más ni menos que una serie de reacciones químicas, en el amor entran en juego más factores.

—¿Crees que esto solo es un enamoramiento? ¿Es lo que te preocupa? ¿Que cuando se normalice esa revolución me dé cuenta de que no te amo? Eso también te podría estar pasando a ti, ¿no te parece? Soy un hombre guapo, joven, con falta de cariño...

—Y yo uno adulto al que le rompieron el corazón, que también está falto de cariño, Toby. Y no vamos a estar como ahora para siempre... Sobre todo cuando yo cumpla años y tú sigas siendo joven. También está la Teoría triangular del amor de Sternberg, un colega psicólogo. Es un conjunto de sentimientos, emociones y valores que se encuentran presentes en una relación y que está compuesto por tres elementos fundamentales: la intimidad, la pasión y el compromiso.

—Bien, déjame darte mi opinión de chico campestre sin muchas luces: eres joven, Ha-joon. Y estoy seguro de que mejorarás con los años, como el vino. Pero tu físico no es lo que más me atrae de ti. Es tu forma de ser conmigo y con los demás. Eres bondadoso, amable, paciente... Sacas lo mejor de mí y opacas lo detestable. Dios sabe que si me encantas es por todo lo bueno y lo malo, incluidas esas malditas teorías triangulares y el puñetero cóctel de químicos.

—Pero...

Toby le cortó posando el dedo índice sobre sus labios.

—Déjame continuar. Ya que te empeñas en lo de la teoría de ese colega tuyo, te aseguro que aunque esta pasión se normalice, quiero seguir gozando de la intimidad contigo. Y no me refiero en la cama, sino en la vida. Intimidad es estar contigo frente a una chimenea, leyendo sin decirnos nada, disfrutando de la compañía del otro. Ya soñaba con algo así antes de conocerte, imagínate ahora; lo anhelaba con todo mi ser. Y en cuanto al compromiso... Dios, he salido del armario por ti, gracias a ti. Has conocido a mi madre y a todas estas personas que ahora considero parte de mi familia. Llámame iluso, pero estoy jodidamente enamorado de ti, y no pienso en otra cosa que no sea en pasar la vida contigo. Como dijo el señor Darcy, y perdón si no me acuerdo de las palabras exactas: *«No soy capaz de fijar la hora, ni el lugar, ni la mirada, ni las palabras que sentaron los cimientos...»*. Y no recuerdo más, lo siento. La señorita Bennet y el señor Darcy son insufribles, pero me ha encantado el libro de principio a fin. Así que, por Dios, no seas cabezón como ellos y ámame sin reservas, joder.

Ha-joon lo miró estupefacto al principio y divertido después. Lo siguiente fueron un montón

de risas y carcajadas por parte de ambos.

—¿Cuándo te has leído *Orgullo y Prejuicio*?

—Pues empecé ayer y lo acabé esta mañana. Me lo prestó Amanda.

Ha-joon abrazó a Toby con fuerza, ya sin dudas absurdas atenazando sus pensamientos.

—*Jagi...*

—¿Eso es algo bueno? —preguntó Toby mientras hundía la nariz en el denso cabello negro de su pareja.

—Se usa entre parejas casadas y significa «cariño».

Toby se puso colorado.

—¿Me estás pidiendo matrimonio? —Se echó a reír de buena gana.

—Me acabo de divorciar, no me agobies —bromeó.

—*Saranghae*, Ha-joon.

Este se le quedó mirando con una sonrisa tonta en la boca y ojos de cordero degollado.

—Lo has buscado...

—Sí...

—*Saranghae*, Toby, *saranghae...*

**Saranghae* significa «te amo» en coreano.



>Novena Sesión<

«—¿Y quedó usted satisfecha del resultado de sus fervorosos esfuerzos?

—Ni mucho menos. Me atormentaba el contraste entre mi idea y mi trabajo: en cada caso había imaginado una cosa que fui incapaz de realizar.

—No del todo; ha conseguido plasmar la sombra de su idea aunque probablemente no más.
[...] En cuanto a las ideas, son fantásticas.»

(*Jane Eyre*. Charlotte Brontë)

Ha-joon volvió a abrir la consulta de forma normal el día 3 de enero, después de quedarse las jornadas 1 y 2 en casa de los Peters. No quería separarse de Toby y, además, lo habían pasado muy bien todos juntos durante ese tiempo. Aunque no hubo clase de equitación, sí que vio a los caballos y eso le encantó.

Pero la vida tenía que avanzar y Toby y él volver a sus respectivos trabajos.

Al entrar en el local, Ha-joon se encontró a Rachel ya allí, con los cafés y las rosquillas glaseadas.

—Doctor, estaba revisando las citas. Tengo que llamar a algunos pacientes para recordárselas, pero no veo que Toby tenga su cita programada... —comentó a modo de sacarle información a su jefe.

Este la miró con una sonrisa en su rostro feliz.

—No seguirá con la terapia. Es incompatible.

—¿Incompatible? ¿Qué quieres decir? —Rachel achinó los ojos intentando leer en la expresión de besugo que ponía Ha-joon mientras mordisqueaba un dulce glaseado.

—No puedo psicoanalizar a mi pareja —soltó sin más.

Rachel se levantó y pegó un gritito de alegría. Se tiró sobre el doctor para poder colgarse de su cuello, dándole un sonoro beso en la mejilla.

—¡Lo sabía! ¡Ay, qué emoción! Si es que ese hombre te miraba con todas las ganas —se echó unas risillas a costa de Ha-joon, que enrojeció de vergüenza.

—Mucha imaginación tienes tú, niña.

—No lo sabes bien, doctor. Y tú, siempre tan desesperado por darle cita cuanto antes—. Rio a carcajada limpia.

—Es muy posible que esto me perjudique a nivel profesional... —musitó él—. Pero bueno, como sé que no se trata de amor de transferencia, que es real, me importa un bledo.

—¡Así se habla! No hace falta salir muchas veces, ni conocerse a la perfección para enamorarse. Aunque hablo sin saber...

—Algún chico habrá por ahí enamorado de ti hasta las trancas. Uno pelirrojo y pecoso... —dijo con toda la intención.

—¡Doctor! —exclamó escandalizada—. Zac se comporta de una forma adolescente. Antes me caía muy bien, en el instituto, pero se ha vuelto tonto.

—Intenta encajar, dale un poco de margen. Es un buen chico, lo he conocido más estos días en

casa de los Peters y todo es pura fachada. Ni siquiera ha besado a una chica —le sopló.

—¿No?

—Qué va.

Rachel se quedó pensativa, pero justo llegó el primer paciente y el doctor tuvo que atenderlo de inmediato.

—¡Ah, un momento! —exclamó ella—. Nos han entregado todo el correo de golpe hoy. Hay una carta urgente de la UCLA.

—De acuerdo, luego la leo.

—Doctor...

—¿Sí?

—¿Qué ha pasado con el reloj de pared? No está.

Ha-joon enrojeció.

—Se rompió y lo tuve que tirar. —Se tuvo que deshacer del cacharro al arreglar la sala, pero prefirió guardarse aquello para él, sonrojado por el recuerdo de semejante tarde de pasión.

—Pero se podía haber arreglado... Valía un dineral... —susurró Rachel, extrañada mientras el doctor cerraba la puerta de la consulta. Después volvió a sus quehaceres y la mañana se pasó volando.

oOo

El ranchero bajó hasta Quincy con la intención de darle una pequeña sorpresa a su pareja. Entró en el Plumas Coffee y pidió una docena de rosquillas glaseadas.

—¿Me podéis poner más azúcar? —solicitó.

—Claro, corazón. ¿Son para el doctor Anderson? —indagó Sonya.

—Sí. Lo voy a invitar a comer.

—¡Uy! ¿Has oído Betty? Este muchachote tan guapo va a invitar a nuestro buen doctor a comer...

—No seas cotilla, haz el favor —la reprendió su hermana mientras espolvoreaba el azúcar glas sobre los dulces caseros—. ¡No le respondas, chico!

—No pasa nada, Ha-joon es mi novio —soltó Toby con total franqueza. Tanta que se sorprendió a sí mismo.

Seis meses antes se habría arrancado la lengua antes de reconocer su homosexualidad. De hecho, lo había sacado otra persona del armario en Dallas, adrede. Entonces sufrió mucho. Pero en ese momento, mientras pagaba los dulces, se percató el gran favor que le había hecho.

Betty y Sonya se quedaron estupefactas. Ya sabían que el doctor era gay, porque no era un secreto. Sin embargo, no se lo esperaron así de sopetón.

—Gracias, nos veremos a menudo.

—D-de nada... —susurró Betty.

—¡A ti, guapetón! —agradeció Sonya recuperada ya de la sorpresa.

Toby salió de la cafetería con una sonrisa de oreja a oreja en la cara.

—Vaya con el doctor... Menudos gustos tiene el muy pillo.

—Y qué lo digas. ¿Has visto el trasero de ese chico? No me extraña que haya caído tan rápido.

Las dos se miraron y se echaron a reír, felices por ellos.

Cuando Toby entró en la consulta se encontró con Rachel, que lo miró sorprendida. Ha-joon le había dado una copia de la llave al texano.

—Buenas tardes, Rachel. Toma, sé que te gustan los dulces, y he de reponer los que te quité del cajón.

Le ofreció media docena de rosquillas a la chica, que lo miró con las cejas arqueadas.

—¿Cuándo ha pasado eso? —Abrió el cajón y se dio cuenta de que le faltaban cosas.

—Ah, pues... —Toby se quedó callado al comprobar que había metido la pata—. Pregunta a tu jefe —dijo saliendo del paso—. ¿Está dentro?

—Sí, leyendo el correo. Ya nos íbamos a comer. Por cierto... —Ella puso cara de pilla—. Enhorabuena por llevarte el gato al agua, Tobbias Tylor.

—Gracias, no fue fácil. Pero, oh... No sé cómo lo hice, tal vez fue mi inocencia y dulzura. O mi trasero prieto.

Ambos se echaron a reír de forma maligna.

Ha-joon salió, tras escuchar las carcajadas, y al ver a Toby se puso colorado.

—¿Qué haces aquí? —Recibió un beso de Toby en la mejilla.

—He terminado todo el trabajo, me desperté a las seis de la mañana para poder comer contigo hoy. ¿O tienes planes?

—Iba a ir con Rachel, pero podemos acudir los tres al restaurante de Nina.

—¡Ah, no! Yo os dejo solos. No quiero ser la «sujeta velas». Nos vemos luego, doctor. —Se despidió mientras cogía su bolso y se enfundaba en su chaqueta de invierno.

—Rachel, perdona... —La detuvo Toby—. ¿Hay algún libro que te gustaría leer y no tengas? Querría compensar esos dulces sustraídos... —bromeó.

—Últimamente leo mucha literatura victoriana. ¡Ah! Tengo pendiente *Jane Eyre*. Pero no te preocupes, el libro vale mucho más que los dulces.

Toby le guiñó el ojo, como restándole importancia.

Luego la chica se fue, dejándolos solos.

Ha-joon miró a Toby con una ceja levantada.

—Y luego crees que eres tonto. Pero pienso que no deberíamos jugar con los sentimientos de Zac, ni con los de Rachel.

—A ver, yo solo le voy a soplar al atontado ese que a Rachel le falta *Jane Eyre*. Lo de regalarle libros, dulces y una sesión de cine ya fue idea tuya. Además, o lo hace antes de que el curso que viene se vayan ambos a la universidad, o se arrepentirá toda la vida de no intentarlo. Y si se ha de llevar un no como respuesta, pues bueno... Me temo que a todos nos sucede y al final terminamos recomponiéndonos.

—¿Sabes? Has cambiado...

—¿Tú crees?

—Viniste a mi consulta completamente roto en pedazos. Te odiabas, te avergonzabas de todo lo que habías hecho, de quién eras... Y mírate ahora: eres otro hombre.

Ha-joon lo besó en los labios.

—Es por ti...

—Qué va. Lo has hecho tú solo. Yo solo te he guiado, pero los pasos son tuyos. Así que no te quites mérito, ¿de acuerdo?

—Vale, *jagi*.

Ha-joon se puso a reír con nerviosismo.

—Y dale, que eso es para personas casadas —le recordó.

—Me da igual, me gusta llamarte así. O estufita ardiente, ese apelativo también. ¿Nos vamos a comer? Ah, y para esta tarde te acuerdes de mí, te he traído tus dulces favoritos. —Señaló las rosquillas sobre la mesa de Rachel.

—Tú eres mi dulce favorito.

—Eres súper tonto.

—Y tú súper mono.

Cogidos de la mano salieron a la intemperie, como un par de adolescentes en la inopia. Solo tuvieron que ir hasta la calle paralela para llegar al restaurante vegano. Se cruzaron con varios vecinos de la localidad. Algunos los miraron con sorpresa, pero en general nadie le dio la menor importancia, lo cual hizo sentirse tranquilo a Bobby.

Nina los observó entrar con su habitual cara de pocos amigos, aunque se sonrió para sí al verlos de esa guisa.

—Bueno, ya era hora —dijo cuando fue a tomarles nota—. Esta vez sí te pienso cobrar, cuñadito.

—Y me parece bien.

—Os traigo el menú del día —decidió por su cuenta, como de costumbre—. Y un poquito de vino.

—Solo para mí —pidió Ha-joon con voz cantarina—. Bobby no bebe —añadió cambiando el tono a uno más serio.

—No te preocupes, estoy bien con respecto a eso. Ya no tengo razón para ahogar las penas. Creo que puedo beber un poco. Si no lo hice en las fiestas fue por ti.

—En otra ocasión, luego has de conducir. Y perdóname, tienes razón... Solo estoy preocupado por si recaes.

Bobby le asió la mano por encima de la mesa de madera.

—Te quiero... —susurró acariciando con el dedo gordo la parte interior de la muñeca de Ha-joon.

—Y yo a ti, tonto.

Nina les sirvió un Tikka Masala vegano de tomate especiado con una pinta increíble y llenó media copa de vino tinto al coreano. Añadió un par de botellas de agua al menú y unas arepas paisas.

—Qué aproveche a la bonita pareja —dijo Nina, cosa que sorprendió a Ha-joon.

—No te reconozco... —bromeó él.

—Es que hoy me vas a pagar. Y... —dudó un poco en decirlo— para qué negarlo, tu ex me caía como el culo y jamás te miró como lo hace este chico, con devoción absoluta.

Luego se fue a atender más comensales, dejando a ambos con el corazón calentito.

—Cada día me sorprende más. No sé si te lo dije, pero mi hermana le regaló un anillo de pedida en Navidad. Así que, ¿serás mi acompañante en la boda? ¿Me harás ese honor?

—Dios Santo, claro que sí. Dale la enhorabuena a Maggie de mi parte, al irnos se la daré a Nina.

—Mis padres quieren conocerte a ti y a tu madre. Somos católicos, por lo que celebramos el día de los Tres Reyes Magos, que es el 6. Ese día no he dado citas en consulta, lo tomaré de descanso.

—¿Os hacéis regalos también?

—Sí, y comemos el King Cake, que es un dulce en forma de rosca, relleno, con frutas escarchadas por encima. —Ha-joon se echó a reír—. ¿Querréis veniros por la tarde?

—Me da mucha vergüenza conocer a tus padres, pero será un honor.

Ha-joon le apretó más la mano. Después de eso, comenzaron a comer.

oOo

Tras un datáfono que no funcionaba y no poder pagar la comida en metálico, cortesía de Nina, la pareja volvió a la consulta. Ha-joon tenía nuevas citas por la tarde.

—Una última cosa, Toby. —Ha-joon detuvo a este cuando iba a marcharse. Le colocó bien la bufanda aguamarina que le había regalado y posó las manos sobre su anorak—. El decano de la UCLA me ha escrito, otra vez, para invitarme a dar unas charlas sobre mi campo, la Psicología Social. No estaba preparado para ir, pero... ¿Ves posible acompañarme? Gastos pagados por la universidad.

—¿A Los Ángeles? —Toby sintió un cosquilleo de emoción por todo el cuerpo—. Por supuesto. Pero ¿cuándo? Tengo que pedir permiso a Lionel y a Amanda.

—En febrero, los días 22 y 23, que caen en jueves y viernes.

—De acuerdo, hoy hablaré con ellos, y también con mi madre sobre la tarde del día 6.

El coreano asintió y se despidieron con un buen beso.

Cuando Toby salió, Ha-joon se sentó en el sofá de la salita de espera, con las piernas hechas de goma. Estaba viviendo un sueño vertiginoso porque, al revés que con su ex marido, lo de Toby iba muy rápido. Y, a pesar de ello, no sintió más dudas ni miedos estúpidos.

Recordó las palabras de Nina: «Jamás te miró como lo hace este chico, con devoción absoluta».

Si los demás lo percibían así, ¿quién era él para no creerles?

oOo

El día 6 llegó y Margie se volvió a vestir con su prenda roja, regalo de Toby, y que le quedaba como un guante. Hacía muchos años que no se sentía guapa.

—Mamá, vamos a llegar tarde. —Cuando la vio se quedó estupefacto—. Joder, estás espectacular. ¡Más que en Fin de Año!

—¿Tú crees? Ay, gracias, cariño.

—Cualquier día me presentas a un novio y me tengo que poner en modo padre.

—¡No digas tonterías! Con 55 años qué novio me voy a echar.

—Ah, no sé. Pedro se pasa más tiempo en la cocina hablando contigo que ayudándome con los caballos —dijo refiriéndose al chileno guapo que trabajaba de forma externa y era su compañero de tareas.

—¡Pero si es más joven que yo! —puso de excusa—. Tiene 48 años.

—Y está bien bueno. Menuda planta y en forma.

—Eso no te lo niego.

—Me hace la pelota todo el tiempo. Quiere algo contigo. Bueno, ya no digo nada más, tú

misma.

—¿Y te parecería bien?

Tobby la abrazó contra él.

—Por supuesto. Otra cosa sería que te hicieran daño de nuevo. Le reviento la cabeza al que lo intente —dijo en tono muy serio.

—No te preocupes, ahora ya sé defenderme. Y ver que te has hecho un hombre que puede cuidarse solo me ha dado mucha tranquilidad.

—Lamento haber sido tan imbécil, egoísta y niñoato...

—No. La culpa es toda de tu padre y nadie me hará cambiar de opinión.

—¿Dejó de llamarte e intentar hablar contigo, verdad? Porque estoy listo para decirle cuatro cosas...

—Sí, hace ya un mes que no sé nada de él. Por fortuna... Estuve a punto de cambiar de teléfono. Olvidate, no creo que nos moleste más.

Se quedaron abrazados un rato y acto seguido partieron hacia casa de los Anderson.

oOo

Estos los recibieron con gran alegría y cariño. Tobby se sintió muy a gusto desde el primer momento, en una casa de estilo clásico, tres pisos y con mucho encanto, rodeada de pinos, situada al este de Quincy.

El árbol de Navidad seguía encendido y al lado, sobre una mesita, estaba el pequeño belén, con su pesebre, María, José y el bebé Jesús, los tres Reyes Magos, angelitos y pequeños animales.

El joven se imaginó a Ha-joon allí viviendo de niño, sobre todo cuando vio sus adorables fotografías infantiles sobre la chimenea, en marcos dorados.

—Eras una cucada, Ha-joon —comentó para vergüenza de este.

—¿Verdad? Aquí tenía tres añitos, justo cuando nos lo pudimos traer de Corea —dijo la madre del psicólogo—. Debía ser 1982, aproximadamente.

—Madre mía, yo no estaba ni en proyecto.

—Tenía 14 años, hijo. Claro que no estabas ni en proyecto —bromeó Margie.

—Y yo 9 —añadió Nina—. Cómo pasa el tiempo...

—Estáis estupendas —les dijo Maggie, mirando a su prometida con mucho amor.

—Ahora las diferencias de edad no son como antes.

Ha-joon miró a Tobby con una sonrisita y este se la devolvió.

—Bueno, dejémonos de fotos y comamos ese roscón, que tiene una pinta increíble. ¡Lo ha hecho Nina! —los espetó Anthony, instándolos a sentarse alrededor de la mesa de la caldeada salita.

—¿De verdad? Oh, yo también soy cocinera en el Rancho Green. Un día tengo que ir a cenar a tu restaurante. Nunca he probado la comida vegana, pero Tobby dice que está deliciosa.

—Será un placer, Margie —dijo Nina con mucha educación—. ¿Vendrás con acompañante?

—Quién sabe... —dejó caer, pícara.

La enorme rosca tenía azúcar por encima, frutas escarchadas y estaba hecha de forma vegana, sin lácteos ni huevo y rellena de trufa.

Tobby salivó solo verla y mordió su pedazo con gran satisfacción. Luego le echó un trago a su

café con leche.

—Es una maravilla... —dijo con la boca llena para risa de Ha-joon, que también le hincó el diente a su trozo.

Ver comer dulces a Ha-joon ponía muy tonto a Toby, pero supo contenerse, carraspeando al pensar en todo lo que le quería hacer aquella noche. Este le había dicho que se podían quedar a dormir y ardía en deseos de compartir cama con su estufita.

—Toby me ha dicho que os vais a casar. ¿Para cuándo? —preguntó Margie a las dos mujeres comprometidas.

—¡En junio! —la informó Maggie, muy emocionada con el enlace—. Hemos ahorrado estos años para comprar un pequeño terreno en Quincy, por eso no vivimos juntas aún. Dentro de un par de meses, cuando mejore el tiempo, comenzarán las obras de la casa y nos casaremos en el jardín.

Toby se preguntó cómo sería compartir su día a día con Ha-joon. Se moría de ganas. Pero no era algo que se pudiese tratar con ligereza y menos cuando llevaban tan poco de relación.

El coreano le miró. En su rostro había una sonrisa preciosa. Se notaba que escuchar a su hermana le hacía feliz.

—Ha-joon, se me ha olvidado decírtelo, pero no tengo problema en acompañarte a Los Ángeles. Lionel me ha confirmado hoy que me da esos días de vacaciones.

—Uy, ¿de qué habla Toby? —indagó Alice mirando a su hijo mayor.

—B-bueno, me han invitado a dar unas charlas en el simposio anual de psicología que ofrece la UCLA a sus alumnos.

—¡Eso es genial! Entonces, ¿iréis juntos?

—Sí, eso parece... —Ha-joon asió la mano de Toby con fuerza y sonrió más.

—Pues nos alegramos mucho, porque...

—Papá... —susurró Ha-joon con el ceño fruncido.

—No pasa nada, hijo. Es normal que tuvieras miedo.

—¿Por qué tenías miedo, Ha-joon? —indagó Toby.

El coreano suspiró, un poco enfadado con su progenitor.

—Porque probablemente aparezca mi ex... Y por eso el decano ha estado insistiendo ya que le había dicho que no en dos ocasiones.

Toby no dijo nada, pero le soltó la mano a Ha-joon, un poco molesto. De alguna forma sintió que este lo estaba utilizando, aunque no fuese de mala fe.

Ha-joon lo notó de inmediato y sintió que Toby se merecía una explicación y unas disculpas.

—Ay, casi me parto un diente. ¿Qué esto? —preguntó el joven mientras sacaba de su pedazo de rosca una figurita envuelta en plástico transparente.

—¡Te ha tocado la figurita! ¡Eso es bueno! —dijo Nina.

—Oh... ¿Me la puedo quedar? —La miró: se trataba de un pequeño Rey Mago—. De recuerdo...

—¡Claro que sí, muchacho! —Anthony le palmeó en el hombro—. Y bienvenido a la familia. A ti igual, Margie.

—¡Gracias! —Esta se puso muy contenta.

Toby también, por eso sonrió, aunque siguiera molesto con Ha-joon.

oOo

Mientras el resto siguió departiendo con alegría, Toby se puso en pie y miró la foto de los padres biológicos de Ha-joon. Este se colocó a su lado y posó la cabeza en su hombro.

—Perdóname...

—¿Por qué?

—Por no haberte dicho que Nataniel iría a la UCLA... —musitó—. Lo presupongo porque íbamos siempre ambos a dar esas charlas.

—Me he sentido un poco utilizado. Como si me llevases contigo por las razones incorrectas.

—Lo sé... Y algo de verdad hay en ello, pero no es lo que crees.

—Entonces explícamelo, por favor —le susurró sobre el pelo, pasándole el brazo por los hombros. Ha-joon le rodeó la cintura con ambas extremidades.

—Me negaba a ir porque suponía que él acudiría, como te he dicho. Pero al aparecer tú en mi vida, y significar lo que significas para mí, me ha dado la fuerza necesaria para hacer frente a ese desgraciado —en el tono de su voz se pudo adivinar rencor—. También quiero restregarle por la cara que estoy con un chico guapo como tú, para qué negarlo.

Ha-joon miró a Toby, que sonrió de lado.

—Eres un poco malo en el fondo... Pero me gusta eso de restregárselo.

—También me muero de ganas de hacer un viaje contigo, los dos solos, y pasear por la playa... ¿Lo entiendes ya? Perdóname...

—Sí. Te perdono. —Se inclinó para besar sus labios sonrientes.

Después miraron de nuevo la foto.

—Son mis verdaderos padres. Por desgracia no tengo recuerdos propios de ellos. Todo lo que sé me lo han contado mis padres adoptivos, a los que considero los de verdad. Durante un tiempo me sentí fatal por ello, porque murieron...

—¿Tuvieron un accidente?

—Los mataron... —susurró Ha-joon con una pena tremenda.

—¿Qué? Pero...

—Vayamos a mi pequeño hogar, arriba, y te lo cuento.

Dejaron a los demás abajo, riéndose y tomando el roscón, subiendo a lo que antes era el desván.

—Vaya, qué bonito lo has dejado, cariño. Y no hace frío...

—Hay un sistema de calefacción por toda la casa, lo pagué yo cuando llegué porque no quería morirme congelado este invierno. Y después dejé esto a mi gusto.

El tejado a dos aguas caía a ambos lados. Una ventana, por la que pasaba la luz de la luna, daba a la parte trasera de la casa. La cama estaba debajo: era amplia y tenía pinta de cómoda. A la derecha descansaba un escritorio de madera antiguo y una butaca. A la izquierda una pequeña librería y un armario para la ropa.

—No es gran cosa, pero estoy feliz de cómo ha quedado al final.

—Se respira tu esencia, Ha-joon. Por eso también me gusta.

Se sentaron en la cama, el uno frente al otro. Toby lo asió por sus masculinas manos, un poco más pequeñas que las suyas.

—Voy a contarte lo que les pasó...

—Te escucho.

—Mis cuatro padres se conocieron en la UCLA. Mi madre biológica, Keun Ji-hyun, poseía una gran inteligencia. Estudió medicina, más concretamente neurología. Venía de una familia con dinero, así que no fue un problema mandarla aquí. Mis padres, Anthony y Alice, la conocieron y se la presentaron a Park Seong-jin, un compañero suyo de facultad. Se enamoraron a primera vista. Seong-jin era de una familia más pobre. Mis abuelos, por desgracia, se habían quedado atrapados en Corea del Norte, así que vivió con una tía suya que murió antes de que la UCLA lo becara. La familia Keun no vio con buenos ojos que su hija mantuviera una relación con alguien así, por lo que, cuando volvieron ambos a Corea, les dieron de lado.

—No lo entiendo...

—Era otra época, Bobby. Querían que ella se casara con el hijo de una familia rica, tan simple como eso. Pero al estar embarazada de mí no pudieron hacer nada al respecto, por mucho que intentaron que abortara y dejase a mi padre.

—¿Y cómo los... mataron? —Tragó saliva con angustia.

—En la masacre de Gwangju. Intentaré resumir el estado político de entonces: en 1979 el director de Inteligencia Coreana asesinó al presidente que llevaba 18 años de mandato, porque lideraba un régimen autoritario. Eso hizo que la población quisiera que se democratizara Corea del Sur. Profesores y estudiantes, entre los que mis padres se encontraban, hicieron manifestaciones. En mayo de 1980, en la ciudad de Gwangju, las fuerzas del orden y todas estas personas que querían libertad se enfrentaron y hubo una masacre. Mis padres fueron abatidos por el ejército.

Tobby se puso blanco como el papel.

—Joder... —Se le llenaron los ojos de lágrimas y, por consiguiente, a Ha-joon también.

—La familia Keun no quiso saber nada de mí, por supuesto. Y no había ya familia Park. Así que los Anderson, que habían sido mis padrinos cuando nací, ya que siguieron manteniendo una sólida amistad con los Park hasta el día de su muerte, intentaron por todos los medios adoptarme, hasta que lo consiguieron.

En ese punto, Ha-joon estaba sollozando como nunca antes en su vida al contar todo aquello. Siempre había mantenido una postura distanciada, para no sufrir, pero con Tobby fue incapaz de fingir más.

Este lo abrazó con fuerza contra sí y dejó que se desahogara. Pasaron unos minutos antes de que el psicólogo recobrara un poco la compostura.

—Soy Park Ha-joon de nacimiento. Hasta ahora no lo había querido recordar así, pero ahí están mis raíces. Tal vez, algún día, sea valiente y visite sus tumbas.

—Lo podrás hacer y estaré contigo. No importa los años que pasen hasta entonces. Te tomaré de la mano e iremos a presentarles nuestros respetos.

Ha-joon sonrió, asintiendo.

—Te quiero, Park Ha-joon Anderson.

—Y yo a ti, Tobbias Tylor.

Se fundieron en un tierno abrazo.

—Tengo un regalo para ti, mi amor —susurró el coreano poniéndose en pie. Fue hasta el cajón de su escritorio y sacó un paquete envuelto en papel azul índigo.

—¿Y esto? —Lo abrió y sonrió—. *Jane Eyre*. Gracias... —Se adelantó para darle un beso.

—La protagonista también era una niña sin padres que llegó a dar clases... Pensó que jamás encontraría el amor verdadero tras grandes decepciones, pero...

—No me lo cuentes o te lo tiro a la cabeza —bromeó Toby.

—Tienes razón, descúbrelo tú solo.

—Yo también tengo un regalo para ti... —El joven sacó un folio plegado del bolsillo trasero del pantalón—. No lo leas en este momento, solo cuando yo esté dormido. Me da mucha vergüenza porque soy consciente de que carezco de la capacidad, ahora mismo, para plasmar lo que tengo en mi mente. Solo son sombras de mis ideas...

Ha-joon asió el papel y lo guardó bajo su almohada, luego besó a Toby con fuerza y anhelo. Lo miró con sus ojos negros y rasgados para después fundirse de nuevo con él atrapando su boca anhelante.

Aquella noche sería especial, volvería a compartir su cama con un hombre, el que esperaba que se quedara con él el resto de la vida que tenía por delante.

oOo

Tras una noche juntos, dándose amor y sexo, Ha-joon observó de nuevo a Toby dormitar. Emitía un leve ronquido que le pareció muy gracioso.

Sacó el papel plegado en dos y lo abrió. Toby había escrito algo en él, a mano. Su letra era simple y clara, fácil de leer, así que se dispuso a ello bajo la luz de la lamparilla:

Ven, mi rayo de luna, corramos por este palacio en ruinas.

No tropieces con las desgajadas piedras, ni con las columnatas agrietadas por el paso del tiempo. Recorramos la galería, cogidos de la mano, guíame en una oscuridad donde solo tú eres reluciente.

Tengo miedo de este lugar solitario porque es insensible y feroz, tan inmenso como ninguno, tan decadente como cruel.

Ven, mi rayo de luna, avancemos hasta llegar a mis estancias privadas.

Coge esos libros, avivemos el fuego con ellos. No importa, ya los he leído. Hace frío dentro de mí, solo tú me caldeas.

Ven, mi rayo de luna, dancemos por los desvaídos salones.

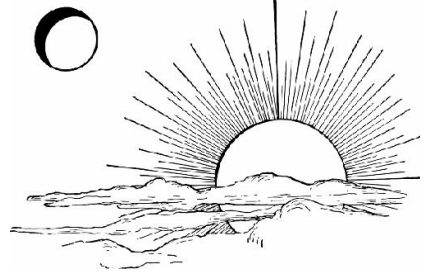
Baila conmigo sobre mosaicos sin color, entre desgarradas cortinas de desgastado terciopelo, sorteando muebles astillados y violines rotos que ya no suenan.

Ven, mi rayo de luna, subamos a la torreta más alta que queda, esa que se mece con el gélido viento, a punto de caer siempre.

Observa: las ratas, los pájaros y la hiedra han destruido las tejas del palacio.

Ven, mi rayo de luna, a presenciar cómo el astro rey sale de su escondite en lontananza.

Entonces es cuando te desvaneces y me dejas, cuando el palacio se desploma del todo hasta hundirse y destruirme.



Sin ti, mi rayo de luna, no vale la pena seguir en este mundo solitario que es mi corazón.

Ha-joon se quedó sin palabras. Abrazó a Toby con fuerza. Este se despertó un momento y le miró en la semioscuridad de la estancia. Sonrió y volvió a irse con Morfeo.

—Cariño mío, este rayo de luna nunca te dejará caer...



>Décima Sesión<

«¡Toda una oleada de sexos flotaba en el aire! ¡Por todas partes! ¡Inevitable...! ¡Para quien lo quisiera! ¡Andaba por la calle, con el mayor atrevimiento! ¡Te lo encontrabas en todas las tiendas! ¿Qué podía hacer en estas circunstancias un hombre joven? Técnicamente, le había sido infiel a su esposa. Sí, desde luego... Pero ¿quién podía permanecer monógamo bajo los efectos de esta auténtica marea de concupiscencia que estaba barriendo el mundo? ¡Santo Dios! No se le podía exigir a un Amo del Universo que se comportara como un santo, al fin y al cabo...

Era inevitable.»

(*La hoguera de las vanidades*. Tom Wolfe)

El mes y medio pasó muy rápido y llegó el momento de viajar hasta Los Ángeles. Ha-joon terminó de dar consulta sobre las 12:00 horas y se despidió de Rachel en cuanto Toby llegó para recogerlo. Debían acudir al Aeropuerto Internacional de Reno-Tahoe, en el estado de Nevada. No se tardaba demasiado, unas dos horas en coche por la C-70 empalmado con la US-395. Después les esperaba un vuelo de hora y media hasta el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles.

—Bueno, nos vamos, Rachel —dijo Ha-joon asiendo su maleta de mano por el asa.

Toby se fijó en que la chica tenía *Jane Eyre* encima de su mesa y se sonrió. Al final Zac se había atrevido. Le costó mucho hacerle entender que comportándose de una forma más adulta era la única manera de que ella lo tomará en serio, al menos como un buen amigo en el que confiar.

—¿Qué vas a hacer durante estas pequeñas vacaciones? —le preguntó el rubio.

—Ir al cine con Zac. Fue muy majo, me regaló este libro que, casualmente tú sabías que me faltaba, y algunos caramelos. Va, no os hagáis los tontos cuando sabéis perfectamente todo.

—No, de verdad que lo del cine no lo sabíamos. No le rompas mucho el corazón al pobre chico —le pidió Toby—. Al menos sed amigos.

—Por supuesto que seremos amigos. Y hasta ahí puedo decir. Idos ya, venga. Pasadlo bien en Los Ángeles.

—Adiós, Rachel —se despidió su jefe.

—Adiós, doctor. Adiós, Toby.

Salieron y caminaron tomados de la mano hasta la ranchera de Toby, la cual dejarían en el parking del aeropuerto.

—¿Estás nervioso? —le preguntó Ha-joon al hombre cuando se pusieron en marcha.

—Sí... Sabes que me siento un poco inferior intelectualmente. Bueno, mucho.

—¡Toby! —chistó su pareja—. Cada persona tiene sus habilidades, te lo he dicho mil veces. Aquello va a estar lleno de profesores, alumnos, gente interesada en el tema... Pero no eres menos que ninguna de esas personas. Además, se te da muy bien escribir.

—No es verdad... —susurró avergonzado mientras se incorporaba a la C-70.

—Sí lo es. Me encantan tus cuentos.

—Bueno, he mejorado un pelín gracias a tus apreciaciones y a que me he esforzado mucho.

—Yo sí que estoy de los nervios... —cambió de tema.

—¿Por si ves a Nataniel?

—Es que lo voy a ver. Me lo ha confirmado hoy un colega de Harvard, el único que se quedó a mi lado cuando Nataniel me hizo aquella guarrada de adúltero. Se llama John, es buena gente.

—Yo jamás te sería infiel. Creo en las relaciones cerradas. Acepto las de otro tipo, pero no van conmigo.

—Solo quiero respeto, Bobby. Si en algún momento te sientes atraído por otro, dímelo. Nunca se sabe lo que puede pasar, por muchas buenas intenciones que tengamos en mantener esta relación.

—Te respeto desde que puse el pie en tu consulta y así seguirá siendo. En cuanto a que me sienta atraído por otros... Bueno, lo mismo te digo.

—Cuando amo a alguien no existe nadie más para mí. Así que, cariño, solo tengo ojos para ti.

Tobby se echó a reír de forma tonta.

—¿Seguro que no le miras el culo a nadie más?

—¡Vete a la porra, anda! —le espetó en tono de mofa—. Con lo romántico que me había puesto.

—Eso para esta noche cuando lleguemos al hotel, me cortejes en la cena y luego me hagas el amor con dulzura.

Ha-joon se sonrió, pícaro. La que le esperaba a Tobby iba a ser buena.

oOo

El vuelo fue bien: Tobby estuvo leyendo un poco en su *eReader*, más concretamente *La hoguera de las vanidades*, y Ha-joon echando una cabezada ya que apenas había pegado ojo, con los AirPods puestos y escuchando a Nirvana a todo trapo.

Aterrizaron sobre las 18:00 horas, cogieron un taxi y este los trasladó hasta el hotel Gateway Los Ángeles, donde se hospedarían todos los invitados al simposio.

Tobby notó el nerviosismo de Ha-joon mientras hacían el *check-in* e intentó tranquilizarlo.

—¿Por qué no llamas a tu amigo? Así sabrás si tu ex anda por aquí.

—De acuerdo. Pero vámonos primero a nuestra habitación, necesito darme una ducha relajante o me va a estallar la cabeza.

Subieron hasta la cuarta planta y entraron en la 403. La estancia era amplia, con dos camas grandes pegadas, de cobijas blancas. La moqueta era gris y contaban con un sofá, una televisión sobre un escritorio y un baño completo con bañera de hidromasaje.

—Ahí cabemos ambos... —musitó Tobby, mordiéndose el labio inferior y ya pensando en todas las guarradas que le iba a hacer a su pareja, rodeados de espuma y burbujitas.

—Vale, pero ahora voy a ducharme yo solo.

Ha-joon se quitó la ropa, angustiado. No pensó en que le fuera a dar un ataque de ansiedad. Creía que lo tenía superado.

El agua caliente recorrió su cuerpo, relajando los músculos y suavizando la tensión. Estuvo cerca de media hora, hasta que la piel le escoció por el calor.

Tobby lo esperó fuera, ya con la ropa metida en los armarios empotrados y las maletas guardadas.

—Te ha sonado el móvil. Era John, pero no lo he cogido, por supuesto. ¿Estás bien? —

preguntó con tono preocupado—. Tienes la piel toda roja... —Se la acarició con mimo.

—Me ha dado un ataque de ansiedad, pero me encuentro un poco mejor, cariño. No te preocupes... ¿Vale?

—Sí me preocupo...

Ha-joon suspiró.

—Voy a llamar a John.

Se sentó en la cama con la toalla alrededor de las caderas mientras Toby se dejaba caer sobre el sofá, observando lo sexi que era aquel hombre. Pensaba hacerle de todo esa noche.

El amigo del coreano respondió bastante rápido.

—¡Ha-joon! ¿Ya estás en el hotel? —su voz era vivaz y hasta Toby la escuchó.

—Sí. ¿Y tú? —preguntó con ansia.

—Sí, sí. Estamos... Ya me entiendes. Pero ha bajado al bar a tomarse unas copas.

—¿Sabe que estoy invitado?

—Sí, se ha enterado al leer el programa. Me ha dicho que quiere verte porque le has bloqueado por todas partes.

—Qué cara tiene...

—Harvard ha hecho la vista gorda, porque ningún estudiante involucrado ha interpuesto una queja. Supongo que tienen miedo de salir perjudicados de todo este asunto y perder sus becas, créditos y etcétera.

—Encima se sale de rositas. Es indignante... —siseó.

—Bueno, pues que sepas que pretende hablar contigo.

—Gracias por avisarme, eres un buen amigo. Te echo de menos.

—Y yo, Ha-joon. Eres el único hombre íntegro que conozco.

—¿Qué tal tu mujer? ¿Ha venido?

—No ha querido acompañarme. Le cae mal Nataniel, ya lo sabes, por lo que te hizo. Así que no lo puede ver ni en pintura.

Ha-joon se carcajeó.

—Bien, ya somos dos en ese club.

—Tres —admitió John.

—Cuatro —añadió Ha-joon.

—¿Cuatro? No te entiendo.

—He venido con alguien... Ya te lo presentaré.

—¡Pero eso se cuenta antes, bandido! —gritó al otro lado.

—No digas nada a Nataniel, ¿de acuerdo? Quiero ver su cara de pasmo absoluto.

—Dios me libre, yo también la quiero ver. —Se carcajeó de buena gana durante un buen rato.

—¿En qué habitación estás?

—En la 308. El mueble bar para mí solito.

—¿Y ese desgraciado?

—En la 310, también solo.

—Perfecto. Nos vemos mañana en la universidad. Qué descanses.

—Te diría lo mismo, pero aprovecha con ese hombre misterioso.

Ha-joon sonrió y miró a Bobby. Este le devolvió la sonrisa.

—Siempre lo hago.

—Hasta mañana, Ha-joon.

El coreano colgó y echó a un lado el teléfono, un poco más tranquilo.

—¿Mejor después de charlar con tu amigo? Habla tan alto que me he enterado de toda la conversación.

—Bobby, ven aquí —le dijo haciéndole un gesto con el dedo y destapándose del todo.

Este se puso de rodillas entre sus piernas y besó sus muslos suaves y carentes de vello. Lamió su pelvis y recorrió con la lengua toda la envergadura de su sexo. Lo sintió duro de inmediato, así que se lo metió en la boca mientras Ha-joon lo asía con fuerza del cabello y empujaba hacia arriba.

—Quiero que te lo tragues todo, ¿me oyes? Es tuyo y solo tuyo.

Bobby se excitó muchísimo, así que se abrió el pantalón para poder masturbarse a conciencia.

Ha-joon gimíó de pura lujuria, expulsando toda aquella ansiedad acumulada. Estaba tan cachondo que no tardó mucho más en derramarse dentro de la boca de Bobby. Este también se corrió, escondiendo el rostro caliente en una de sus ingles, mordiendo la ardiente carne con olor a sexo y jabón.

—Bobby... Si te pido algo, ¿lo harías por mí? —preguntó.

—Sabes que sí, cualquier cosa.

Ha-joon se sonrió y fue desnudando a Bobby poco a poco. Cuando ambos estuvieron en igualdad de condiciones lo tendió sobre la cama y se acurrucó contra su cuerpo cincelado y perfecto.

—Quiero vengarme... —susurró mirándolo a los ojos.

—¿De tu ex?

—Sí. Y se me ha ocurrido una forma. Pero te necesito. A cambio pide lo que te apetezca.

—Tengo un hambre de lobo.

—¿Dónde quieres cenar? —le acarició el cabello rubio mientras le preguntaba.

—Que nos suban la cena. Hoy de aquí no salimos —susurró con lascivia.

—Me parece bien...

—Y ahora cuéntame tu maquiavélico plan, cariño.

Ha-joon sonrió y comenzó a relatarle sus maliciosas intenciones.

oOo

Por la mañana, y tras una noche de sexo salvaje donde no tuvieron que reprimir ni un solo jadeo de placer, desayunaron también en la habitación con tal de no encontrarse con Nataniel antes de tiempo.

—¿Voy bien así vestido? —Bobby se observó en el espejo interior del armario.

Llevaba puestos unos pantalones de corte chino y tela gris oscura. Sus zapatos eran elegantes, terminados en punta y de color negro.

Ha-joon terminó de abotonarle la camisa azul claro, a juego con sus ojos, dejando el cuello abierto por el que se podía entrever un poco el vello corporal del hombre. Luego le subió las mangas, doblándolas sobre sí mismas.

—Estás para comerte. Qué guapo eres —susurró peinándole el flequillo hacia un lado.

—Me siento raro...

—Es normal. No te preocupes que no desentonas en absoluto, al contrario.

Tobby le dio un beso en los labios, sujetándolo de las mandíbulas.

—Pase lo que pase hoy, recuerda que te quiero mucho y que lo eres todo para mí.

—Y tú para mí, *jagi*.

El texano le hizo el nudo de la corbata a Ha-joon y lo ayudó a ponerse la parte de arriba de su traje de chaqueta.

—¿Vamos?

Tobby asintió en silencio y ambos salieron de la habitación, compinchados.

Durante el viaje en taxi, Ha-joon llamó a su amigo y le contó sus planes. Este le prometió que lo ayudaría de buena gana.

Llegaron a la Facultad de Psicología de la UCLA y se separaron sin decirse nada, solo guiñándose los ojos.

Mientras Tobby buscaba la sala donde impartiría su charla el doctor Nataniel Sanders, Ha-joon se fue a presentarse a sus colegas de simposio. Incluso desvirtualizó a algunos y acabó por dar con John.

—¿Estás bien? —le preguntó su amigo.

—Nervioso por encontrármelo, pero mejor que anoche.

—¿Y tu amigo? Quiero conocerlo.

—Ya se ha ido a lo que te dije... Y no es solo mi amigo, es mi pareja.

John tuvo que aguantar una buena carcajada y palmeó la espalda de Ha-joon, divertido.

—Yo esto no me lo pierdo.

oOo

El lugar estaba abarrotado de estudiantes, ponentes, profesores y oyentes. El aforo era limitado para cada charla, por lo que Tobby fue rápido y se sentó en primera fila, aprovechando que había llegado antes que nadie al ir con Ha-joon. Poco a poco se fue llenando y un hombre maduro, alto y delgado, se colocó tras el atril. Iba bien vestido, como pedía la ocasión, con el cabello castaño un poco largo, por encima de los hombros y gafas de pasta sobre una nariz muy griega.

Ese era Nataniel Sanders, el ex marido de su Ha-joon. No vio en él nada destacable, o tal vez estuviera cegado por el asco que le tenía, pero no le gustó. Ha-joon era infinitamente más atractivo.

Intentó prestar atención a su charla, algo sobre la Psicología Clínica y los avances del último año en ese campo, pero se aburrió como una ostra. No le pareció un buen orador, más bien el pedante más grande de la historia de la psicología.

—La terapia de pareja es muy importante, como indico en mi libro *Terapia para parejas difíciles*. Orientar y ayudar a las parejas en conflicto, o que pasan una crisis, a resolver sus diferencias y lograr recuperar una convivencia feliz. Esto es indispensable y me congratulo de poder afirmar que he ayudado a cientos de personas a salir adelante, bajo el respeto mutuo y la complicidad.

«Su puta madre, qué huevos tiene el cabrón», pensó Tobby, sentado allí mirándolo incrédulo.

Durante la hora entera que duró su aburrida charla sobre lo genial que era él mismo, y las virtudes de aquella publicación, varios estudiantes se acercaron para que les firmase su libro.

Observó que se podía comprar allí mismo, así que fue veloz para hacerse con un ejemplar. Ya lo quemaría después en algún ritual satánico.

Esperó su turno y se presentó ante Nataniel con su mejor sonrisa y una fingida educación superior. Como era de suponer, el doctor se quedó impactado al ver a semejante ejemplar masculino, joven y guapo a rabiar.

—Doctor Sanders, he viajado desde Dallas solo para poder escucharlo y que me firmase su libro. No estudio psicología, pero admiro firmemente su trabajo. Un ejemplar de este magnífico libro ayudó a mis padres en su crisis matrimonial.

—Vaya, ¿y te llamas...?

—Tobbias Tylor, señor...

—No me llames señor, por favor, no soy tan mayor. —Nataniel le firmó el libro intentando alargar el rato con él.

—Me han dicho que los invitados a las charlas se hospedan en el Gateway. ¡Y es una coincidencia! Porque yo también estoy allí.

—¿En serio? Tal vez nos veamos esta noche en el bar, nunca se sabe... —Deslizó la propuesta con sibilinas intenciones mientras terminaba de firmar el libro—. Muchas gracias, Tobbias...

—Un placer. —Tobby asió el libro rozándole la mano a propósito y luego le regaló una sonrisa pícara y una mirada sexy.

Bajó las escaleritas y se giró para comprobar que Nataniel seguía mirándolo; le pilló observándole el culo. Le volvió a sonreír y se marchó.

Mientras abría el libro para leer la dedicatoria, no pudo reprimir una sonrisa triunfante.

Dedicado a mi querido Tobbias, el de los preciosos ojos azules.

Dr. Nataniel Anderson

Habitación 310

—Gilipollas predecible...

Después de eso corrió a la sala donde estaba dando la charla su coreano ardiente.

Se tuvo que quedar de pie, al fondo del todo. El recinto estaba abarrotado hasta los topes y eso le dejó impresionado. Ha-joon proyectaba muy bien su voz, de forma calmada y dando explicaciones concisas. Le escuchó henchido de orgullo.

—Por supuesto, el narcisismo no está directamente vinculado con la posición socioeconómica del individuo, sino con la autopercepción de uno mismo. La verdadera esencia del Trastorno Narcisista de la Personalidad radica ahí: la persona narcisista está absolutamente convencida de que uno mismo es superior a las demás personas y no ve a nadie por encima de él, pero sí coloca a todos por debajo. En términos más técnicos; el narcisismo se caracteriza por ser un patrón general de grandiosidad, escasa empatía en las relaciones personales y necesidad de admiración constante. Esta alta confianza en sí mismos que tienen los narcisistas no les convierte en mejores personas, necesitan considerarse siempre en un plano superior a otros y carecen de un interés auténtico por los demás. No les preocupa lo que pueda sucederles, sino que focalizan toda su atención en sí mismos. Consideran a su grupo afectivo, familia, pareja o amigos, como satélites que orbitan a su alrededor porque de ellos reciben halagos que ratifican una endiosada autopercepción. Necesitan, se nutren, de esos admiradores como una especie de vampiros energéticos.

Tobby sabía muy bien porqué había decidido versar sus charlas sobre el Trastorno Narcisista.

Nataniel Sanders, al que acababa de conocer, era uno de manual. Solo lamentó que alguien tan inteligente como Ha-joon hubiera sido un satélite de aquel cabronazo insufrible.

—¿Habéis leído o visto *La hoguera de las vanidades*? —preguntó Ha-joon al público. Muchos respondieron que sí—. Bien, es un buen ejemplo de lo que pretendo explicar. Su protagonista es exitoso, tiene el afecto de su esposa, no necesita de nada más, excepto de más poder, más dinero, más amantes, más sexo, más acólitos. Se considera a sí mismo el «Dueño del Universo». Por supuesto, esto no es así y su vida da un giro inesperado. Pero no os haré un *spoiler*, lo prometo, porque hay alguien por aquí escuchándome que está leyendo la novela y me la tiraría a la cabeza —después de decir eso, Ha-joon se rio y todos le aplaudieron entre risas también.

Tobby aplaudió y silbó desde el fondo con mucho entusiasmo. Tuvo que esperar con suma paciencia a que Ha-joon firmase varios libros académicos y revistas donde había publicado distintos artículos. También permitió que se hicieran fotos con él, sobre todo un montón de mujeres. Se hubiera puesto celoso de no ser porque confiaba plenamente en él.

Cuando se acercó le dio un papelito que Ha-joon leyó divertido:

«Doctor Anderson, estoy en la 403 del hotel Gateway. Le espero esta noche para que me dé clases prácticas de sexología».

—Misión cumplida... —le susurró antes de darse la vuelta y salir de la sala bajo la atenta mirada de unas cuantas estudiantes que hacían cola también.

Ha-joon sonrió para sí, satisfecho.

John se acercó a él con la boca abierta.

—¿Ese chico es tu pareja?

—Sí —afirmó orgulloso.

—Mira que no me van los hombres, pero menudo chulazo te has buscado.

Ha-joon le regaló una carcajada.

—Ni te lo imaginas. Y, además, es inteligente aunque él no lo crea.



>Undécima Sesión<

«Ahora —murmuró el desconocido—, adiós, bondad, humanidad y gratitud..., adiós, todos los sentimientos que ennoblecen el alma. He querido ocupar el puesto de la Providencia para recompensar a los buenos..., ahora cédame el suyo el Dios de las venganzas para castigar a los malvados.»
(*El conde de Montecristo*. Alexandre Dumas)

A Ha-joon le llegó el temido momento en el que se cruzó con Nataniel.

A pesar de ello, aguantó el tipo porque el plan estaba en marcha e iban a reírse de él entre los tres.

—Jon... —musitó Nataniel cuando ambos estuvieron cara a cara—. Por fin puedo hablar contigo.

—Ha-joon para ti, Nataniel.

—Puedes seguir llamándome Nat —susurró de forma melosa, deslizado las palabras como él solía hacer cuando quería algo de alguien.

—¿En qué te puedo ayudar? Tengo prisa —le dijo en tono cortante.

—Hablemos tomando un café, allí en la sala del *catering*... —propuso con suavidad, casi tocándole el brazo a su ex marido.

Ha-joon aceptó con la cabeza y gesto serio, apartándose. De hecho, fue delante de Nataniel porque detrás no quiso. No iba a ser su sombra nunca más.

Mientras aquel pedante traía ambos cafés, Ha-joon le esperó sentado en una mesa para dos personas. Vio por allí a John, que le hizo una señal para saber si estaba bien. Asintió con la cabeza.

Se cruzó de brazos, deslizó una pierna sobre la otra y recostó el cuerpo en el respaldo de la silla. Nataniel depositó una taza de café delante de él, con sumo cuidado. Luego se sentó enfrente.

—No estés a la defensiva, Jon —le pidió.

—No me llames así, no me ha gustado jamás. Soy Ha-joon, coreano de nacimiento.

—De acuerdo, te pido disculpas, Ha-joon —respondió en un tono condescendiente que cabreó más al hombre.

El miedo, la angustia y la ansiedad se habían convertido en odio y desprecio. No, ya no giraba alrededor de ese narcisista. De hecho, Ha-joon le observó y dejó de verlo atractivo. A pesar de tener la misma edad que él, Nataniel estaba comenzando su decadencia física.

—Venga, ¿qué quieres? —lo espetó cogiendo la taza de café y dándole un sorbo para comprobar si ardía. No se lo pareció, así que acabó por beberse el contenido de golpe y dejar la pieza de loza sobre el plato, con fuerza.

—Te echo de menos, Ha-joon... Mi vida sin ti es...

—No vayas por ese camino, porque no te creo —le cortó rápido.

—Intento aparentar lo contrario, pero estoy de capa caída... —musitó poniendo cara de pena —. Y te veo aquí, tan guapo... Eres tan guapo que...

—Tienes muchos estudiantes guapos, u otros profesores, a los que follarte. Así que no me vengas con zalamerías estúpidas, Nataniel. Me tenías solo para ti y me engañaste repetidas veces. No sé por qué estamos teniendo esta conversación tan estúpida —concluyó.

—Te fuiste sin que pudiéramos hablar, prácticamente me obligaste a firmar los papeles del divorcio. Y no me has respondido ni una sola llamada o mensaje. Sé que me has bloqueado.

—Ya, y tu narcisismo recalcitrante está herido en su orgullo porque mi vida ya no gira alrededor de la tuya. 20 años, Nataniel, 20 años tirados a la basura porque te picaba la polla.

—¿Desde cuándo utilizas ese tipo de lenguaje? Tú no eres así.

—No sabes cómo soy, no tienes ni la menor idea.

Nataniel se quedó callado unos segundos, estupefacto.

—¿Algo más que trasladarme?

—Ha-joon, te sigo queriendo. Volvamos, dame otra oportunidad. Te seré fiel hasta el final de nuestros días.

Eso dejó al coreano frío, así que no mudó su expresión adusta.

—Qué me quieres, dices...

—Te quiero, claro que te quiero. Desde el primer día que te conocí en la facultad. Solo alguien como tú, con esa inteligencia superior, podía estar con alguien como yo, nadie más era adecuado.

—Qué cojones más grandes tienes, querido.

Ha-joon se puso en pie, se enfundó en la chaqueta y se sonrió.

—Jon... P-perdón, Ha-joon... No te vayas. Escúchame, volvamos a intentarlo. Sé que en Quincy no eres feliz, en ese pueblucho tan pequeño y limitado. Harvard te espera, yo te espero en casa.

—¿Sabes? Eres un patético narcisista que no tiene nada que ofrecerme. Ah, y yo soy más inteligente que tú, por cierto. Tampoco necesito escribir un libro tan malo para que me laman el culo, ni crearme el Amo del Universo.

Nataniel entendió la referencia, herido en su orgullo. Al ver que no convencería a Ha-joon, lo atacó:

—¿Sabes por qué me aburrí de ti? Siempre tan afable, tan bueno, tan profesional, tan anodino en la cama.

Ha-joon reprimió una risa y se dio la vuelta, pero no pudo disimularla.

—A lo mejor es que no sabías tocarme. Qué te vaya bien, sobre todo cuando te des cuenta de que estás solo y te han utilizado de la misma manera que tú lo has hecho con los demás.

Después de eso se marchó, dejándolo boquiabierto.

oOo

John, Ha-joon y Bobby comieron fuera, a la vera de la playa de Venice, la más popular de LA. El día era soleado y la temperatura muy agradable. La brisa y el olor a salitre inundaron sus fosas nasales.

—Esta noche ese perverso se va a enterar de lo que vale un peine —susurró Bobby antes de dar un sorbo a su refresco—. Me parto de risa solo de pensarlo.

—Ten cuidado con él, no es tan tonto como te piensas. No bebas nada de lo que te ofrezca.

—Yo tampoco soy tonto, Ha-joon —le respondió Bobby al ver que este estaba nervioso.

—¿En serio tuvo la indecencia de pedirte que volvierais? Es que no lo trago —comentó John mientras se zampaba unos nachos con jalapeños y queso fundido.

—Te está saliendo barriga, John. No te pases —bromeó el coreano intentando relajarse—. Y sí, lo intentó.

—A mi mujer le encanta mi barriga peluda y lo que hay más abajo, no pasa nada —contestó mientras Bobby se carcajeaba y Ha-joon se llevaba la mano a la frente—. En cuanto a Nataniel... En realidad lleva como un alma en pena estos meses, desde que te fuiste. Lo que me deja descolocado es que intente engatusarte para que volváis y a la vez le deje a Bobby su número de habitación o le diga que estará en el bar esta noche.

—Le joroba que lo dejase de un plumazo y me largase. Es su orgullo, no es que me quiera desesperadamente y no sepa vivir sin mí. Por lo demás, su polla piensa más que él —añadió con franqueza.

—Me miró el culo mientras me iba —añadió Bobby—, de forma muy descarada. Parecía un sátiro.

—Es un sátiro —afirmó John.

—Ha-joon, te considera un satélite que se ha salido de su órbita —dijo Bobby mientras le robaba unas patatillas del plato—. No le hagas ni caso, no te merece. Eres demasiado hombre para él, a nivel intelectual y físico, y lo sabe.

—No lo subestimes. Dios, no estoy ya tan seguro de seguir con la broma. Bobby, no vayas... —le rogó cogiéndole de la mano.

—Sí que voy a ir, no te preocupes por mí. Se merece un castigo.

Pero Ha-joon no se quedó nada tranquilo al respecto.

oOo

Aquella noche, tras haber caminado por la arena fresca con los pies descalzos, Ha-joon y Bobby volvieron al hotel y cenaron de forma escueta en la habitación.

El joven se vistió de manera más informal, con una camiseta negra de manga corta que le marcaba todos los músculos y un pantalón vaquero apretado de veras.

—Qué guapo eres... —susurró el coreano mientras lo besaba—. Te amo... Ten cuidado.

—Mi amor, esto solo lo hago por ti.

El teléfono de Ha-joon sonó y lo cogió.

—Se ha ido al bar... —informó John—. Ahora voy para vuestra habitación y te hago compañía.

—De acuerdo.

Ha-joon colgó y miró a Bobby, asintiendo con la cabeza, no muy convencido de aquello. Estaba comenzando a arrepentirse y a ponerse celoso, algo que jamás le había pasado.

El joven salió de la estancia de forma decidida y se dirigió a la planta -1, donde se ubicaba el bar del hotel. Buscó a Nataniel entre las mesas o en la barra, hallándolo en una esquina algo apartada, como un reservado. Sin dudar se dirigió hacia él. Este, al verlo, se puso en pie sin quitarle ojo de encima, desnudándolo con su libidinosa mirada.

—Doctor... Qué bueno encontrarlo aquí.

—Te esperaba, Tobbias Tylor. Un hombre como tú no es fácil de olvidar.

—¿Me esperaba? —preguntó con zalamería—. Vaya, eso me halaga mucho viniendo de usted. No creí que me recordara —bromeó.

—Trátame de tú, por favor. Y llámame Nat.

—Muy bien, puedes llamarme Bobby. —Se sentó a su lado de forma relajada, pasando el musculoso brazo por detrás del respaldo del sofá donde se apoyaba Nataniel.

—Qué nombre tan dulce. Me gustan tus ojos, son muy azules.

—Gracias, y a mí tu trabajo: es extraordinario.

Nataniel se rio como si fuera algo que escuchase a cada segundo, pero que le encantaba oír.

—¿Quieres algo de beber? ¿Un cóctel? —preguntó el más mayor.

—Sí, claro. ¿De qué lo quieres? Yo invito.

—No, no, cómo vas a invitar tú.

—Insisto —dijo Bobby poniéndose en pie y enseñándole el apretado trasero.

—Un Manhattan.

Nataniel observó la figura perfecta del joven y se mordió los labios. Se iba a hundir en ese culo aquella noche, vaya que sí, mordiéndole la nuca y corriéndose sobre su ancha espalda.

Cuando el chico volvió y dejó el cóctel frente a él, en la mesita redonda, se sentó al lado del psicólogo mucho más cerca, casi pegado.

—¿Qué has pedido tú?

—Solo un refresco, no bebo alcohol.

—Un chico sano, por lo que veo. —Le tocó los bíceps.

—Tuve problemas, así que ahora me cuido más. Ya sabes, no aceptaba mi homosexualidad, aunque eso es parte del pasado.

—¡Vaya coincidencia! Yo soy gay. ¿Y tú? ¿Bi tal vez?

—Oh, no, a mí solo me gusta follar con hombres. Hombres guapos, listos... Maduros... —susurró mirándolo con intensidad.

Nataniel se puso algo nervioso. Aquellos ojos azules eran muy sexys, por no hablar del espectacular físico del joven.

—¿Cuántos años tienes? Aunque es evidente que eres todo un hombre.

—26, no te preocupes. —Bobby se echó a reír—. ¿Y tú?

—44... ¿Suficiente maduro para ti?

—Suficiente... —La mano de Bobby se posó sobre el muslo derecho de Nataniel y este le tocó la rodilla y subió por toda la pantorrilla hasta dejar los dedos cerca de su abultado paquete.

Bobby bebió otro trago. Aquello no iba a ser lo peor, así que hizo de tripas corazón para continuar. Aún debía subir con él a su habitación.

De pronto apareció el coreano en el bar, como una locomotora fuera de control, seguido de un estupefacto John.

Nataniel saltó como un resorte, apartándose de Bobby como si hubiera estado haciendo algo muy malo.

—¡No es lo que parece! —exclamó Nataniel acercándose a él, que lo miró con cara de profundo desprecio.

El coreano le ignoró y fue directo hacia Bobby, que estaba sorprendido de ver allí a su pareja

ya que ese no era el plan inicial.

—¡Vamos! —exclamó agarrando al joven de la mano.

—Pero, Ha-joon...

—¡Oye! ¿Qué pasa aquí, Bobby? —preguntó Nataniel.

—Lo que pasa es que eres un repugnante desgraciado. Mientras intentabas volver conmigo esta mañana, ya le habías dado tu número de habitación a mi novio. Qué asco te tengo —le dijo el coreano.

—¿Tu novio? —El hombre miró a Ha-joon y luego a Bobby, incrédulo—. ¡Venga ya! ¡Me habéis tendido una trampa!

—Efectivamente... —le contestó John, muerto de la risa.

—¡Tú lo sabías!

—Claro. Y aún iba a ser peor, así que alégrate de que Ha-joon se lo haya pensado mejor.

—¡Cómo os habéis atrevido! —Nataniel se giró hacia la pareja.

—No le vuelvas a tocar un pelo a Bobby, o te parto esa cara de gilipollas que tienes. ¿Te enteras? —lo amenazó el coreano.

—Ha-joon, tranquilo, no ha pasado nada... ¿Vale, cariño? —Lo asió del rostro para que se tranquilizase.

—Perdóname, no debí meterte en esto. No debí... —Ha-joon hundió el rostro en su cuello, arrepentido de veras por haberse dejado llevar por la venganza hacia su ex.

—No ha pasado nada... —insistió—. Ya está, vamos a la habitación.

—¡Me parece deleznable! —exclamó Nataniel mientras varios camareros se acercaban por el escándalo que se había montado allí.

—Cierto, me he puesto a tu altura, Nataniel. Pero me he arrepentido a tiempo. No voy a utilizar a la persona que amo y me ama para vengarme de ti. Bastante tienes ya con aguantarte a ti mismo. John, Bobby, vámonos.

El joven le echó una mirada de desprecio absoluto a Nataniel, que se quedó allí, avergonzado por cómo le había tomado el pelo desde el minuto uno, aquella misma mañana.

oOo

—Perdóname, por Dios, por favor... —Bobby estaba sentado en la cama y tenía de rodillas ante él a Ha-joon, que sollozaba ligeramente.

—Ya te he dicho que no pasa nada, que te perdono... Venga, descansenos, mañana tenemos que coger el avión, igual que John.

Este último se sonrió y posó una mano sobre el hombro izquierdo de su amigo.

—Tu chico tiene razón, es hora de pasar página con este tema. Ha sido genial verte, colega.

Ha-joon se levantó y le dio un fuerte abrazo.

—Gracias por todo.

Bobby también le dio un abrazo y acabaron por despedirse de él y quedarse a solas.

—Estaba aquí con John, hablando de lo que estaría pasando abajo, y no pude soportar la idea de que ese desgraciado te tocara ni un pelo. Me puse muy celoso...

—Ya lo he visto... Nunca creí que sintieras celos de otro, de tu propio ex... Pero gracias por intervenir y demostrarme lo mucho que te importo.

—Te quiero más que a nada, más que a nadie, con todo mi corazón, mi cerebro, mi cuerpo...

Tobby, esta noche, quiero ser tuyo. Me gustaría volver a sentirte dentro, como aquella primera tarde juntos...

—Ya era hora de que me lo pidieras otra vez.

Ambos se despojaron de las molestas ropas y se besaron, tocándose y mordiéndose por cada rincón de sus cuerpos calientes.

—Tobby... —jadeó Ha-joon mientras este se recreaba largo rato entre sus piernas, no solo lamiendo su sexo duro, sino también mordiendo la carne caliente y saboreando cada recoveco—. Eres tan dulce conmigo... Tal y como me gusta...

El rubio fue subiendo por su torso, dejando un reguero de besos entre tiernos y lascivos. Mordisqueó aquellos pezones que tan duros se ponían cuando los estimulaba. Notó las piernas y los brazos de Ha-joon rodeándolo con posesión y escuchó esos jadeos y suspiros desacompañados.

Le miró el rostro, se perdió de nuevo en sus pupilas negras como la noche, pero que eran como un universo profundo y hermoso. Él podía ver lo que escondía allí, todo el amor, deseo, lujuria y ternura. Por él, hacia él.

—Ha-joon, te amaré para siempre, aunque no lo creas posible. Nada nos separará, ni la muerte. ¿Me oyes?

El hombre sollozó de felicidad mientras lo escuchaba, y asintió mientras atrapaba su boca sensual y repleta de besos infinitos.

Tobby se adentró en él, notando cómo Ha-joon le apretaba cuando lo espoleaba con todas las ganas pero sin brusquedad.

Ha-joon sintió casi ambos orgasmos al mismo tiempo, el peneano y el que le producía el miembro de Tobby empujando su punto más sensible.

El joven rubio se sonrió al sentirle tensarse bajo él, hundir sus dedos en la carne y notar el calor de su ardiente semen en el abdomen. Ese hombre estaba en llamas y era puro fuego. Deseaba quemarse en aquella hoguera por el resto de sus días.

—¿Puedo empujarte más fuerte? Estoy a punto de... —le rogó.

—Sí... Hazlo, córrete dentro de mí, por favor...

Tobby apoyó las manos en la colcha para impulsarse, aumentando la cadencia de forma urgente. Un latigazo de extremo placer le recorrió la espalda, como un rayo, culminando en su pene. Eyaculó con contundencia y un gemido de extremo placer. Luego cayó derrengado sobre el cuerpo caliente de Ha-joon, el cual besó con dulzura y cariño mientras intentaba recobrar la respiración.

—Vas a conseguir que esto pase más veces... Yo creía que solo era pasivo hasta que te encontré... —confesó.

Una risa de Ha-joon le hizo carcajearse.

—¿Por qué ponernos limitaciones? Somos iguales.

—Mi rayo de luna...

—Mi *jagi*.

—¿Me estás pidiendo matrimonio de una vez?

—Quién sabe...

Tobby sonrió por las bromas, pero en el fondo pensaba casarse con aquel hombre en algún

momento de sus vidas.

oOo

En el vuelo de vuelta, Ha-joon se quedó dormido de nuevo, apoyado en el hombro de Toby.

Este sacó su lector de *eBooks* y buscó *El conde de Montecristo*. Ya era hora de leer otro gran clásico de la literatura recomendado por su pareja. Se sorprendió al comenzar, porque también era 24 de febrero. Depositó un beso en el cabello de Ha-joon y pasó a sumergirse en aquella historia de venganza...

«Era el 24 de febrero de 1815. El vigía de Nuestra Señora de la Garde acababa de otear los mástiles del bergantín Faraón, que arribaba a Marsella después de haber tocado los puertos de Esmirna, Trieste y Nápoles...».

>Última Sesión<

«¿Qué es poesía? Dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul.
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía... eres tú.»
(*Rimas y leyendas*. G. A. Bécquer)

Despuntaba ya junio en Quincy y los árboles estaban verdes, las flores coloreaban los parterres de las avenidas y el sol brillaba sobre el manto de pinos.

Nina y Maggie habían contraído matrimonio, la semana anterior, en el jardín de su flamante nuevo hogar. Rachel y Zac acabaron siendo buenos amigos, aunque el chico lo pasara regular al principio por mal de amores. Margie comenzó a salir con Pedro, el compañero de su hijo, y todo siguió igual entre Bobby y Ha-joon, hasta una tarde en la que el doctor se acercó al rancho para hablar con él sobre un asunto muy importante.

Bobby apareció con su atuendo de vaquero y su gorro de *cowboy*, algo que ponía muchísimo al coreano porque estaba para mojar pan de aquella guisa.

El rubio besó a su pareja en los labios con total naturalidad, delante de sus compañeros de trabajo, que se echaron una risa a su costa. Un año antes hubiese sido incapaz.

—Toma, esto es para ti. —Ha-joon le tendió un sobre abierto, de grueso papel verjurado. Llevaba su nombre impreso en la parte delantera.

Se quitó los guantes sucios y lo cogió, dándole la vuelta. En la solapa pudo leer:

*Universidad Deep Springs
260 Rancho Deep Springs
Big Pine, CA 93510*

Sacó la carta y los documentos que contenía, sin tener ni idea de qué era aquello. Ha-joon le sonrió, instándole a leer en voz alta lo que decía en ella.

*6 de junio de 2024
Universidad Deep Springs*

Estimado Sr. Tylor:

Tras revisar su candidatura para ser admitido en nuestra universidad, nos congratulamos de aceptarla y desear que forme parte de los únicos 30 alumnos que recibimos cada año en este pregrado.

Creemos que usted es el candidato ideal y que representa los pilares que tan orgullosos

estamos de defender: jugar un papel activo en la administración de la universidad, trabajo duro en el campo y contribución a las reuniones estudiantiles durante los comités.

Se mantiene un equilibrio de ofertas del curso dentro de las humanidades, las ciencias sociales y las ciencias naturales.

El autogobierno es una parte importante del programa educativo de Deep Springs, pero se han de tener en cuenta dos reglas indispensables:

1. Queda prohibido el consumo de alcohol y otras drogas, con fines distintos de los medicamentos.

2. Ningún estudiante saldrá de Deep Springs durante el curso académico regular excepto en viajes de estudiantes, excursiones de campo dentro del curso académico, o en caso de emergencia médica. Ningún estudiante, sin el permiso previo, traerá a un invitado a Deep Springs.

Le adjuntamos los documentos necesarios para que nos los devuelva debidamente cumplimentados y proceder a matricularlo, recordándole que esta universidad es gratuita y no se abona matrícula alguna.

*Atentamente,
R. Talbot
Decano de la UDS*

Tobby pestañeó varias veces, observó el resto de documentación y miró a Ha-joon, estupefacto.

—Pero yo no he...

—Ya lo sé, he sido yo. Aunque también tu madre y Lionel. Entre los tres armamos tu currículum, escribimos cartas de recomendación y seleccionamos unos cuantos de tus escritos y poemas. Lo único de lo que nos puedes culpar es de enviarlo por ti, todo lo demás es mérito tuyo. Perdóname si la he abierto, necesitaba saber si te habían admitido.

—No sé qué decir... —A Tobby se le llenaron sus preciosos ojos azules de lágrimas y abrazó a Ha-joon—. P-pero... ¿Esto es ya? ¿Y esta universidad...?

—Claro, cariño. Tenemos que darnos prisa para matricularte. Sé que querías seguir estudiando, cultivarte, hacer algo más con tu vida. Eres bueno escribiendo, eres extraordinario e inteligente. Este lugar está hecho para ti: el campus es un rancho donde los estudiantes trabajan por las tardes a media jornada y son autosuficientes. Por las mañanas podrás estudiar un pregrado durante dos años y luego optar a otras universidades más importantes.

—P-pero aquí dice que no se puede salir, ni invitar a nadie. No te veré... —susurró, un poco sobrepasado con la sorpresa.

—¿Y qué? Nos echaremos de menos y, cuando nos podamos ver, nos querremos más. Todo son ventajas. No renuncies a esta oportunidad solo porque estaremos dos cursos separados.

—¿Y mi madre?

—Ella ha rehecho su vida, Tobby. Deja de buscar excusas si lo que tienes es miedo. ¿O me equivoco?

Tobby lo admitió.

—Vale... —Abrazó a Ha-joon y le dio un largo beso de tornillo, todavía sollozando a lágrima viva—. Gracias, gracias por creer en mí como lo haces, por quererme y valorarme.

—Es imposible no hacerlo, *jagi*.

—¿Seguro que es solo mérito mío? —Volvió a dudar.

—Te prometo que sí. Hicimos todo como si fueras tú —insistió—. Ya te he dicho que Lionel te recomendó como excelente trabajador y yo como buen estudiante. Pero lo que escribes habla por sí mismo. La poesía eres tú.

Tobby se estremeció de felicidad.

—¡Vamos a decírselo al jefe y a mi madre! —exclamó con excitación.

Tobby tironeó de él como un niño chico con un caramelo.

Ha-joon pensó que con el tiempo buscarían la forma de estar juntos y no separarse más. Tal vez Tobby pudiera entrar en la Universidad de Brown, como muchos otros estudiantes al terminar el pregrado en Deep Springs. Eso significaría dejar Quincy e irse a Providence, en Rhode Island. Y, casualmente, el decano ya le había llamado varias veces con el interés de contratarlo como profesor adjunto de psicología. Si todo iba bien, le diría que sí en el momento oportuno. Ante todo, quería que Tobby participara en la decisión.

Ha-joon lo echaría de menos, cada segundo, minuto, día, semana y mes que estuvieran separados.

Pero anhelaba verlo crecer como se merecía y por eso había orquestado todo aquello.

Ver sus pupilas azules brillar de felicidad no tenía precio.



>Epílogo<

«Es casi ley, que los amores eternos son los más breves.»

(*Romeo y Julieta*. William Shakespeare)

Tobby, tomando la mano de Ha-joon, anduvo con él por las distintas zonas del Cementerio Nacional 18 de mayo, en la ciudad de Gwangju.

Ya habían visto el Monumento Memorial, dos pilares paralelos de 40 metros de alto, el Cerro de la Democracia, una colina plantada con Árboles de la Democracia, que representan la voluntad de todo el pueblo coreano para conmemorar el noble sacrificio de los participantes de la sublevación, y numerosas estatuas honrando a las víctimas.

Llegaron al Pasillo Memorial donde, tras un altar con flores, descansaban las fotografías de aquellas víctimas de un régimen terrible.

Ha-joon buscó a sus padres entre los rostros, pero las lágrimas no le permitieron seguir, rodando por su piel de alabastro. Tobby le pasó el brazo por los convulsos hombros y besó su pelo color cuervo, ya con algunas canas.

—¿Puedes continuar? —le preguntó en un susurro.

—Sí... Contigo aquí sí puedo.

De nuevo buscó los rostros de sus progenitores hasta dar con ellos. Le impactó la belleza de su madre y el parecido con su padre. Sus fotografías estaban juntas, eran nítidas y sus rostros claros, no como en la foto que tenían sus padres en Quincy.

Después caminaron hasta la zona donde se alzaban las lápidas con las tumbas, unos montículos abultados en la parte posterior, con un manto de verde hierba que los cubría.

Tobby no pudo entender los caracteres, pero Ha-joon sabía dónde debía ir, así que simplemente lo acompañó en su viaje hasta los restos de sus padres.

El coreano se detuvo frente a dos lápidas con sus respectivos montículos. Podía leer, hablar y escribir aquel idioma a la perfección, así que sabía que aquellos caracteres eran los de sus nombres.

—¿Es aquí?

—Sí. Al menos los enterraron juntos... Como a Romeo y a Julieta.

De nuevo sollozó, dejando al pie de cada lápida un crisantemo blanco. Después miró a Tobby y lo abrazó.

—Gracias por venir conmigo...

—Eres mi pareja, ¿cómo no iba a acompañarte? —susurró.

—Esto es lo más difícil que he hecho en mi vida, y no lo habría podido llevar a cabo sin ti. Tenías que ser tú y nadie más. ¿Sabes? Siempre pensé que eran dos personas ajenas a mí, ya que no tengo recuerdos como bien sabes. Pero mis padres me han contado tantas cosas sobre las bellísimas personas que eran, que no me son tan ajenos como pensaba.

—En realidad creo que intentabas que lo fuesen para no sufrir esa pérdida. Aferrarte al hecho de que no los recordabas. Y, sin embargo, son tus padres y te quisieron. Nunca te abandonaron, jamás renunciaron a ti y les sucedió algo terrible e injusto que te separó de ellos.

—Así es...

Estuvieron un rato hasta que Ha-joon tuvo la necesidad de irse. Mientras caminaban para salir, el coreano detuvo un momento a Bobby y lo miró.

—Cuando volvamos de Corea nos mudaremos, viviremos juntos por fin... ¿Estás contento?

—La espera ha valido la pena —dijo Bobby con una sonrisa en los labios y en los ojos.

—Me gustaría poder dar sentido a cuando te llamo *jagi*.

Al texano le latió muy fuerte el corazón.

—¿Esta vez me estás pidiendo matrimonio de verdad?

—Es que he pensado que... Aunque vayamos a estar en distintas facultades, no me gusta que seamos profesor y alumno... —Se fue por las ramas de pura turbación.

Bobby sonrió divertido.

—Sí.

—Porque claro, las habladurías...

—He dicho que sí.

—Y...

—Que sí, Ha-joon. Quiero que nos casemos.

Lo abrazó contra su cuerpo con mucha intensidad y recibió el mismo cariño por parte del coreano.

—Ay, qué vergüenza...

—*Saranghae*, Ha-joon...

—*Saranghae*, Bobby...

Este lo besó y le hizo la señal coreana del corazón cruzando los dedos pulgar e índice. Ha-joon lo imitó, con una sonrisa tonta por todo el rostro.

Unieron sus manos y salieron de allí para recorrer juntos el camino de la vida, uno que supondría nuevos retos, alegrías, penas y dificultades, pero también mucha comprensión, deseo y amor...

Fin



¿Conocéis ya mis otras novelas homoeróticas?

Os invito a leerlas en Amazon:



Marc y Samuel son compañeros de habitación en una residencia de la universidad. Samuel ha de lidiar con su baja autoestima. Es tímido, reservado y melancólico. Marc, por otro lado, es alegre y bromista, y se desvive por hacer sonreír a su amigo. Pero los dos guardan un secreto; son homosexuales y están enamorados el uno del otro sin que ninguno lo sepa.



Albert, un vampiro francés, conocerá en una noche de lluvia a Davide, un sacerdote italiano enfermo. Desde ese momento sus vidas cambiarán, amándose y odiándose a un tiempo. Una historia de amor apasionante a lo largo de los años, entre un vampiro que se odia a sí mismo y un sacerdote convertido que no tiene más remedio que aceptar su nueva condición vampírica. Una historia que te hará reír y llorar y que no te dejará indiferente.



Libro que recopila dos historias con los mismos personajes en distintas épocas y situaciones.

Sinopsis de *Amor desesperado*: Albert, un francés que vive en un pueblo italiano, da clases en un centro católico. Allí conocerá a Davide, un joven sacerdote con problemas de fe. ¿Albert conseguirá aceptarse tal y cómo es y lo que siente? ¿Y Davide dejará el sacerdocio por estar con él?

Sinopsis de *Impossible amor*: Amor prohibido e imposible entre dos hombres en el S.XVIII. Davide es un fraile Franciscano que lucha contra la fuerte atracción que siente por Albert, un joven lugareño de Ville Marie. Teniéndolo todo en contra, intentarán por todos los medios poder vivir su intenso amor, pero no será fácil...



El destino cruza los caminos de Xen, un rudo bárbaro de las estepas, y de Angeliel, un tímido semielfo que ha vivido siempre engañado.

Ambos tendrán que viajar juntos en contra de su voluntad. Sin embargo, tras las aventuras compartidas, sus sentimientos irán cambiando hacia algo prohibido.

Durante su periplo descubrirán que son más de lo que aparentan, siendo testigos del terrible peligro que acecha a su mundo.

Razas es una aventura de fantasía épica en la que sus protagonistas conocerán la amistad, la superación y el amor verdadero.

No obstante, también pasarán por guerras y terribles peligros, obligándolos a tomar decisiones que afectarán a sus vidas teniendo que luchar contra los temidos Hijos de los Dioses, razas superiores que se creían extintas muchos periplos atrás.



Ángel es el típico joven que tiene todo lo que quiere, aunque se siente solo. Su madre jamás le ha mostrado afecto, su padre es un exigente abogado y su hermana está enferma. Solo sabe esconder su dolor de una forma: estando enfadado con el mundo.

Zenón, un hombre solitario, tímido y que perdió la memoria de niño de forma misteriosa y violenta, es contratado por el padre de Ángel para ser su profesor, pese al rechazo inicial del joven.

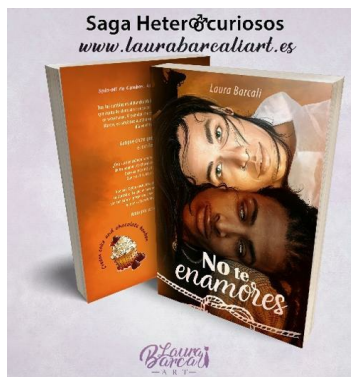
Gracias a la convivencia y a los lazos que irán construyendo, los dos se enamorarán el uno del otro, y a la vez se empeñarán en esconder sus sentimientos por miedo al rechazo. Laura Barcali nos presenta con *No te escondas* un puzzle, hecho de los sentimientos y las vivencias de ambos protagonistas.

El lector irá descubriendo quiénes realmente son y qué causa que no dejen

de esconder lo que realmente sienten, hasta que el puzle se complete.



El rico y atractivo empresario de Chicago, Robert Walmart, tendrá que viajar a un rancho en Texas para celebrar la boda de su hermana pequeña. Allí conocerá al **guapo pero rudo vaquero Jackson Walkers**, hermano mayor del novio. Y lo que empezará con muchos prejuicios, se irá volviendo pura atracción sexual. **¡Pero es que Rob no es gay!** ¿Podrá resistirse a un vaquero que no es lo que parece, sino que además está para mojar pan? **¿Se empotrarán? ¿Se darán como cajón que no cierra?** Y todo esto aderezado con muchos más personajes que contarán sus propias historias.



¡IMPORTANTE: Este libro es un *spi-off* de *Cowboy, amante al anochecer*. Para no hacerse *spoilers*, lo mejor es leer el otro libro antes.

Tras los cambios en el Rancho Walkers de Texas, **Dylan Jonhson**, que acaba de divorciarse de su ex mujer, ocupa el nuevo puesto de veterinario. Al principio no es sencillo llevarse bien con **Marcos**, el sarcástico auxiliar con el que comparte su día a día en el trabajo.

Aunque dicen que el roce hace el cariño y...

Notas

[←1]
Bebé

[←2]
Mi amor